

El Viaje

Él era mi único destino

Anna
S. Segura



Índice de contenido

[Índice de Contenido](#)

[Título](#)

[Autora](#)

[Edicion y Registro](#)

[Nota de la autora:](#)

[En memoria de una amiga](#)

[Parte 1](#)

[Capitulo 1º](#)

[Capitulo 2º](#)

[Capitulo 3º](#)

[Capitulo 4º](#)

[Capitulo 5º](#)

[Parte 2](#)

[Capitulo 6º](#)

[Capitulo 7º](#)

[Capitulo 8º](#)

[Capitulo 9º](#)

[Parte 3](#)

[Capitulo 10º](#)

[Capitulo 11º](#)

[Capitulo 12º](#)

[Capitulo 13º](#)

[Capitulo 14º](#)

[Parte 4](#)

[Capitulo 15º](#)

[Capitulo 16º](#)

[Capitulo 17º](#)

[Capitulo 18º](#)

[Capitulo 19º](#)

[Capitulo 20º](#)

[Agradecimientos](#)

El Viaje

Anna S. Segura

Tercera edición

Mayo de 2016

©2013 Anna Soler Segura

© Diseño portada y maquetado: Anna Soler Segura

*Queda prohibida cualquier reproducción,
plagio o uso con intereses comerciales
sin el consentimiento del autor.*

Nº Registro: 201399900653462

Nota de la autora:

A lo largo de mis más de veinte años escribiendo novela romántica, con más de veinticinco títulos e innumerables relatos a mis espaldas, he de confesar que “El viaje” ha sido la mayor aventura literaria que hasta el momento he tenido la suerte de vivir.

Me siento plenamente orgullosa de lo que he conseguido, crear una historia dulce, tierna, irrepetible. Emocionalmente siento que he crecido con cada paso que he dado.

He llorado, he reído, me he emocionado, he vivido en mi piel cada sentimiento transmitido a través de los protagonistas del “ El viaje”. He disfrutado con esta maravillosa experiencia.

Esta novela que nació como un relato corto para los lectores de mi blog se ha convertido a día de hoy en uno de los mayores logros de mi carrera como escritora.

Disfrutad de este inolvidable viaje y dejad que vuestras emociones corran como un vendaval.

Dedico este libro a todas mis lectoras que me han seguido en esta aventura incondicionalmente.

En memoria de mi querida amiga:

Laura, nunca te olvidaré.

Parte 1

“Unas vacaciones Inolvidables”

Aquí es donde empieza mi viaje. Justo donde siempre soñé.

No es que yo fuese una especie de gurú del futuro, ¡para nada!

Pero desde pequeña siempre supe que mi destino estaba ligado a este momento.

Aunque yo me revelase una y otra vez, empeñándome en alejarme de todo, mi camino ya estaba elegido sin tan siquiera saberlo.

Yo, una chica normal y corriente, con sueños y aspiraciones como cualquier joven de mi edad.

Y sin embargo aquellas vacaciones lo cambiarían todo.

Mi nombre es Ruth, y aquí empieza mi aventura. Puedes quedarte o no, eso dependerá de ti.

Tan solo te diré que no te arrepentirás.

Capítulo 1º

Madrid.

Lunes por la mañana.

Cinco días antes de navidad.

Estaba tan enfadada aquel día que ni tan siquiera tenía ganas de acudir a la fiesta que el instituto organizaba con motivo de las vacaciones navideñas.

Mi frustración iba más allá de un enfado normal. Estaba completamente desquiciada, fuera de lugar, herida y enfurecida con todo, pero sobre con ellos, mis padres.

A los diecisiete años se puede ver normal estar enojada con el mundo, ¿verdad?, pero lo mío no era una situación muy corriente.

Hacía dos años que mis padres se habían divorciado. Según ellos por lo típico de siempre, se habían dejado de querer.

No hubo ni terceras personas ni razones de mayor peso, simplemente se les acabó el amor.

Y yo mientras tanto, ¿qué? De la noche a la mañana me vi en medio de una guerra.

Su separación fue amistosa, pero claro, nunca se ponían de acuerdo en como compartirme, ¡ni qué yo fuese un mero juguete con el que divertirse!

Tengo sentimientos, aunque bueno, mis padres lo olvidan fácilmente, sobre todo cuando se trata de su conveniencia.

Y aquí, tumbada sobre mi cama, mirando la fría nevada en la ventana, espero que se me pase mi enojo.

No creo que sea tan fácil. Siento hervir mi sangre. Ahora mismo pienso que jamás perdonaré a papá, el culpable de que yo me sienta así, al borde de la desesperación más absoluta.

Se suponía que este año pasaría mi periodo vacacional en casa de mamá, era lo acordado, puesto que el anterior año ya las pasé con papá y con su estirada novia.

¡Qué horror de mujer! Mariola parece una muñeca tonta. Se cree que algún día la podré llegar a querer.

En realidad la odio. En el fondo creo que la culpo de que mis padres ya no estén juntos.

Soy egoísta e injusta, lo sé, pero ahora mismo mi mente no da para otra cosa.

Mis amigos se divierten en la fiesta mientras yo estoy jodida. Tan solo Paula, mi mejor amiga, se ha preocupado por mi.

De repente el móvil suena en mi mesilla de noche. Apenas tengo ganas de hablar, así que lo dejo que suene, ya saltará el buzón de voz.

Al cabo de un rato el insistente sonido deja de oírse, ¡para qué usaría yo ese tono tan escandaloso!

Mis ojos inevitablemente se humedecen. Me acerco a la ventana para contemplar los blancos copos que se amontonan en el alfeizar.

Siempre he adorado el frío. Soy más de invierno que de verano.

Pero ahora eso me da igual. Estas vacaciones me tendré que ir con papá y su novia, ¿algo puede ser peor que eso?

Cuando creí que ya no tenía más lágrimas que expulsar de mis ojos, yo misma me sorprendí con un sollozo.

Decidí volver a la cama. No me apetecía salir, ni hablar con nadie, y mucho menos ver a mis amigos.

Tenía que preparar las maletas. ¡Maldita las ganas que me hacían llorar a moco tendido!

Pero era menor de edad, así que no tenía más remedio que acatar las órdenes de papá.

Y sin embargo mamá, a la que yo siempre había admirado, se desentendía de mi situación.

A ella no le parecía mal que tampoco pasase aquellas navidades en casa.

Lógico, teniendo en cuenta que hacía poco había conocido a un hombre por internet, con el cuál trataba de mantener una relación.

Seguramente mi ausencia la aprovecharía para pasar aquellos días a su lado.

<<¡Qué asco!>>, musité para mi. No entiendo el amor. Quizás sea porque a mi edad aun no me he enamorado lo suficiente como para hacer “LOCURAS”.

Reí sola. Nada me hacía sospechar que mi suerte cambiaría. Cogí la almohada de la cabecera y la deposité sobre mi cabeza.

Quería esconderme en el suave relleno de plumas. Sin esperarlo escuché la quisquillosa voz de Mariola.

_¡Ruth, Ruth!

¡Qué diantres quieres!. Grité sin pensarlo.

Luego oí los pasos de sus tacones en las escaleras y el golpe seco sobre la puerta.

_¡Ruth!

Creo que mi madrastra empezaba a estar enojada.

Que quieres. Respondí con desgano.

_Tienes visita, abre.

No la creí, ¿sería una trampa para sacarme de la cama?

No espero a nadie.Objeté.

_Tu amiga Paula está aquí, quiere verte.

Salté como una centella de la cama y abrí. Lo confieso, estaba loca por hablar con Paula.

Ella era la única persona que me comprendía. Mañana yo estaría a miles de kilómetros de su lado.

No lo pensé. Simplemente me abalancé a sus brazos y sollocé como una niña.

Mariola me miró raro. Al menos eso me pareció a mi. Sus ojos escondían cierta complicidad que yo me negaba a ver.

Colé a Paula en mi cuarto y de nuevo cerré la puerta.

Quería estar a solas con mi mejor amiga.

Capítulo 2º

Me quedé unos minutos junto a la puerta hasta estar segura de oír el martilleante sonido de los tacones de Mariola alejarse.

Paula se encogió de hombros sin entender que hacía. Tironeé de su manga para sentarla en la cama.

Inevitablemente mis ojos se anegaron de lágrimas. Ella me miró con compasión.

_¿Por qué no me cogías el teléfono?

Me sorprendió su pregunta.

_¿Eras tú?

Pues claro. Me reprochó dolida.

Paula y yo nos conocíamos desde parvulario. Era mi mejor amiga.

No es que no tuviese más amigos, lo que pasa es que ella era única, una hermana para mí.

Cuando mis padres se divorciaron, Paula siempre estuvo ahí, a mi lado.

Me tendió su mano, su hombro, e incluso sus ojos para llorar.

Jamás olvidaría lo que había hecho por mí.

Lo siento. Me excusé a sabiendas que tenía los ojos de Paula clavados sobre los míos._ Pero no tenía ganas de hablar con nadie.

_¿Tampoco conmigo?

Cogí sus manos.

Paula siempre las tenía tibias. En cambio las mías estaban heladas, tal vez como la nieve que fuera caía.

No digas eso, sabes que te adoro. Le dije en tono cariñoso.

Entonces, ¿qué te ocurre? Me preguntó preocupada._ No quieres salir, tampoco vas a la fiesta del insti, ¿es por ese viaje qué tienes qué hacer?

Bufé incontinentemente.

_Sí, odio tener que ir, y más aun con la petarda de Mariola.

Te entiendo. Añadió ella.

No sabes lo que me cuesta asimilarlo. Le confesé abatida.

Paula sabía a que me refería.

_Toda separación es dura. Ambos son tus padres, y bueno, Mariola...

Ni tan siquiera la dejé terminar.

_¡No me gusta!

_¿Y qué dice tu madre sobre el viaje?

De nuevo bufé malhumorada.

_Está encantada. Así ella también pasa más tiempo con su “chico”.

El sarcasmo se me notaba por los cuatro costados.

¿Y dónde os vais al final?.Me preguntó Paula con curiosidad.

_Al Caribe.

¡Al Caribe, wooo!.Chilló histérica.

La verdad yo no lo vi para tanto.

Sí, haremos un crucero de dos semanas alrededor de las islas. ¡Odio el mar!.Añadí refunfuñada como una niña.

Venga.Me animó._No será para tanto.

_¡Qué no! No sé que haré tanto tiempo encerrada en un barco._Volví a sollozar enojada.

Mi amiga me abrazó sin consuelo. Durante horas hablamos y hablamos sin cesar hasta que llegó papá del trabajo. Entonces Paula se marchó y yo no tuve otro remedio que preparar mi equipaje.

El barco donde íbamos a realizar la travesía resultó realmente espectacular.

Y eso que a mi nunca me había llamado la atención los transatlánticos.

Pero el “*Clipper Blue*” derribó todas mis defensas. Creo que me enamoré del mar nada más pisar aquella cubierta.

Cuando llegamos al muelle donde se encontraba atracado fue extraño, pero sentí la necesidad de salir corriendo del coche para acercarme junto al embarcadero.

Alcé mis ojos hacía ese gran gigante flotante. Un suspiro escapó de mis labios.

_ ¡Woooo!_.Exclamé boquiabierta.

El “*Clipper Blue*” era como un gran hotel de cinco estrellas. No había visto jamás nada tan maravilloso.

Enseguida me echaron de allí. Según los operarios del muelle yo no podía estar tan cerca del transatlántico hasta que no fuese la hora de embarcar.

A regañadientes me alejé. Entonces volví a lado de papá y de su novia. Los tres almorzamos en silencio en un restaurante cercano al puerto marítimo.

Agradecí que ninguno me preguntase que me pasaba. Me apetecía estar callada. Aunque

su escena de mimos y arrumacos me produjo arcadas.

A pesar de todo disfruté de la comida, no lo negaré. Pronto el frío atardecer se nos echó encima. La hora de embarque estaba programada para las 18:00 horas.

Cuando llegó media tarde yo estaba exhausta y agotada.

Habían sido más de cinco horas en coche hasta el puerto de valencia, y la verdad, que lo único que me apetecía era tumbarme en una cama y dormir.

Subí la larga y angosta escala con algo de pereza. Al llegar arriba la brisa helada me acarició la cara.

Miré a ambos lados de la embarcación recorriendo con mis soñolientos ojos la cubierta.

Escuché como Mariola me decía algo mientras tironeaba de mi brazo. Pero yo seguía inducida por un magnetismo que ni tan siquiera veía.

Al final mis pies empezaron a caminar. Bajamos unas cuantas escalerillas que conducían a la parte inferior de la embarcación.

El pasillo era largo y estrecho. Papá se detuvo en la puerta del camarote número 177, me extendió una especie de tarjeta, y me indicó que entrase dentro.

_Es tu camarote. El nuestro está dos puertas más allá, el numero 179.

<<Como si me importase a mi">>, quise gritarle aunque callé.

En aquellos momentos me sentí incomprendida, sola en mitad de la nada. Di vueltas a la tarjeta entre mis entumecidos dedos.

El camarote no estaba nada mal. Era pequeño pero muy recogido. Tan solo tenía una cama mediana, un escritorio, una mesita de noche, y un armario empotrado. Deposité la maleta sobre la moqueta oscura que cubría el suelo.

Durante unos minutos permanecí de pie, casi inmóvil, hasta que sentí que mis pies flotaban.

Me di cuenta de que la embarcación estaba en marcha, que estábamos abandonando rápidamente el puerto.

No me lo pensé. Metí la tarjeta en mi bolsillo, me coloqué una chaqueta, y subí a cubierta.

La noche ya había caído y el aroma salado impregnó mi nariz. Me apoyé en la barandilla de popa y observé la ciudad en la lejanía.

Fue un espectáculo realmente hermoso. Nunca había visto una belleza igual.

No me acuerdo de cuanto estuve mirando el paisaje.

Tal vez hasta que la tierra fue un pedacito diminuto ante mis ojos y el frío empezó a calar mis huesos.

El “*Clipper Blue*” volaba surcando las aguas mientras las olas golpeaban el casco de proa. Durante un tiempo me relajé con aquel sonido. Pensé en papá... si me pillaba allí se enfadaría y mucho.

En el fondo no quería pelear más con él. Lo adoraba. Era un hombre maravilloso, cariñoso y bueno.

La culpa de que ya no estuviese junto a mamá no era en parte solo suya. Supongo que el amor es cosa de dos.

No pude evitar que una lágrima resbalase por mi mejilla. Entonces decidí que estaba agotada, me marcharía a mi camarote, y si acaso, cenaría algo.

Giré tan bruscamente enzarzada en mis pensamientos que ni tan siquiera me di cuenta que me estampaba de bruces contra un desconocido.

<<*¡Idiota!*>>, pensé enfadada conmigo mismo. El sonido de nuestros cuerpos al chocar penetró en mi. Fue como una corriente eléctrica.

Rápidamente me disculpé al tiempo que avergonzada levanté mis ojos hacía el muchacho que casi derribo al suelo.

¡Oh, lo siento, lo siento mucho!. Repetí varias veces.

Él pareció sonreír ante mi torpeza. Estaba un poco oscuro, así que sus facciones permanecieron en la penumbra. Tan solo oí su voz. Fue musical.

Reconozco que jamás una voz me pareció tan sensual y penetrante.

Hola. Me saludó.

Me quedé callada sin saber que decir. Entonces instintivamente giré sobre mis talones y corrí por la cubierta rumbo a mi camarote.

No paré de correr hasta que no estuve frente a la puerta número 177.

Entré. Al fin estaba a salvo. <<*¿A salvo de qué?*>>, me oí preguntarme a mi misma. No sé, estaba confusa.

Sentía como mi corazón galopaba frenéticamente sobre mi pecho. Era una sensación extraña.

¿Todo por una voz? Mi cordura no debía estar muy allá. Estaba temblando por un chico al que ni tan siquiera ponía cara. Necesitaba relajarme.

Sí, eso era. Me daría una ducha y luego me reuniría en el comedor para cenar con papá.

No le daría más vuelta a ese estúpido tropiezo. Yo era así de cabezota.

Mientras subía las escaleras que accedían a la tercera planta de la embarcación donde se encontraba uno de los cinco restaurantes de lujo, tuve la extraña sensación de que unos ojos me observaban.

Sin embargo eran imaginaciones mías. Intenté en todo momento disfrutar de la cena, bueno, en compañía de Mariola dudaba que pudiese disfrutar de nada.

No sé por qué aquella mujer me caía tan mal. Tal vez era porque desde que inició su

relación con papá yo me empeñé en destetarla sin tan siquiera conocerla.

El restaurante resultó alucinante, por no hablar de su comida. Era grande, muy espacioso, como un gran salón de esos que se utilizan para banquetes de bodas.

Lo que notablemente me llamó la atención fue su espectacular lámpara de araña que colgaba del techo.

Su fino cristal relucía bajo miles de centelleantes luces. Era increíble.

Devoré mi plato con gula a pesar de que papá me mirase extrañado. Tenía apetito. Tras semanas sin apenas probar bocado mis tripas rugían de nuevo.

Con lo que más disfruté fue con el succulento postre, una tarta helada de vainilla con caramelo de frambuesa.

Me puse tan llena que creí explotar allí mismo. El capitán del “*Clipper Blue*” habló por megafonía. Dio la bienvenida a los pasajeros y agradeció que eligiesen su compañía para realizar aquella travesía.

Luego dijo algo de un baile inaugural en el salón “*Aquamar*”. <<¡Jo qué aburrido!>>, me dije a mi misma.

Observé a los tortolitos en la mesa. Ellos creo que ya tenían sus propios planes, y por más que me fastidiase, yo no estaba incluida.

Así que decidí dar una vuelta por las instalaciones de la embarcación. Pasillos, escaleras, más pasillos, más escaleras, subidas, bajadas, aquello era interminable.

Sin darme cuenta me encontré en la quinta planta justo en la puerta del salón “*Aquamar*”.

<<¿Qué diantres hacía yo allí?>>.

La música se oía desde fuera. Entonces me picó la curiosidad y entreabrí la puerta. Había un número incalculable de gente.

El barullo era monumental, ni tan siquiera había visto a tanta gente reunida en unas rebajas de enero.

Un tema disco empezó a sonar. Era muy pegadizo. Mis pies siguieron el ritmo antes que yo.

Sin quererlo me colé en la fiesta.

Capítulo 3º

El ambiente cargado de buenas vibraciones me asombró.

Por regla general y muy a mi pesar odiaba el bullicio. A mi edad repeler los lugares de ambiente no era muy corriente, al menos eso pensaban mis amigos.

Avancé entre la multitud que barría la pista. Al fondo había una barra donde los camareros servían copas.

La música siguió tocando con ritmo. Cuando logré capear a la masa que se arremolinaba al son del baile, observé el escenario donde la orquesta tocaba en vivo.

Nunca había visto a unos músicos tocar en directo. Realmente eran buenos.

La gente se lo estaba pasando bien. Me miré a mi misma y me dije:

<<¡Ya es hora de qué yo también me divierta!>>, total tampoco podía huir aunque quisiera, al menos que fuese tan valiente como para lanzarme a las gélidas aguas del océano.

Me acerqué hasta la barra y pedí un refresco, eso si, sin cafeína y con una pajita de esas bien largas.

Entonces me acomodé en el taburete, apoyé los codos en la barra, y observé atentamente el concierto.

Una joven se sentó a mi lado y pidió al camarero lo mismo que yo estaba tomando. Eso me hizo sonreír. La miré con curiosidad.

Ella me saludó.

_Hola.

Hola.Le respondí.

¿Es tu primer viaje a bordo del “Clipper Blue”?.Me preguntó por encima del jaleo.

Sí.Le dije.

_Mi nombre es Cris.

_Yo me llamo Ruth.

Ella me dio dos besos en la mejilla.

Encantada.Añadió con simpatía.

Igualmente.Respondí.

Durante un rato permanecí callada sin saber que más decir. Por suerte la joven resultó ser más charlatana que yo.

_¿Y vienes con tus padres?

_Sí..._Titubeé algo nerviosa. Luego rectificué incómoda_no.

Cris rió ante mi aparente desvarío.

_¿Si o no?

Yo también reí.

En realidad vengo con mi padre y su novia.Expresé al fin.

Mis padres también están divorciados.Me respondió ella sorprendiéndome.

_¡En serio!

Sí. Cuando tenía nueve años se separaron.Me contó con un eje de melancolía.

No imaginé entonces que Cris influiría tanto en mi vida.

Y tú, ¿qué haces aquí?.Me atreví a preguntarle.

_Trabajar.

No pude contener mi asombro.

¿Trabajar?.Repetí perpleja.

_Sí.

_Pero si eres muy joven.

No tanto.Bromeó Cris_.Tengo veintidós años.

¡Ala!.Exclamé con sorpresa.

_¿Cuántos tienes tú?

_Para mi desgracia solo diecisiete. _Respondí.

¿Por qué dices eso?.Me preguntó extrañada.

Cosas mías.Repliqué sin querer agobiarla.

_Cuéntamelas, no me importa._Y pidió al camarero otros dos refrescos más.

Increíblemente en Cris hallé a una amiga con la que charlar. Me recordó a Paula. Cuando acabé de contarle lo que me sucedía me sentí más relajada y libre.

Cris era una chica encantadora.

¿Qué trabajo haces aquí?.Y añadí_.La verdad es que tiene que ser fabuloso trabajar en un sitio como este.

_No te creas, es muy duro estar todo el año alejada de casa. Soy monitora de aerobio, ¿por qué no te apuntas a mis clases?

_¿Quién yo? Uf, no me veo.

_Son clases muy divertidas y además conoces a un montón de gente, te vendrá bien.

Casi me había convencido cuando Cris añadió.

_Así te presento a mi hermano Asier.

_¿Tienes un hermano?

Sí Me respondió orgullosa._Trabaja también aquí, él es animador.

No supe que decir. Tal vez Cris llevase razón. Necesitaba alejarme de todo lo que me producía rabia y aquella parecía una buena terapia.

Me acosté bastante tarde. No recuerdo sobre que hora, pero tarde. Caí en la cama agotada.

A diferencia de otras veces me dormí sin complicación. Lo único extraño era que no conseguí apartar de mi cabeza aquel tropiezo en cubierta con aquel desconocido, ni tampoco olvidar su cautivadora voz.

Cuando desperté era ya por la mañana. Sentí el cuerpo totalmente relajado, además, me sentí de buen humor.

Recordé que la noche anterior papá me dijo qué había reservado hora en el spa, también quería acudir a la piscina, y tras el almuerzo me pasaría por la clase de aerobics de Cris.

Se lo había prometido. Con alboroto me levanté. Había dormido como un lirón.

Me acerqué al ojo de buey mientras me desperezaba. Observé el océano tranquilo. Una sonrisa asomó a mis labios.

Por primera vez me sentí a gusto conmigo misma. Quise olvidarme de todo. Quería disfrutar de aquel viaje.

Aunque pudiese sonar raro necesitaba dejar atrás mi enfado, y abrir mis ojos para contemplar lo maravillosa que era la vida.

Me vestí de sport, sin olvidar ponerme el biquini. Recogí mi pelo en una trenza y me calcé mis chanclas preferidas. Al ponérmelas me dio nostalgia.

Recordé que era un regalo que papá y mamá me hicieron un año antes de su separación.

Aparté de mi cabeza los recuerdos negativos. Por más que yo quisiera las cosas nunca volverían hacer iguales.

Con aquella realidad tenía que aprender a mi vivir. Tocaron a la puerta. Sin esperarlo di un respingo.

Entonces abrí. No me gustó encontrarme a Mariola tan sonriente, pero traté de ser amable con ella.

Buenos días, Ruth.Me saludó desbordante de dicha.

¡Ah!.Se me escapó_Hola.

_¿Qué tal has dormido?

Yo misma me sorprendí de no haberle contestado chillándole.

_Bien, de un tirón.

_Tu padre y yo queremos que desayunes con nosotros.

<<¿Me lo había pedido casi en un ruego?>>.

Me sentí atolondrada.

Si, claro.Atiné a decir antes de ver su sonrisa.

_¡Estupendo! Te espero en la cubierta de nuestro camarote.

_Vale.

Mariola se marchó feliz. Aquella mañana no iba vestida como una muñeca coqueta. Llevaba unas deportivas, camiseta estampada, y pantalón corto.

Por primera vez me pareció joven y guapa. Sí, joven. Mariola tenía treinta y cinco años, y papá tres más que ella, así que se podía decir que eran jóvenes.

Solté una risa juguetona. Busqué la tarjeta de la habitación, la guardé bien segura, y salí cerrando suavemente.

Al girarme tropecé con Cris.

_¡Hola!

Hola.Le dije.

Recuerda pasarte por la clase de aerobio luego.Añadió con una sonrisa.

_Sí, descuida, allí estaré.

¡Hasta luego!.Se despidió con mucha prisa.

_Adiós.

El día tan solo acababa de empezar para mi.

Tras un buen desayuno me sentí con mucha más energía.

Le dije a papá que no me esperase para comer, tenía planes. Con brevedad le expliqué que quería ir al spa, a la piscina, y luego a una clase de aerobio.

Le pareció bien. Así que besé su mejilla y me despedí con un “*hasta luego*”.

Perderme por el “*Clipper Blue*” empezaba a convertirse en algo cotidiano. No supe por cual cubierta tirar. Llegué en ascensor a la cuarta planta.

El recepcionista un hombre súper amable me dijo que allí se encontraba el spa. ¡Dios, qué nervios!

Puede sonar raro, lo sé, pero me moría por pisar un sitio de esos tan lujosos. Dejé atrás el ascensor y caminé decidida por el pasillo.

Estaba sofocada. A pesar de que faltaban tres días para navidad hacía un calor impresionante.

Así que decidí hacer una parada en cubierta. La verdad es que el sol brillaba intensamente.

Me senté en una hamaca y me relajé. Por el megáfono del barco sonó una canción. Me

encantaba. Sin darme cuenta la tataré.

“Quiero, quiero, quiero besarte...”

En el transcurso de mi penosa actuación una mujer se había sentado en la hamaca de al lado.

Avergonzada le sonreí. Era una mujer de unos treinta años, pelo rubio, ojos claros, delgada, y una bonita sonrisa.

Me fijé en su abultada barriga. Estaba embarazada.

Sentí simpatía hacía ella.

Perdona.Me dijo algo apesadumbrada._No era mi intención molestarte.

Me sorprendí.

¿Molestarme?.Repetí_Al contrario, deberías perdonarme tú por soportar mi espantoso canto._Entonces reí.

Ella también sonrió pero sin dejar de tener aquella tristeza en sus ojos.

No lo haces mal.Bromeó.

_Uf, yo creo que lo hago espantoso.

Créeme, hay gente que canta mucho peor.Afirmó rotundamente.

Me halagó gratamente. De repente me sentí estúpida.

¿De cuánto tiempo estás?.Le pregunté señalando hacía su barriga.

La mujer se tocó tiernamente. Me emocioné.

De ocho meses y medio.Me respondió para luego añadir._¿quieres tocarla?

No supe que decir. Estaba temblando. La mujer me cogió la mano y la depositó en su vientre.

No puedo describir lo que sentí, la emoció embargó lo hondo de mi ser. Suavemente la acaricié.

Yo no tenía hermanos. Ahora me daba cuenta que añoraba tener un hermano.

Sentí como el bebé se movía. De repente soltó una patadita que me estremeció.

¡Oh!.Grité emocionada._Se ha movido. ¿Es niño o niña?

Niña.Me dijo conteniendo una lágrima.

Y sin esperar lo sollozo incontroladamente.

Yo la miré extrañada. ¿Habría dicho o hecho algo que la llevase a ese estado de angustia?

¿Qué te ocurre?.Me apresuré a preguntarle ofreciéndole un pañuelo que llevaba bordadas mi iniciales.

Ella volvió a sollozar. Se sonó la nariz exageradamente y musitó.

_Mi marido y yo hemos discutido. Anoche abandonó el camarote muy enfadado.

Tranquila.Le dije._Seguro que no es nada.

Y allí estaba yo consolando a una mujer a la que ni tan siquiera conocía. De repente me sentí mayor. Algo estaba cambiando en mi.

Victoria, como se llamaba la mujer, me contó que ella y Pablo, su marido, llevaban juntos desde la adolescencia.

Me enterneció su historia. Resulta que ellos siempre habían sido vecinos pero jamás se habían fijado el uno en el otro.

¡Cosas de la vida! Un día en la fiesta de un primo de Victoria, Pablo se fijó por primera vez en ella.

La sacó a bailar y estuvieron toda la noche juntos. A partir de ese momento surgió el flechazo entre ambos, y comenzaron a salir juntos.

Al poco tiempo Victoria tuvo que trasladarse a vivir a la otra punta de la ciudad.

Entonces apenas se veían. Pero Pablo no renunció a estar con ella y le pidió que se fuese a vivir con él.

Tras cinco años de relación decidieron que era hora de casarse y formar una familia.

Victoria y Pablo anhelaban ser padres. Pero tras un año de intentos, venía otro y otro fallido, así tuvieron que pasar tres años hasta que Victoria se quedó embarazada.

Cuando ella me relató el momento en que se enteraron de la feliz noticia juro que hasta lloré.

Según me explicó todo iba bien entre ellos. De hecho Pablo le había regalado aquel crucero como una segunda luna de miel. Y entonces discutieron.

Victoria no entendía porqué a su marido le molestaba tanto el tema de ponerle nombre al bebé.

Ella quería llamarla como a su abuela, Elena, sin embargo Pablo no estaba de acuerdo, y por tal estupidez Victoria se sentía totalmente hundida mientras lloraba en mi hombro.

No entendí como dos personas que se querían tanto podían andar peleadas por semejante tontería.

Lo cierto era que no comprendía el mundo de los adultos. A veces deseaba quedarme tal cual estaba ahora sin tener que crecer ni madurar.

No llores, seguro que él ya lo ha olvidado todo.Le aconsejé desde mi inexperiencia.

_¿Tú crees?

_Os queréis, eso es lo que verdaderamente importa.

Cuando yo misma me oí decir aquellas palabras metódicamente mi mente voló hacía la figura de mis padres.

Hubo un tiempo en el que ellos fueron felices. Sin embargo acabó cuando dejaron de quererse.

El tiempo de estar juntos había pasado para ellos. Ahora tenían derecho a ser felices

aunque sus caminos se separasen.

Hablando con Victoria me pude dar cuenta de lo injusta que había sido con ellos, sobre todo con Mariola.

Me sentí mal, incluso me odié a mi misma. La abracé segura de que las cosas entre ella y Pablo se arreglarían.

Victoria agradeció mi ayuda y comprensión invitándome a comer, pero ya llegaba tarde al spa, así que rechacé su buen gesto.

Miré mi reloj de pulsera, ¡era muy tarde! Me apresuré a correr para no perder la hora de mi masaje.

En mis ansias por llegar al spa me golpeé de cara con un chico que me sonrió con picardía. Entonces me ruboricé.

Era muy guapo, alto, delgado, moreno... Extrañamente deseé que fuese el mismo chico de la sensual y aterciopelada voz que me hipnotizó la noche anterior.

No me quedé para comprobarlo. Con las mejillas teñidas de un rojo carmesí volé antes de que me hablase.

Capítulo 4º

Me relajé un montón en el spa.

Confieso que parecía una niña con zapatos nuevos. La gente del spa fueron simpaticuísimos conmigo.

Allí conocí a un matrimonio mayor, Sebas y Elvira, dos viejecitos de lo más cariñosos que me robaron más de una sonrisa.

Llevaban casados cincuenta y cuatro años. Celebraban sus bodas de oro. Me sorprendió conocer que llevaban juntos más de cincuenta años.

Mientras los oía relatar batallas de su juventud sentí un poco de envidia. ¡Envidia sana, eh! Pero al fin y al cabo envidia.

A mis diecisiete años quise por primera vez conocer el amor. Vivir esa mágica experiencia de la que aquel matrimonio me hablaba tan feliz.

Ahora más que nunca empezaba a estar convencida de que el amor no era una estupidez como siempre había imaginado.

Tal vez lo único que me pasaba era que tenía miedo al rechazo y al sufrimiento, quizás esa incertidumbre de que si me enamoraba a mi me sucediera lo mismo que a mis padres.

Ese temor era lo que aun anidaba en mi joven corazón. Sebas y Elvira, la pareja que conocí aquella mañana en el spa, me dieron una lección de vida que nunca olvidaré.

Junto a ellos comprobé que con amor y paciencia todas las barreras de la vida se superan. Tan solo había que confiar.

Y eso precisamente era lo que me faltaba, confianza. Orgullosos me hablaron de sus seis hijos, doce nietos, y cuatro biznietos.

No paré de reír con sus anécdotas a la vez que sentí la estrecha relación que nacía entre nosotros.

Sin darme cuenta se me echó la hora de comer encima.

Con disgusto abandoné el spa y me fui a comer a la piscina. Un sándwich mixto, un refresco cola, y un helado de trufa, eso exactamente almorcé.

Tras comer permanecí tumbada al sol durante un buen rato mientras esperaba para darme un chapuzón.

<<¡Qué paradoja! Mis amigos en España congelándose de frío y yo aquí disfrutando de este calor>>.

Sonreí al pensar en Paula.

<<¡Ojalá estuviese aquí!>>, me dije a mi misma. A ella le hubiese encantado, lo sabía. Pero no podía ser, me tendría que conformar con enseñarle las fotos, eso sí, en abundancia pues no pensaba dejar de fotografiar todo lo que encontrase en aquel viaje.

Faltaban dos días para navidad. Era el tiempo justo para que el “*Clipper Blue*” hiciera su primera escala en Punta Cana.

Estaba nerviosa. Me entretuve más de la cuenta tomando el sol y al final me pasó factura.

Me puse más colorada que una gamba. Además llegaba tarde a la clase de aeróbic de mi amiga Cris.

Decidí no cambiarme de ropa. Estaba bien así. Tomé el ascensor hasta la sexta planta y me presenté allí.

Me sorprendió que la clase estuviese tan llena. Cuando vi a Cris la saludé con la mano y me situé lo más atrás que pude.

Me daba vergüenza que la gente me mirase con aquella curiosidad. Durante la hora y media que duró la clase me divertí bastante.

Cris era buena, muy buena en su trabajo. Los pasajeros la felicitaron al término de la clase. Cuando la sala empezó a quedarse vacía me acerqué hasta su lado.

_¡Ruth! Que bien que has venido.

Tu clase es genial.La felicité.

_Gracias._Me respondió agarrándome del brazo._Ven, quiero presentarte a mi hermano.

Observé en una esquina a un grupo de muchachos. Mi pulso frenéticamente se descontroló.

Vamos.Me instó ella.

Pero yo estaba paralizada. Entonces lo vi. Allí estaba el mismo chico con el que tropecé en cubierta.

Al vernos llegar se alejó del grupo para acercarse hasta nosotras. Su bonita sonrisa me obnubiló.

Hola.Nos saludó.

<<¡No, no podía ser él!>>. Quería morir allí mismo de la vergüenza. Era su voz, su mismo encanto, aquel penetrante tono aterciopelado que me hizo estremecer.

Oí como Cris me hablaba.

_Mira este es Asier, mi hermano pequeño.

Apenas me di cuenta que él depositó dos cálidos besos en mi mejilla.

Ahora no podía escapar como en las anteriores veces.

_Ella es Ruth._Me presentó Cris.

Yo estaba embobada.

_Encantada._Atiné a decir.

Lo mismo digo, pero creo que tú y yo coincidimos antes, ¿no?. Me dejó caer con tono jocoso.

¡Qué bien!. Intervino Cris. _Asier está preparando la fiesta de Nochebuena, ¿por qué no le ayudas?

¿Quién, yo?. Salté nerviosa.

Entonces su risa musical se coló por mis oídos.

_Es buena idea.

Asier no paraba de mirarme. No supe que decir aunque Cris lo dijo por mi.

_Te ayudaré, os dejo, me tengo que ir a la ducha.

Sin poderlo evitar ella desapareció en el peor momento. Yo quise que la tierra me tragase, pero sin embargo no fue así.

Estaba delante del chico más alucinante que jamás había visto, y yo seguía comportándome como una niña ilusa.

Guapo, simpático, divertido, Asier era el tipo de chico del que cualquier adolescente cuerda se enamoraría.

Pero yo era una cabecita loca, una bala perdida que aun no sabía lo que realmente quería de la vida.

Asier tenía diecinueve años y era animador en las temporadas de crucero.

A parte estudiaba ingeniería. Era una ricura. Pasé el resto de la tarde con él preparando los preparativos de la fiesta que tendría lugar en el salón "Aquamar".

El tiempo a su lado voló demasiado deprisa, y si a lo primero no quería quedarme a solas con él, era ahora cuando no me apetecía separarme de su lado.

Pero era muy tarde ya. Papá debía de estar preocupado por saber donde andaba metida.

Dejé a un lado los farolillos de colores y me despedí de Asier.

¿Te vas?. Me preguntó en un tono que me sonó ¡QUEDATE!

_Sí, es tarde, mi padre debe estar buscándome para cenar. _Le respondí hundiéndome en las profundidades de su mirada azul.

_Lo entiendo. _Asier soltó las pancartas que sostenía y sé me acercó. _Nos veremos. _Y rozó mis labios en un tímido beso que me hizo tocar el cielo.

Ruborizada miré hacía el suelo.

_Sí, claro.

Durante el resto de la noche estuve como flotando. No podía creer que mi primer beso hubiese sido tan mágico.

Durante la cena que tuvo lugar en la terraza papá no paró de hacerme preguntas de porqué estaba tan rara.

Sin embargo Mariola intuía lo que realmente me sucedía. Ambas nos mirábamos y

sonreíamos, creo que habíamos creado un vínculo especial.

Nunca me hubiese imaginado diciendo esto, pero empezaba a ver en Mariola a una amiga, y no a una enemiga.

Tras la cena ellos se fueron a tomar una copa al pub. Yo sin embargo no quise ir. Preferí dar un paseo por la cubierta antes de irme a la cama.

La noche era estrellada. Desde la barandilla de popa contemplé el cielo.

Me dejé envolver por la cálida brisa. Entonces alguien me tapó suavemente los ojos con las manos.

Suspiré temblando de emoción.

Hola. Oí junto a mi oído.

Supe quién era mucho antes de girarme. Fue el momento más erótico que viví a mis diecisiete años.

Me giré lentamente hacía el rostro de Asier. Él estaba demasiado cerca de mi, tanto que olí el perfume de su piel.

Miré sus ojos. Algo en mi interior se despertó. Abrumada no pude dejar de mirarle mientras el cielo y el mar eran testigo de aquel momento.

¿Qué haces aquí?. Le pregunté tímidamente.

Tomar el aire. Me respondió apoyándose a mi lado con naturalidad. _Necesitaba un descanso, ¿y tú?

La brisa movió un mechón de mi pelo haciendo que cayese sobre mi mejilla.

Arrebolada observé como rápidamente Asier lo apartaba con deliberada suavidad de mi rostro.

Tímidamente su yema rozó mi piel.

Yo-yo-o-o. Empecé a tartamudear nerviosa.

Él rió. ¡Dios, tenía una risa angelical!

Ven. Me dijo cogiéndome de la mano.

Yo no supe donde me llevaba pero eso me daba igual. Estaba en el paraíso. Asier caminó seguro.

Se notaba que conocía cada palmo del "*Clipper Blue*", cada rincón. Me llevó a una parte del barco que era realmente mágica desde donde el cielo se podía observar cubierto de mil estrellas.

Nos sentamos sobre la cubierta observando la noche iluminada. Aquel se convirtió en nuestro refugio secreto.

Luego Asier me acompañó hasta la puerta de mi camarote y nos despedimos hasta mañana.

Creo que floté en una nube mágica durante toda la noche. Al día siguiente acudí a la clase de Cris.

Ella empezaba a sospechar que me estaba colando por su hermano. Cris era una chica muy intuitiva.

Aquella tarde la clase de aerobio estuvo bastante más tranquila que el día anterior, incluso Cris tuvo tiempo de charlar un rato conmigo.

Aunque me sentí totalmente avergonzada cuando me preguntó por Asier.

¿Qué tal ayer con mi hermano?. Me dijo mientras me ofrecía una bebida isotónica.

_Bien, bien, es un chico muy simpático.

De repente sentí que mis mejillas se coloreaban.

¿Te gusta?. Se atrevió a preguntarme con suspicacia.

¡Nooooo!. Exclamé con horror. Lógicamente mentía.

Ella rió sin creer mi respuesta.

_Ya, lo típico que suelen decir todas.

Yo la miré extrañada ante su comentario.

_¿Todas?

Cris se puso seria.

_Mira, te lo digo porque te considero mi amiga. Asier es mi hermano, un buen chico, pero es un bala perdida en el amor.

_No te entiendo. Le dije confusa.

_A él le gusta vivir la vida, pero sin comprometerse, es mejor que lo tengas en cuenta. Me aconsejó antes de volver al trabajo.

Durante el resto de la clase le di vueltas y vueltas a lo que Cris me ha habido dicho.

Tal vez Asier no estuviese preparado para el amor, pero yo tampoco lo estaba.

La jornada completa la pasé sin ver a Asier. Era mejor de esa manera. Aquella noche me acosté temprano.

Mañana sería Nochebuena y estaba deseando acudir a la fiesta que la tripulación organizaba en el salón.

En parte yo también había colaborado con la decoración y me apetecía muchísimo estar con mis nuevos amigos.

Pero ilusa de mí, mis planes no serían ni mucho menos como creí. Aun no le había dicho a papá que esa noche no cenaría con ellos.

Tampoco creí que le importase mi ausencia. Por ello no le di la prioridad que merecía.

Con nerviosismo e ilusión me engalané frente al espejo. Le pedí a Cris que me ayudase.

No quería tener que recurrir a la novia de papá. Echaba mucho de menos a Paula.

Ella siempre sabía lo que me sentaba bien y lo que no. Me fiaba de su gusto y criterio.

Pero Cris me sorprendió en ese aspecto. Parecía conocerme mejor de lo que yo creía.

Con su ayuda ambas elegimos un coqueto conjunto de top y minifalda, medias de mayas, y un fular que iba a juego con el top color fucsia.

La minifalda era blanca. Los zapatos unas sencillas bailarinas en color negro.

Del maquillarse se encargó Cris, eso sí, poquito, no me gustaba ir maquillada como una puerta.

Dejé mi pelo suelto y até un lazo ancho alrededor de mi cabeza.

Me miré frente al espejo y no pude evitar soltar una exclamación. <<¿Esa era yo?>>

¡Guauuuu!. Exclamó Cris _¡Estás impresionante! No me extrañaría que esta noche rompieras algún corazón.

<<El de Asier>>, me dije para mi misma. Cuando Cris se marchó de mi camarote me quedé sola durante un momento.

Agarré mi chaqueta de cachemir y me dirigí al camarote de papá y Mariola.

¡Querida!. Me dijo nada más verme. _¡Qué guapa estás!

Noté en su tono que lo decía con cariño y me sonrojé.

¡Gracias!. Y mirándola agregué. _Tú tampoco estás mal.

Viniendo de mi parte eso se podía tomar como un cumplido.

_¿Tú crees?

Me extrañó su pregunta. Entonces me atreví a darle un consejo.

_Sí, lo digo en serio, aunque si te pones el collar de perlas beige te quedará mejor.

Vi que papá estaba hablando por teléfono así que decidí no molestarlo hasta que terminase.

Me senté en una silla y esperé para decirle que me iba a la fiesta.

¿Qué tal cariño?. Repuso cuando colgó y se acercó a mi dándome un beso en la mejilla.

_Bien.

Entonces me observó escéptico.

¿Qué ocurre?. Le pregunté.

_Cualquiera diría que te has vestido para una fiesta. Me lanzó perspicaz.

Era mi momento.

_En realidad sí. He quedado con unos amigos en el salón “Aquamar”.

_¡Cómo!

El alarido furioso de papá me apabulló. No entendí que le sucedía. Observé como la vena

de su garganta se inflamaba enrojecida.

Eso le pasaba siempre que algo le disgustaba. Mariola se acercó para tranquilizarlo.

_Pues eso_Repetí_He quedado para cenar con unos amigos...

De nuevo su elevada voz me detuvo en seco.

_¡Ni lo sueñes! Hoy es Nochebuena.

_Por eso._Le intenté explicar pero apenas me dejó hablar.

_Es noche para celebrarla en familia._Me recriminó molesto.

Entonces yo monté en cólera.

¡En familia! ¿Llamas a esto familia?.Mis ojos inevitablemente se desviaron hacia Mariola._Iré a la fiesta._Me revelé con orgullo.

_Te he dicho que no irás._Atajó papá aun más cabreado.

_Rubén_Lo nombró Mariola_Déjala ir, es joven, ya habrá otras navidades en la que cenemos todos juntos.

<<¿Mariola defendiéndome?>>.

No irá a la fiesta, cenaremos los tres y ¡punto!.Me gritó bien alto.

Pataleé furiosa.

_¡No, no, no! Estás muy equivocado si crees que haré lo que tú quieras._Le lancé a modo de desafío.

Sin pensarlo me di media vuelta y salí al pasillo.

¡Ruth, Ruth!.Me gritó.

Pero yo no miré hacia atrás. Mis lágrimas quemaban mis ojos. Pensé que papá me comprendería.

Tal vez en aquel momento fui egoísta, pero estaba muy dolida. No tenía ganas de nada. Ni de comer, ni de fiesta, lo único que quería era estar sola.

Así que corrí a mi refugio, ese que junto a Asier descubrí. Me senté en el frío suelo, acurruqué mi cabeza entre mis piernas y lloré, lloré hasta que no me quedaron lágrimas.

Capítulo 5º

No sé el tiempo que estuve allí sola. En aquellos momentos sentía que mi frustración me hacía odiar a todo el mundo.

El sonido de la música entremezclada con alegres risas llegaba vagamente hasta mis oídos. Abatida lo maldije todo. Entonces sentí que alguien se sentaba a mi lado. Su caricia me traspasó el alma.

Levanté mis ojos llorosos y vi como Asier me contemplaba afligido.

¿Qué haces aquí?.Le pregunté furiosa.

¿Y tú?.Me contraatacó él.

Yo he preguntado primero. Presumí como una niña enfadada.

_Vi que no estabas en la fiesta y vine a buscarte._Me respondió.

_No quiero ver a nadie.

_¿Y a mi tampoco?

Mentía si decía, NO. Con Asier me sentía cómoda, yo. Acaricié su mejilla con mi pulgar.

_He discutido con papá.

_Lo sé._Me respondió.

_¿Cómo lo sabes?

_En un barco es extraño no enterarse de lo que sucede._Repuso a modo de excusa.

_Me prohibió ir a la fiesta. Quería que cenase con él y su novia.

Asier me cogió la mano tiernamente. Yo no pude contener un estremecimiento.

_No se lo tengas en cuenta._Me dijo_Es tu padre.

_Ya. Pero a veces me siento una incomprendida. Ya no soy ninguna niña para que me trate así._Me salió la soberbia por todos los poros de mi piel.

_Pues yo creo que te has comportado como una niña._Me recriminó él.

¿Perdón?.Refuté enojada.

_Pero una niña adorable._Añadió besándome levemente los labios.

Me quedé extasiada, muda. Entonces Asier me ayudó a levantarme del suelo y me abrazó.

Me llevó hasta la parte de las hamacas y juntos nos tumbamos mirando hacía las estrellas. El silencio lo inundó todo, y poco a poco la calma volvió a mi.

Me dejé envolver por sus brazos y apoyé mi cabeza en su pecho.

No me hubiese importado morir así. De repente me había dado cuenta que me estaba enamorando de Asier cuándo él simplemente me quería como a una amiga.

A la mañana siguiente, el “*Clipper Blue*” atracó en el puerto de Punta Cana.

Papá y yo ni tan siquiera nos hablamos cuando coincidimos en la cubierta. En el fondo y tras pasar toda la noche acostada sobre aquella tumbona mirando las estrellas junto a Asier, comprendí que mi rabieta no había sido justa, y menos para papá. Pero mi orgullo me frenaba a la hora de acercarme y pedirle perdón.

Quien sí habló conmigo fue Mariola. Ella no estaba enfadada. En el fondo creo que entendía mi situación.

En ese instante su humildad me hizo ver que tenía un corazón muy grande.

—¿Cómo estás?— Me preguntó preocupada.

—Bien. — Le mentí.

—Anoche no fuiste a la fiesta, Cris nos lo dijo.

—Quería estar sola. — Manifesté cansada.

—Ruth, ¿no crees qué es hora de enterrar el hacha de guerra?— Me habló con tono conciliador.

Yo percibí también un ápice de suplica.

—Quizás. — Admití compungida.

Tras aquella breve charla Mariola me dio permiso para irme con mis nuevos amigos.

Cris, Asier, Mary, Luisa, Iván... Todos conocidos en aquel viaje me esperaron en la escala de desembarco.

Allí me presentaron a una nueva chica, Sonia. Me cayó genial. Todos montamos en el autobús. Un guía nos habló por megáfono mientras nos enseñaba los diferentes sitios de la isla.

Fue un recorrido que me fascinó. Punta Cana tenía lugares bellísimos. Saqué mi cámara en mano y allí estaba yo inmortalizando el momento.

Asier a mi lado sonreía mientras me miraba como si yo estuviese loca.

Aquel veinticinco de diciembre tengo que admitir que fue uno de los mejores días de mi vida. Lo pasé genial.

Regresamos al “*Clipper Blue*” cerca del atardecer. Lo primero que hice fue buscar a papá. Necesitaba hablar con él, pedirle perdón.

No me costó encontrarlo. Tomaba un café en la terraza del pub. Con sigilo me acerqué hasta él.

Papá parecía cabizbajo, como ausente y entristecido. No pude evitar culparme de su estado.

Yo tenía toda la culpa de que estuviese así. Sin quererlo le estaba amargando las

vacaciones.

_Hola papá._Me senté a su lado.

Me miró serio.

_¿Qué quieres Ruth?

Me dolió su forma de tratarme. En el fondo lo merecía.

_Quería pedirte perdón.

_¿Por qué?_Me preguntó para luego añadir._¿Por la escenita de anoche, o por tu comportamiento infantil hacía Mariola?

Entendí perfectamente como se sentía. Quizás antes de embarcarme en el viaje no lo entendiese, pero ahora habían cambiado muchas cosas.

Me avergoncé de mi actitud.

_Por ambas. Sé que no he sido justa ni contigo ni con Mariola. Lo siento, te prometo que eso va a cambiar._Le dije con suplica.

_¿Y debo creerte?_Me manifestó papá reacio.

_Lo digo en serio._Admití.

Vi que los ojos de papá se empañaban de lágrimas. Entonces me abrazó efusivo. Yo también lloré.

_Te quiero mucho._Expresé contra su cuello.

_Y yo a ti hija mía.

Eso fue lo más bonito que me dijo nunca.

Tras hacer las paces con papá me sentí mucho más liberada. Era como si dejar atrás el lastre me dejase respirar de nuevo.

Durante días disfruté como una niña. Dos días después de dejar Punta Cana el "*Clipper Blue*" hizo escala en Santo Domingo.

Era increíble la de lugares que estaba conociendo. En aquella última semana del año atracamos en Costa Rica.

Allí conocí a Raquel, una nueva chica que se sumaba a la travesía como camarera.

Para cuando llegó el treinta y uno de diciembre yo podía recorrer la embarcación con los ojos cerrados.

Era fin de año. Tanto Cris como los trabajadores de la tripulación prepararon la fiesta de Nochevieja, a la cuál quise contribuir con mi ayuda.

Era la excusa perfecta para estar cerca de Asier. No sé lo había confesado a nadie, pero

estaba enamorada del que se había convertido en mi mejor amigo, uno de los pilares que me sostenían en pie era Asier.

Ansiaba bailar con él en la fiesta. Pero no quería estropearlo todo como en navidad sucedió, así que pedí permiso para ir a papá y Mariola.

Extrañamente no pusieron ningún inconveniente. Salté de alegría. La euforia corría por mis venas.

Me pasé gran parte del día liada en la sala donde se celebraría la despedida del año. Por la tarde estuve en la piscina con Julia.

Julia era una niña más pequeña que yo. Tenía doce años y viajaba en compañía de sus tíos. Congeniamos muy bien. Era muy simpática y además adelantada para su edad.

Tras tomar el sol me pasé por la clase de Cris. Entonces me dijeron que tenía la tarde libre. Contuve mis nervios a medida que la noche se acercaba.

Mis planes eran cenar con mi familia, luego Asier me recogería para ir juntos a la fiesta de fin de año.

Apenas podía tenerme en pie. Sentía como una descarga eléctrica recorría cada uno de mis músculos, una sensación que me embargaba como un vino dulce.

Durante la cena no dejé de sentir ese fuerte aleteo de mariposas sobre mi estomago.

Y cuando Asier pasó a recogerme, a eso de las once y media, ahí fue cuando un torrente de emociones se desató en mi interior.

Pero tenía que ser prudente, mantener la calma, y no dejarme desbordar por lo que mi corazón estaba sintiendo.

En parte sabía que era un imposible. Asier tan solo me veía como a una amiga más.

¡Wooooo! Estaba guapísimo. En realidad Asier estaba guapo hasta en bañador.

Tenía un cuerpo de escándalo. Pero aquella noche no sé, estaba diferente, en sus ojos brillaba una luz que me hechizó.

La noche prometía ser inolvidable. Cuando las campanadas sonaron y el año nuevo irrumpió en el “*Clipper Blue*” mi destino quedó sellado en ese momento mientras la fiesta siguió girando en torno a nosotros.

Asier me sacó a bailar en varias ocasiones, casi todas baladas a las que me pude abrazar a él.

Si hubiese tenido el poder de detener el tiempo con mis manos, yo en aquel instante lo hubiese parado.

No quería que nada cambiase aquel recuerdo que grabé en mi retina.

Bien entrada la madrugada Asier y yo salimos un rato a cubierta. Dentro el ambiente ya se encontraba demasiado cargado de humo y licor.

Me apoyé en la barandilla de proa y aspiré el aire salado de la noche. Asier se puso a mi lado y me señaló el cielo estrellado.

Yo seguí su mirada. Hacía una noche maravillosa y más aun en su compañía.

Permanecimos en silencio. De repente él me acarició la mejilla con dulzura.

Temblé. Me giró hacía su rostro contemplándome.

Yo no quería que notara mi nerviosismo. Con asombro vi como se quitaba una medalla de su pecho y la colgaba sobre el mío.

Era de oro y llevaba sus iniciales grabadas en el metal. Yo lo miré sin entender porqué lo hacía.

Él puso un dedo sobre mis labios y me calló.

_Shh, quiero que tengas un recuerdo mío.

Per-o-o....Logré articular.

<<¿Se trataba de una despedida?>>

Temo que si. Contuve mis lágrimas y me abracé a su pecho.

Y de esa manera el fin de mi viaje estaba cerca. Sin apenas darme cuenta el tiempo había volado.

El “*Clipper Blue*” echó sus anclas en el puerto de Barcelona justamente el día de reyes.

El regreso a casa, la despedida, todo estaba más cerca de lo que nunca quise. Pero tampoco quería pasarme el último día triste. Por eso lo aproveché y pasé la mayor parte del tiempo de un lado a otro.

Cerca del atardecer de ese día en la cubierta de la tercera planta me tropecé con Victoria, la muchacha que estaba embarazada.

Estaba sonriente, feliz. A su lado la acompañaba un hombre alto, delgado, que la miraba con ojos de amor.

Supe que se trataba de Pablo, su marido. Entonces me alegré de que se hubiesen reconciliado.

¡Hola Ruth!.Me saludó con jovialidad.

¿Qué tal?.Les dije yo.

_Bien, bien._Me respondió_Este es Pablo.

_Encantada._Contesté.

_Lo mismo digo._Expresó Pablo con agrado._Vicky me ha hablado de ti, dice que tú la ayudaste.

_¿Quién yo? va, no hice nada._Le resté importancia a su comentario.

Victoria se ofendió.

_Hiciste mucho.

Enrojecí de vergüenza. Yo no consideraba haber hecho nada del otro mundo.

Pero se lo agradecí.

_Gracias.

¡A ti guapa!.Me respondió muy feliz.

De repente Victoria se puso pálida y chilló. Yo la miré sobresaltada. De nuevo chilló mientras se tocaba la barriga.

Observé el charco que se formó a sus pies.

¡Dios, he roto aguas!.Exclamó alarmada.

No me lo podía creer, estaba siendo testigo de un parto inminente.

De sus labios brotó un nuevo quejido. Las contracciones eran cada vez más seguidas.

¡Vamos!.Oí a su marido._Llegaremos a la enfermería antes...

¡No!.Gritó ella._No puedo moverme de aquí, ya llega_.Admitió controlando la respiración.

No sé que pasó por mi cabeza. Lo único que sé es que corrí. Corrí como una loca por la cubierta mientras saltaba de dos en dos las escalerillas.

Necesitaba encontrar a Mariola. Ella era ginecóloga, tal vez la única que podía ayudar a dar a luz a Victoria.

Por suerte me topé con ella en el pasillo del camarote.

¿Qué ocurre Ruth?.Me preguntó al ver mi cara de desesperación.

¡Ven!.La insté tironeando de su brazo.

_¿Adónde?

Victor-i-a.Tartamudeé._Victo-r-ia está de parto.

¡Cómo!.Exclamó con desconcierto.

No tuve tiempo de darle muchas más explicaciones. Así que tiré de ella y la conduje con urgencia hasta la cubierta de arriba.

Allí el tumulto era mayor que cuando me fui a toda prisa. Victoria estaba tumbada en el suelo y Pablo trataba de que la gente les dejase espacio para moverse.

Mariola me pidió que llamase a los servicios sanitarios del barco. Obedecí sin rechistar. Luego me quedé cerca por si me volvía a necesitar. De repente estaba mareada.

El calor hacía que mi sudor corriera por todo mi cuerpo.

Los minutos fueron eternos mientras oía a Victoria chillar de dolor. En cuanto el equipo médico llegó toda la cubierta fue despejada.

Nos echaron de allí a prisa. Victoria iba a dar a luz. Pensé que el nacimiento de su hija no podía ser mejor regalo en una noche de reyes.

El llanto de un bebé inundó mis oídos. Entonces suspiré tranquila. Ya había pasado lo peor. Dejé que mis nervios se tranquilizaran.

Sabía que Victoria estaba en buenas manos. Antes, tan solo unas semanas atrás, lo hubiese dudado, pero ahora estaba convencida de que si papá tenía que tener a alguien como mujer quería que fuese Mariola y no cualquiera otra.

Desahugué mi tensión en llanto. Aquel viaje había sido todo cuanto había estado esperando en la vida.

Si una vez dudé de lo que quería, en el viaje toda duda quedó despejada.

Me sentí feliz. Horas después acudí a la enfermería donde Victoria permanecía ingresada. El parto había salido bien.

El bebé estaba en perfecto estado, pero la madre se encontraba agotada. Toqué suavemente con mis nudillos, y entré.

La imagen que vieron mis ojos me conmovió. Era algo realmente bello. Victoria sostenía a su niña entre sus brazos mientras la acunaba. Pablo a su lado no se separaba de ellas.

Me sonrieron indicándome que pasase dentro.

_¿Cómo estás?_Le pregunté con urgencia.

_Cansada, pero feliz.

Mis ojos se humedecieron.

_¿Y la niña?

_Muy bien, ha pesado tres kilos y medio.

Pablo me sonrió.

_La pequeña ha llegado antes de lo que esperábamos, ¿verdad?_Le dijo a su mujer.

_Sí, es un regalo del cielo._Musitó contra el bebé.

_Cuanto me alegro._Dije observando a la niña.

_¿Quieres cogerla?

Me asusté.

_¿Yo?

_Anda, cógela._Me insistió Victoria.

Cuando tuve al bebé entre mis brazos me emocioné.

_¿Cómo la llamaréis?

Pablo miró a su esposa. Ella asintió con la mirada.

_Ruth.

Me tuve que agarrar fuerte para no desmayarme. No salía de mi estupor.

Como yo. Susurré bajito.

_Si. Hemos pensado que nuestra hija lleve el nombre de la persona que tanto nos ha ayudado.

_Pe-ro-o y-o-n-o...

_Está decidido, además, creo que la pequeña Ruth estaría de acuerdo.

No objeté nada. ¡Qué podía decir! Aquella noche de reyes no pedí nada más.

Mi mayor regalo ya lo tenía. El viaje era la mayor experiencia que nadie me podía regalar.

El seis de enero finalizó la travesía del “*Clipper Blue*”. Supe que la despedida sería lo peor.

Preparé con desgana mi equipaje. Papá me esperaba para el desembarco. Apenas tenía fuerzas para decirles adiós a mis amigos... Pero sobre todo a Asier.

¿Nos volveremos a ver?. Susurré mientras apretaba la medallita sobre mi cuello.

¿Lo dudas?. Bromeó él.

No. Dije convencida.

Levemente Asier besó mis labios. Esa sensación cálida penetró en mi interior. <<TE QUIERO>>, gritó mi corazón en silencio.

Entonces nos dimos los números de teléfono, y también el correo electrónico.

Prometimos mantener el contacto. Bañada en lágrimas nos despedimos.

En parte tenía que estar feliz. Volvía a mi vida. Pero una parte de mi se quedaba allí.

El trayecto en coche hasta casa se me hizo insoportable.

Me recosté sobre el asiento y me puse los auriculares de música.

Estaba agotada. Cuando vislumbre las frías luces de mi barrio ya era de noche.

Apenas presté atención a lo que papá me dijo cuando paró el coche frente al porche de la casa de mamá.

Lo único que quería era encerrarme en mi habitación.

Pero las sorpresas aun no habían terminado para mi.

Ruth. Me volvió a llamar papá._ Ruth hija, tenemos algo que decirte.

Dime. Entonces miré a Mariola.

Sus ojos tenían un brillo especial.

_Vas a tener un hermanito.

O hermanita.Añadió ella esperando ver mi reacción.

No pude contener mi llanto. Un llanto de felicidad.

¡Un hermanito!.Repetí feliz.

_Sí. _Repitieron igual de emocionados que yo.

Me abracé a ellos. Entonces di gracias a la vida por tener la familia que tenía.

Parte 2

“Una escapada a los pirineos”

Tal cual imaginé, mi viaje no terminó el día que volví a casa, con algo más que el corazón roto de amor.

En cuestión de meses mi vida iba a dar un giro de ciento ochenta grados...

Estuve un año bastante perdida, emocionalmente hablando.

Mi vida había cambiado tanto que tuve que darme tiempo a mi misma para asimilar los nuevos cambios.

Incluso yo me sentía diferente. Seguramente maduraba más rápido de lo esperado. O al menos eso creí.

Mi mundo estaba patas arriba, y aun me quedaba un largo camino que recorrer, y bueno, quién sabe si mi destino era volver a reencontrarme con Asier.

Mis ansias por vivir me llevarán a conocer experiencias que a los diecinueve años nunca olvidaré.

Capítulo 6°

Un año y 11 meses más tarde.

Noviembre, jueves, 22

Es duro asumir los cambios cuando ves tu vida desmoronarse ante tus ojos, y lloras impotente.

Lo sé, tengo tan solo diecinueve años, y todo un camino que recorrer, aunque ahora no me vea con fuerzas ni tan siquiera para levantarme.

No siempre fue de esta manera. Admito que las cosas me habían empezado a ir mejor de lo que esperaba.

Todo era perfecto. Mi relación con papá y su novia había cambiado mucho a lo largo de aquel último año y medio.

Reconozco que me equivoqué, que fui injusta y egoísta con la novia de papá.

Pero aquello ya pertenece al pasado, y ahora la antipática y odiosa Mariola se ha convertido en una buena amiga para mí, una cómplice, una compañera, y además, la madre de mi dulce hermanito, Lukas.

Sí, adoro a mi peke. Es una ricura. Su nacimiento fue una de las cosas más bonitas que me pudo suceder, sin contar cuando conocí a Asier en aquel viaje. <<Asier, mi eterno amor>>. Con él he mantenido el contacto a través de internet, con e-mail, mensseger, y vídeo- chat.

A veces también por carta o postal. No es que hayamos tenido una relación, lo nuestro ha sido y sigue siendo una simple amistad, aunque yo este totalmente colada por sus huesos.

Pero eso jamás se lo he confesado. Durante este tiempo he comprendido que Cris llevaba razón, que él nunca sería chico de una sola mujer, que odiaba el compromiso.

Asumí demasiado pronto que aquello nunca cambiaría, y que prefería seguir teniéndolo como “amigo”, a perderlo para siempre. Ahora hace tiempo que no hablamos. Asier ya no trabaja a bordo del “*Clipper Blue*”.

Dejó eso de ser animador para centrarse en sus estudios de ingeniería mecánica. Según decía, estaba harto de pasar media vida de un lado a otro navegando. Ahora quería algo más estable.

Lo último que sé es que se había trasladado de ciudad, y que había encontrado un nuevo trabajo como monitor de esquí.

Estaba feliz por él. Si tenía novia o no, eso mejor prefería no saberlo.

A ambos parecía irnos bien. Yo por mi parte estaba centrada en mi carrera de medicina.

Quería ser ginecóloga. Era algo que descubrí en el viaje tras vivir la experiencia inesperada del parto de Victoria.

Nunca había tenido tan claro lo que querría ser de mayor, ahora lo sabía.

Así que compaginaba mis estudios en la universidad con ayudar en casa todo lo que buenamente podía.

Tampoco debía olvidar que yo aun era una adolescente, y bastante alocada, ¡por qué no decirlo!

Con diecinueve años me apetecía vivir la vida, salir, entrar, conocer chicos...

Y repente sucedió lo inesperado. Mi vida giró ciento ochenta grados tras aquel fatídico accidente.

Era yo quien conducía el coche cuando un camión se nos echó encima, arrojándonos a la cuneta.

No puedo dejar de sentirme culpable de eso, a pesar de que por activa y por pasiva me han hecho ver que yo no pude evitarlo.

Es un milagro que yo siga viva. No sé, ese día debía tener cerca a mi ángel de la guarda.

A partir de entonces no he vuelto a ser la misma que era, una chica alegre, despreocupada, y con ganas de comerme el mundo.

Ese accidente lo cambió todo.

Llovía a mares. Recuerdo que Paula, mi mejor amiga, me llamó llorando.

Ella y su novio habían cortado hacía poco.

El muy cerdo era un infiel. Yo traté de tranquilizarla, pero Paula estaba totalmente desquiciada, no entraba a razones.

Me dolía verla de ese modo. Paula para mi es como una hermana.

Me dijo que de nuevo había discutido con Javier. Que este la había dejado tirada en una gasolinera a las afueras de la ciudad.

“Cabrón”

Me encendí como una pólvora. Afuera estaba diluviando.

Le pedí que me diese la dirección, y que no se moviese del lugar hasta que yo no fuese a recogerla.

No había sido mi intención coger el coche aquel día, y mucho menos en el estado en que las carreteras se encontraban por la lluvia.

Pero no podía fallarle a mi amiga, ella me necesitaba.

Me armé de valor. Hacía pocos meses que me habían dado el carnet de conducir.

Cogí el coche de papá sin pedirle permiso, y me planté en el lugar que Paula me dijo.

Cuando llegué era tarde, casi había oscurecido, y la noche seguramente se nos echaría encima, pero no me importó.

La abracé largo rato hasta que logré calmarla.

¿Qué ha pasado?.Le pregunté en la cafetería de aquel bar de carretera.

J-a-a-vier.Balbuceó ella.

¡Otra vez con ese cretino!.Alcé la voz más de la cuenta.

Llevas razón, me engaña.Sollozó.

_Shh, tranquila, estarás mejor sin él.

_P-e-e-ero yo l-e-qui-ero.

Intenté ser paciente.

_No te merece, mira lo que te ha hecho.

Paula sacudió la cabeza.

_Lo sé.

Tienes que olvidarte de ese cerdo.Le aconsejé mientras la abrazaba.

Entonces nos tomamos un par de cafés.

Cuando salimos de allí era ya noche cerrada, y la lluvia seguía cayendo sin cesar.

Mi móvil empezó a sonar insistentemente en el interior de mi bolso.

Supe que era papá para preguntarme donde estaba. Ella me miró culpable. Ambas montamos en el coche.

Yo me puse el cinturón de seguridad, y obligué a Paula a ponérselo, pero se negó.

No tenía tiempo de andar discutiendo, así que la dejé, tampoco creí que fuese a pasar nada.

Encendí la radio del coche, y sintonice una emisora de música que me encantaba.

Una vieja canción sonó. Empecé a tatararla en voz baja mientras seguía el ritmo.

Paula tataró también, nos miramos y reímos. Subí el volumen y canté más alto, ella me siguió.

Y entonces ocurrió lo inevitable. Al girar en aquella curva, un camión se nos echó de frente.

Yo intenté esquivarlo, di un volantazo, y sentí como el coche derrapaba sobre el asfalto mojado.

Luego no recuerdo nada más. Cuando desperté en aquella fría cama de hospital me contaron lo que había sucedido.

Según los médicos había estado inconsciente durante más de tres días.

Tenía múltiples moratones, huesos rotos, y una conmoción en la cabeza, pero estaba viva, era fuerte y en poco tiempo me recuperaría.

Sin embargo Paula no tuvo la misma suerte que yo. No podía creerlo, no podía admitir que mi mejor amiga hubiese quedado paralítica, atada y condenada a una silla de ruedas, y todo por mi maldita culpa.

Lloré durante días mientras permanecí en aquella cama. Lloré tanto que no me quedaron más lágrimas.

Al final me enteré que fue el cinturón de seguridad lo que evitó que a mi me sucediese lo mismo.

Pasó una semana hasta que reuní el coraje suficiente como para levantarme, cruzar el pasillo, y visitar a Paula en la habitación contigua.

Sabía que no podría soportar verla en aquel estado, pero lo que menos soportaría sería ver su odio hacía mi, saber que quizás me despreciase para siempre.

Pero era mi amiga. Tenía que demostrarle que yo estaría siempre a su lado.

Tímidamente entré. La observé en la cama.

El silencio era total. Entonces se me partió el alma en dos cuando miré su cuerpo allí tumbado y quieto.

Tenía los ojos hacía la ventana. Apenas oyó cuando llegué a su lado.

¿Paula?.La nombre insegura.

Ella se giró hacía mi voz. Tenía la mirada ausencia, entristecida. Yo no pude contener mis lágrimas, y la abracé, a pesar del temblor que me sacudió al pensar en su rechazo.

Pero ella me abrazó igual. Hundí mi cabeza en su pelo, y sollocé.

_Lo siento, lo siento mucho, sé que me odias...

Ni tan siquiera fui capaz de continuar.

Ella me agarró las manos.

No te odio. Me manifestó compungida. _tú no tienes la culpa, pasó.

Con los ojos empañados negué con la cabeza. No podía creer que no me culpase de lo sucedido.

_Yo conducía, yo tenía que haber esquivado el camión, yo...

_No pudiste hacer nada, se nos echó encima.

De repente sollozó con fuerza.

_Si te hubiese hecho caso me habría puesto el cinturón.

Lloré de impotencia mientras la volví a abrazar.

Todo irá bien. Buscaremos los mejores médicos para que te traten. ¡Volverás a andar!. Me arranqué en un alarido con ímpetu.

_¿Tu crees?

<<Sí, lo creía>>.

No te dejaré. Estaré a tu lado, juntas lo lograremos. Afirmé al tiempo que me convencí a mi misma.

Ambas permanecimos unidas durante todo el proceso de la dura rehabilitación.

Los médicos lo confirmaron, las lesiones de Paula no eran crónicas, con el tiempo volvería a caminar.

Han pasado seis meses desde el accidente. Paula ya puede caminar con muletas. Aun le queda una larga recuperación, pero lo peor ya ha quedado atrás.

El vivir esta dura experiencia nos ha unido aun más, somos inseparables.

Dentro de una semana será su cumpleaños. Yo quiero que sea algo muy especial, un cumpleaños que no olvide nunca. A ella le encanta la sierra, la nieve, el campo.

Mi regalo sería una semana en un hotel rural cerca del pirineo catalán. ¡Ella iba a flipar con la sorpresa!

Y lo cierto que yo también. Preparé la escapada con ilusión. Durante días tuve que morderme la lengua para que no sospechase nada.

Así que pedí a Mariola que me ayudase en aquel asunto de la sorpresa.

A ella la idea le pareció genial, y también un buen momento para prepararle a papá un regalo por su primer aniversario de bodas, una escapada romántica en un entorno idílico.

Me encantó el plan de que nos acompañasen en el viaje. Desde que ocurrió el accidente no había vuelto a coger un coche.

Me atemorizaba la idea de tener que conducir, así que me alegré un montón de ir con mi familia.

Me centré en los preparativos. Paula estaba a punto de llegar. Ella lógicamente desconocía lo que iba a suceder.

Mi intención era engañarla para que no sospechase y la sorpresa no se estropease hasta el final.

Metí en mi maleta un par de mudas, calcetines, suéter de lana, vaqueros, y botas.

También un par de libros para leer, unas cuantas películas, y mi reproductor de música.

No encontraba los articulares por ninguna parte y la hora se me echaba encima.

Nerviosa miré en el cajón de la cómoda, ¡por fin los encontré!

Al cogerlos algo se enganchó en mi jersey y cayó del cajón al suelo.

Me agaché enseguida. Comprobé que se trataba de una cadenita de oro.

Rápidamente la reconocí, era la que Asier me regaló a bordo del “*Clipper Blue*”.

La cogí entre mis temblorosos dedos. Un escalofrío me recorrió la médula.

Entonces recordé con anhelo lo que me dijo esa noche en cubierta al ponerla sobre mi cuello;

<<Quiero que tengas un recuerdo mío>>.

Durante meses la había llevado conmigo, nunca me la quitaba, era como mi amuleto de la suerte.

Si estaba triste la apretujaba contra mi pecho, y eso me hacía sentir fuerte, era como tener a Asier más cerca de mi corazón.

Pero desde el accidente no había vuelto a ponérmela. Con las yemas de mis dedos la acaricié, dibujando el contorno de su cara en el metal. ¡Lo extrañaba tanto! Deseaba verlo, saber como estaba, aun sabiendo que eso haría daño a mi corazón.

Pero no podía evitar sentir lo que sentía hacía él. Instintivamente me colgué la cadenita y sonreí.

Entonces miré el reloj. Me di prisa en terminar con el equipaje.

Cerré lentamente la puerta de mi habitación, y me preparé para vivir la emoción de una nueva aventura.

Capítulo 7º

Tanto papá como Paula desconocían hacía donde nos dirigíamos. No sé imaginaban lo que les teníamos preparado.

Durante todo el trayecto no pararon de preguntar, de curiosear mientras intentaban sonsacarnos la información.

Fue muy divertido aguantar durante horas su insistente interrogatorio.

Reímos, bromeamos, parloteamos sin cesar. Por un instante, solo por un instante, me volví a sentir llena de vida e ilusión.

Me encantaba ver a mi amiga tan feliz, merecía que algo bueno le pasara.

Yo estaba allí para encargarme de hacerla sonreír. Llegamos al hotel rural pasada la media tarde. Al fin la sorpresa quedo desvelada.

La verdad es que mereció la pena todo el esfuerzo por ver aquellas radiantes caras de felicidad.

Papá no se lo creía, estaba totalmente anonadado, y Paula tan emocionada, no dejaba de llorar de alegría.

Cuando nos bajamos del coche una brisa fresca me envolvió. Temblé, pero no porque tuviese frío.

Era algo distinto lo que me ocurría. Una sensación me embargó cuando acaricié con mis ojos el paisaje tan acogedor.

Me enamoré del lugar al instante. Paula me abrazó feliz.

Es el mejor regalo de cumpleaños que nunca me han hecho.Afirmó emocionada.

_Te mereces lo mejor. _Respondí.

Durante un rato me quedé absorta en mis propios pensamientos.

El hotel rural era precioso. De nuevo volví a sentir mariposas en mi estomago.

Contemplé el alto edificio. Tenía cuatro plantas, amplios balcones, ventanas de forja, y pintorescos mosaicos en la fachada.

Más que un hotel era como un gran caserón antiguo. <<*Realmente hermosa*>>, me dije al observar sus alrededores cubiertos de plena naturaleza.

Enseguida salió a nuestro encuentro un amable botones. El hombre nos sonrió con simpatía. Yo ayudé a Paula con las muletas.

Cuando llegué a recepción suspiré tranquila. La verdad era que estaba agotada. Me acerqué hasta el mostrador y saqué mi carnet del bolso.

Un muchacho joven me atendió. Leí en la levita de su chaqueta verde su nombre ,“*Marc*”.

Esperé paciente a que metiese mis datos en el ordenador. Entonces me fijé en el vestíbulo.

Era sencillo, pero con clase, elegante a la par que simple. ¡Me encantó!

El chico me sonrió a la vez que tecleaba con mucha rapidez.

¿Es tu primera vez aquí?.Me preguntó dulcemente.

Tenía una voz cálida, muy sensual... Intenté sonreír. Era guapo, alto, delgado, de pelo ensortijado...

_Sí._Le respondí ocultando un bostezo.

El chico me entregó de nuevo mi carnet. En ese momento me di cuenta que sus ojos eran de un bonito color marrón. Pero no tenían chispa.

Ten.Dijo dándome la tarjeta de la habitación.

Noté que no paraba de mirarme. Me sonrojé.

_Gracias.

Me di la vuelta.

¡Qué tengas una buena estancia!.Añadió con una sonrisa.

Caminé tranquila hasta donde Paula me esperaba. Me di cuenta que ella no quitaba sus ojos del joven recepcionista.

Vamos.La insté a caminar hacía el ascensor.

En un par de ocasiones ella se giró hacía él.

_¡Qué mono! ¿Verdad?

La miré algo escéptica.

_¿Te gusta?

Las puertas del ascensor se cerraron y pulsé el botón de la planta 2.

Tiene su encanto.Me respondió con una mirada traviesa.

Hacía mucho tiempo que no tenía los ojos tan iluminados. Entonces comprendí que si, que de verdad le gustaba aquel chico. Podía ser un buen comienzo.

A ella le faltaba motivación, y quizás Marc fuese ese empujoncito que tanta falta le hacía a su autoestima.

Cerré los ojos mientras llegábamos a la habitación. No podía dejar de pensar en Asier.

<<¿Qué estaría haciendo él en aquellos momentos?>>.

Caí reventada en la cama.

Sin embargo, a pesar de estar agotada, no podía conciliar el sueño. Pasé horas dando vueltas y más vueltas hasta que me sentí exhausta.

Mi amiga dormía plácidamente en la cama de al lado. Ella y yo compartíamos la misma habitación.

Oí su suave respiración, y deseé poder dormirme de aquella manera.

Pero algo dentro de mi se revelaba, no sé, una extraña excitación.

Horas después conseguí tranquilizarme, al final el cansancio me venció.

Desperté bastante tarde, y además zanganeada por la mano de Paula.

Con los ojos soñolientos la miré preocupada.

—¿Qué ocurre?

—¡Vamos, vístete, es la hora del desayuno!

Observé mi reloj y me dejé caer de nuevo sobre la almohada.

_¡Ruth!

Quiero dormir.Le supliqué.

Ella estaba entusiasta.

No. Es hora de levantarse. Hoy nos espera un día maravilloso, ¿has visto el sol qué entra por la ventana?.Casi me gritó en el oído.

Lógicamente bufé. Me levanté a desgana, bostecé, y me acerqué hasta la ventana.

¡Dios! Las vistas eran espectaculares.

¿Ves?.Me dijo ella.

Era cierto, hacía un día maravilloso.

Vale.Respondí gruñona._llevas razón, pero antes me tendré que duchar, ¿no?

Ella asintió con la cabeza.

_Te esperaré abajo en el comedor mientras pido el desayuno.

La vi coger las muletas y entonces me alteré.

_¿Irás sola?

Paula se acercó a mi con ternura.

Estoy bien, puedo hacerlo.Me respondió con una sonrisa.

La observé caminar con decisión y arrojo. No dudé de que estaba empezando a ser la misma que antes del accidente.

Ve con cuidado, no vayas a tropezar.Le regañé como una madre.

_Que sí, no te preocupes.

Sonreí. Todo marchaba bien. Estuve en la ducha un buen rato. Cuando salí me envolví en el albornoz y busqué la ropa que me pondría, algo cómodo e informal.

Unos vaqueros me vendrían bien. Elegí un suéter bastante calentito.

Al final me decliné por el de rayas en blanco y rosa que Paula me había regalo el año anterior. Adoraba aquel suéter.

Me coloqué unas botas de caña alta. Preferí que fuesen de suela plana por si salíamos a pasear.

¡Ah! No podía olvidarme de mi bufanda de cachemir, mi gorro, y mis gafas de sol.

Bajé a toda prisa. Ya imaginaba el discurso que me echaría ella por mi tardanza.

Pero cual fue mi sorpresa al entrar en el comedor que encontré a mi amiga muy entretenida de cháchara con el joven recepcionista.

Marc me sonrió cuando se despidió, y pasó por mi lado.

¡Es un encanto!.Me soltó nada más sentarme en la silla.

Y lo cierto era que si, que era un encanto, pero no para mi, yo no quería pensar en otro que no fuese Asier.

Reconozco que podía parecer estúpida. Pero mis sentimientos no los podía hacer desaparecer así como así.

Miré a Paula mientras me servía un cruasán con mantequilla. Estaba pletórica.

Sí, lo parece.Dije al descuido.

¿Sabes?, es súper atento conmigo.Rió con alegría._Me ha dicho que aquí también tienen servicio de fisioterapia y balneario, he pedido hora_.Y añadió._bueno, en verdad hemos pedido hora, a ti también te he apuntado para el spa.

Abrí la boca anonadada.

_¿Cómo?

Ella siguió hablando ignorando mi gesto por completo.

_Después podíamos ir a las clases de esquí que se empiezan a impartir hoy. Me han comentado que el monitor es muy bueno.

Dejé el cruasán a un lado.

_¡Paula! ¿Te has vuelto loca?

_¿Por qué?

Tú no estas en condiciones de esquiar.La reprendí sin llegar a pensar que podía herir sus sentimientos.

Sollozó, y yo me sentí la persona más cruel del mundo. Odiaba verla de esa manera.

Lo siento.Corrí a abrazarla._te juro que no quería decir eso.

Lo sé.Me contestó absorbiendo fuertemente el aire por su nariz._eres muy buena conmigo.

No.Negué rotundamente aguantando una lágrima.

_Sí, desde que ocurrió el accidente te has volcado conmigo, con mi recuperación, y ahora yo quería hacerte un regalo. Sé que esquiar te encanta. ¿Por qué vas a renunciar a algo que te gusta porque yo no pueda hacerlo?

Me emocioné. Me sentí completamente orgullosa de ella. Con ímpetu la abracé.

¡Paula!.Exclamé compungida._Te quiero.

Y yo.Me respondió igual de emocionada.

Tras descargar nuestras emociones me sentí mucho más relajada.

Terminamos de desayunar, y decidimos dar un paseo por los alrededores, eso si, sin alejarnos demasiado.

Cerca del mediodía regresamos para la sesión de spa. Para Paula era su primera vez en un balneario terapéutico.

Le sentaría bien. Disfruté viéndola tan feliz. A la hora del almuerzo comimos las dos solas.

Tras la comida nos pasamos por la clase de esquí, con la condición de que ella no hiciese ningún esfuerzo indebido.

Y así me lo prometió. Reconozco que una vez estuve allí me alegré de que Paula me hubiese apuntado. La clase estaba a tope de gente.

Se notaba que la temporada de esquí estaba a la vuelta de la esquina. La gente quería ponerse en forma.

De repente estaba ansiosa, esperando la llegada del monitor, que por cierto se retrasaba.

Entre tanto me puse a charlar con una joven pareja, muy majos los dos.

Sarah y Gabriel eran de Ciudad Real, recién casados, y pasaban su luna de miel allí.

Me sorprendió la de cosas que teníamos en común, la verdad me cayeron súper bien.

Sarah trabajaba como secretaria en un bufete de abogados, mientras que Gabriel era profesor de física en la facultad.

Se les veía muy enamorados, y allí estaba de nuevo yo, con aquella estúpida envidia acerca de la felicidad, preguntándome por qué no había tenido la misma suerte que ellos.

¿Qué era lo que había hecho mal? Sencillamente me enamoré del hombre equivocado.

Quizás iba siendo hora de desterrar a Asier de mi corazón. Tan ofuscada estuve con mis propios pensamientos que no me percaté de que la clase dio comienzo hasta que no oí hablar al monitor.

<<¡No! No podía ser>>.

Jamás hubiese olvidado su profunda y tenue voz. Levanté mis ojos entre la gente, con una esperanza latiendo en mi, y entonces lo vi, era él.

<<Asier>>, musité estremecida por el torrente de emociones que me inundó.

Miré incrédula intentado salir de mi estupor. ¿Suerte, casualidad, o destino?

No supe por qué Asier estaba allí. No me lo creía. Nuestros caminos se habían cruzado de nuevo.

¡Dios!, él estaba mucho más guapo, más maduro, inclusive. Suspiré.

No sé por qué extraño motivo sus ojos se fijaron en mi entre la multitud. Me quise morir de la vergüenza. Me sentí pequeña y devorada por su mirada.

Creo que el color carmesí tiñó mis mejillas. Intenté mantener la calma. Ya me había visto. Asier me sonrió con naturalidad.

Un año y diez meses... aquel era el tiempo que había tenido que pasar para volverlo a ver.

Seguramente muchas cosas habrían cambiado, pero mi amor por él seguía siendo el

mismo.

Como una colegiala esperé a que la clase terminase. Estaba impaciente.

Reconozco que no presté atención más que al insistente latido de mi corazón.

Estaba prácticamente temblando. Paula a mi lado notó mi extraño comportamiento, pero siguió atenta a las explicaciones del monitor.

Pero yo no veía a un monitor frente a mi, veía simplemente a Asier, el chico que me había robado el corazón, y el aliento.

Todo mi cuerpo palpitaba alocadamente. Hacía tiempo que no me sentía tan viva.

En varias ocasiones miré la puerta queriendo salir corriendo, pero mis piernas no respondían a mi llamada.

Los segundos, los minutos, las horas... todo era una interminable agonía.

Y al fin la clase acabó. La más larga de mi vida. La gente se empezó a marchar.

De repente la sala se me antojó pequeña y sofocante. Permanecí agarrada a la silla durante unos segundos sin atreverme a levantarme de allí.

Apenas oí a Paula hablarme. Estaba obnubilada por la presencia de Asier.

De nuevo me estaba comportando como una niña. Me odié a mi misma.

Observé a Asier acercarse mi. Tenía la sonrisa más bella del mundo.

Entonces me miró sorprendido.

Asier.Musité emocionada.

¡Ruth!.Exclamó abrazándome efusivo._Que alegría, ¿qué haces aquí?

Tardé en responder mareada por su perfume.

_Estoy pasando unos días con mi familia, ¿y tú?

La eterna pregunta para mi. <<¿Qué me pasaba qué cuando estaba cerca de él me volvía idiota?>>.

Todo daba vueltas en mi cabeza, incluso olvidé que Paula seguía a mi lado.

Él rió. Su risa era suave como un arroyo.

Trabajo aquí.Me respondió sin apartar sus azules ojos de los míos.

¿Ah, si? ¿Desde cuándo?.Atiné a decir sin que me temblase demasiado la voz.

Capítulo 8º

Evidentemente hacía bastante tiempo que no hablábamos.

Asier tampoco sabía nada acerca de mi accidente. Nunca se lo conté.

_Unos cuatro meses. _Respondió.

_Creí que estabas en Andalucía. _Repuse abrumada.

_Sí, pero me trasladaron aquí.

Su voz era tan perturbadora... Creí que me desmayaría allí.

_Y tus padres, ¿qué tal están?_Me preguntó.

_Bien.

_¿Y tus estudios de medicina?

Bien.Repetí embobada.

Oí un sonoro carraspeo que salió de mi amiga. Volví a la realidad.

_¡Ah, mira! Te presento a Paula, mi mejor amiga.

Asier le dio dos besos en la mejilla. Unos irrefrenables celos me corroieron por dentro.

_Encantado. _Dijo.

_¿Tú eres Asier? Ruth me ha hablado muchísimo de ti._Expresó Paula con asombro.

Aparté la mirada hacía el suelo. Sentí como él me miraba.

_Sí, supongo que soy yo.

Encantada.Añadió ella.

Y como si Paula hubiese intuido la situación se marchó dejándonos a solas.

Mis nervios aumentaron cuando Asier me cogió las manos con dulzura.

¿Y cómo estás?.Me preguntó con impaciencia._Dime, háblame. _Me rogó tiernamente.

Tartamudeé.

_B-i-e-en _.Traté de aparentar serenidad. Pero estaba como un flan. Mis piernas temblaban incontroladamente.

_Estoy bien, entre la universidad y Lukas no paro.

Él no dejó de mirarme en ningún momento.

_¡Lukas! _.Expresó con júbilo. _ Recuerdo la foto que me enviaste cuando nació.

Yo me relajé al hablar de mi hermanito.

_Sí. El renacuajo es un terremoto, no para quieto, nos trae de cabeza. _Reí.

Asier me acarició la mano.

_No quiero que me hables de Lukas, sino de ti. _.Su ronroneo traspasó mi alma.

_¿De mi?

Él volvió a reírse con candidez.

_Sí.

_No tengo mucho que contar, de mi ya lo sabes todo.

Con un nudo en la garganta lo escuché preguntar.

_¿Tienes novio?

A punto estuve de gritar. El calor inundó todo mi cuerpo. No supe donde meterme.

_No.

Noté un brillo fugaz en su mirada. Tenía que cambiar rápidamente de tema.

Con disimulo repuse.

_Y tú, ¿cómo estás?

_Bueno, mi vida a cambiado bastante desde que dejé el "*Clipper Blue*".

¿Ah si?.Solté sin darme cuenta.

Asier estaba demasiado cerca de mis labios para pensar con claridad.

_Sí. Me di cuenta que aquella vida no era para mi, que empiezo a querer algo más estable.

De repente me acarició la mejilla con el pulgar. Sé que no tenía que haber formulado

aquella pregunta, pero inevitablemente mi corazón me traicionó.

_¿Tienes pareja?

Con una suave sonrisa negó con la cabeza.

_No. Sabes que no me van los compromisos.

Un estremecimiento me recorrió la médula. Me sentí flotar en una nube.

Me t-en-go q-u-e-ir. Tartajeé nerviosa.

Él me miró decepcionado.

_Entonces ya nos veremos por aquí.

Sí, claro. Atiné a decir antes de salir huyendo.

No me lo creía. De nuevo había vuelto a actuar de aquella manera tan cobarde.

Pero me era imposible estar a su lado y no confesarle lo que sentía por él. Corrí hacia la habitación. Ahora las lágrimas quemaban mis ojos.

Tan abrumada salí de allí que no me di cuenta de mi tropiezo con Marc.

Él me libró de caer de bruces al suelo.

¿Estás bien?. Me preguntó preocupado.

_Sí.

_Pero estás llorando...

No es nada. Me apresuré a añadir.

Marc me ofreció un pañuelo, y luego me invitó a tomar algo. Paula llevaba razón, era un cielo de chico.

Durante horas hablamos, me desahogué. En Marc vi a un hermano mayor, aunque los ojos de Asier lo interpretaron de otra manera cuando nos descubrió charlando tan amigablemente.

Se me partió el alma cuando sus recelosos ojos me miraron de aquella manera.

Quise gritarle, *¡TE EQUIVOCAS!*, de quien estoy enamorada es de ti.

Pero estaba completamente bloqueada. Hablar de mis sentimientos con Asier me resultaba mucho más complicado que con cualquier otra persona.

Y ese fue el caso de Marc. En él descubrí a un amigo en el que podía confiar.

Hablamos de mi, de Asier y bueno... de Paula.

No me sorprendió que Marc me confesase que le gustaba mi amiga.

Me pidió que le hablase de ella, de como era, de sus aficiones, de sus gustos... quería saberlo todo.

Yo reí ante su impaciencia. Lo cierto era que estaba encantada de ser la alcahueta en aquella historia que se perfilaba feliz.

Le dije que era una chica muy especial, dulce y súper sensible. También le hablé de sus complejos y timidez.

Marc parecía muy interesado en conocer cada detalle de su vida.

Era un chico bastante observador, el prototipo de hombre que a Paula le gustaba.

No tuve ninguna duda de que llegado el momento harían una increíble pareja.

Se me hizo bastante tarde, pero no tuve ganas de subir a la habitación.

No me apetecía encerrarme entre cuatro paredes. Necesitaba respirar y aclarar mis ideas.

Recordé que Marc me había comentado algo acerca de un mirador cercano al hotel donde las vistas eran espectaculares.

De pronto la idea me pareció irresistible. Encontrar el mirador fue fácil.

Tal cuál me dijo Marc no tuvo pérdida, lo cierto es que mereció la pena una vez estuve allí contemplando aquella insólita belleza.

El atardecer se esfumaba, cubriendo el horizonte con una luz templada, y las montañas eran estatuas en un lienzo pintado de armonía, el aire puro, tranquilo, embriagador... Nunca había experimentado una sensación igual.

Me senté en el banco con la vista fija en el paisaje y aspiré hondo.

Oí que alguien se acercaba, y me asusté. Mi sorpresa fue encontrar a Asier tan cerca de mi.

¿Qué haces aquí?.Exclamé sorprendida.

¿Y tú?.Esquivó mi pregunta con audacia.

No pude evitar sentir enojo.

Yo he preguntado primero.Me pavoneé dolida.

Él tan solo se limitó a encogerse de hombros. Bufé como una niña y le di la espalda.

Y tú amigo, ¿dónde está?.Me preguntó con un tono molesto.

Estaba claro que con “*amigo*” se refería a Marc. Creí leer entre líneas que estaba celoso.

¿Asier celoso? Debía de estar perdiendo facultades para creer aquello.

Él no sentía nada por mi, ¿cómo iba a estar celoso?

No lo sé.Contesté enfadada.

_¿Podemos hablar?

Me agarró de la cintura y me apegó a su pecho. Yo sentí como un calor me invadía ante aquel contacto.

_¿Ha-a-bl-ar? _¡Maldita sea!, otra vez tartamudeaba._¿De qué?

_De ti, de mi, de nosotros.

Su aliento rozó mi cara cálidamente. Me moría porque me besara allí mismo.

No creo que tengamos nada de que hablar.Logré articular nerviosa.

Asier me miró con reproche.

_¿Por qué te empeñas en ponerme las cosas tan difíciles?

_¿Yo?

¡Sí, tú!.Me chilló con enojo.

Exploté herida.

Es lo que siempre has querido, ¿no?.Le lancé mordaz.

Vi el dolor reflejado en sus ojos, y me arrepentí de mi actitud de niña resentida.

Asier me acarició la mejilla.

Puede.Admitió apesadumbrado._pero ahora sé lo que quiero.

Y me besó. Un beso que me desarmó por completo, tierno pero apasionado, que me hizo tocar el mismo cielo.

Me sentí flotar en una nube de felicidad. Durante mucho tiempo había esperado con anhelo aquel beso, y lo disfruté.

Yo sentí que había muerto, y que aquel era el paraíso, entre los brazos de Asier.

Y durante toda la noche no me bajé de la nube. Nos despedimos en la puerta de mi habitación.

Nos vemos mañana.Me dijo en un cálido susurro.

Sí.Atiné a decir.

Me dio un leve beso en los labios y se marchó. Entonces entré en el dormitorio.

Creí que Paula estaría dormida, pero no, me equivoqué, estaba sentada junto a la ventana mientras leía un libro.

Me sonrojé por la hora que era. Ella me observó.

_Hola. _Me saludó.

Creí que ya estarías en la cama.Respondí al dejar mi chaqueta en el perchero.

No tengo sueño.Se apresuró a añadir._¿Qué tal con Asier?_.Inquirió curiosa.

Bien.Me sentí incómoda.

¿Bien?.Repitió ella._Anda, no seas mentirijillas_.Rió con soltura.

Me acerqué a su lado.

_¿Por qué dices eso?

Marc me comentó que os vio en el mirador. Soltó un largo suspiro.

_¿Ah si? _. Esquivé hablar del tema.

Ella se impacientó.

_¿Le has dicho que estás coladita por él?

Su pregunta me desconcertó. No supe que decir. Tal vez la verdad, que no le había dicho lo que sentía.

Quizás ese era mi error, creer que Asier se estaba enamorando de mi.

Tuve ganas de llorar. Paula se levantó con premura y me abrazó.

_No se lo has dicho, ¿verdad?

_Si tan evidente es lo que siento, ¿por qué él no lo ve?

Paula se encogió de hombros, comprensiva.

_Tal vez lo ve a su manera, ¿no?

<<Tal vez>>, me repetí mentalmente.

A lo mejor Paula llevaba razón. Aquel beso tenía que significar algo.

Puede. Musité cansada.

Habla con él.Me aconsejó con cariño.

_Sí, lo haré.

<<*Aunque en verdad no sé como le diré te quiero*>>.

Quise cambiar de tema.

_Y tú con Marc, ¿qué tal?

Ahora fue ella la que se puso roja como un tomate.

¿A qué te refieres?.Pareció sofocada.

Una carcajada brotó de mi labios.

_Es evidente que ambos os gustáis.

_¿Tú crees?

_¡Oh, ya lo creo!

_Bueno _Carraspeó._nos estamos conociendo.

¿Conociendo?.Inquirí burlona.

_Vale. _Admitió a regañadientes. _Me gusta, y mucho.

¡Lo sabía!.Chillé entusiasta.

_¿Y si me enamoro de él?

_Pues sería maravilloso. _Dije.

_Me da miedo que vuelva a ocurrir lo mismo que con Javi.

Solté un bufido con enojo.

Eso no pasará. Marc no es igual de cerdo.Lo defendí convencida._es un chico totalmente diferente, ¿no lo ves?

Ella asintió confusa.

Pero aun así, ¿y si me estoy equivocando?.Dudó.

Hice que Paula me mirase directamente a los ojos, con convicción.

_Si nunca lo intentas no lo sabrás.

Llevas razón.Saltó con sorpresa._voy a aceptar su invitación.

Abrí los ojos incrédula.

_¿Invitación?

Sí, Marc me ha propuesto ir mañana de camping, ¡me encanta, me encanta!.Gritó como una niña exaltada.

Yo la observé feliz. Paula parecía haber encontrado una motivación para seguir el camino de la vida.

Ahora me tocaba a mi encontrar mi propio destino.

A la mañana siguiente me encontré con que mi familia había organizado una excursión al monte.

En un principio pensé en no ir. Lo cierto era que me apetecía estar con Asier. Pero tras mucho insistir terminé por irme con ellos y mi hermanito, Lukas.

Se les veía muy ilusionados. No quería hacerles ese feo. Preparé una mochila con algo de comida.

Metí cantimploras, linternas, y algún juego de mesa. También una manta por si refrescaba.

Me calcé con unas deportivas que combinaban con mi chándal nuevo.

¡Estaba preparada! De camino al vestíbulo pensé en detenerme en su clase y saludar a Asier, pero una nota en la puerta decía, “*CERRADO*”, ejercicios en la pista tres. No tenía tiempo de más. Me dio rabia no despedirme. Pasé rápido por recepción.

Marc no estaba. Recordé que era su día libre, y que había quedado con Paula.

Así que saludé a la chica que ocupaba su lugar. Era muy simpática, su nombre era Bely, más o menos tenía mi edad.

Ya la había visto antes por el hotel, siempre canturreando y sonriente.

Bely estaba enamorada del botones, Jonh, un chico la verdad que bastante majo, aunque algo tímido para los veinte años.

Yo sabía que él también sentía algo por Bely, así que me propuse organizarles una cita en otro momento.

Hola Bely.La saludé con una sonrisa.

_Hola Ruth, ¿te vas de acampada?

Eso parece.Reí suavemente._¿Dónde esta Jonh?

Ella se sonrojó.

_Hoy está de descanso.

¡Ah vale! Ya nos veremos.Añadí.

Le dejé la tarjeta de mi habitación y salí pitando. Iba con demasiado prisa para seguir con la conversación.

Reconozco que salir de excursión fue muy divertido, lo pasé en grande en el campo.

Jugué, salté, reí, y por un momento me olvidé de esa amargura interior que hacía tiempo se había instalado en mi corazón.

Me sentí libre, plena, como si de nuevo hubiese vuelto a renacer. No dejé de pensar en Asier ni un solo momento.

Él barría todo mi pensamiento. Saqué en claro una cosa, hablaría con él, al fin le confesaría mi amor.

Capítulo 9º

Durante días estuve tan liada que hablar con Asier quedó en un segundo plano.

Tenía que organizar la fiesta sorpresa para el cumple de Paula.

¡Uf! Se me fue el tiempo entre los preparativos. Pedí a Marc que me ayudase, él quizás tuviese más idea que yo en organizar fiestas, además, sabía que estaría encantado.

Escogimos el salón de eventos más pequeño del hotel. Era súper mono, ideal para celebrar el cumpleaños.

Así que nos pusimos manos a la obra con la decoración. Todo debía quedar perfecto.

Yo estaba entusiasta, tanto que apenas presté atención a Asier. Apenas nos veíamos, y cuando coincidíamos era de paso.

Era extraño, pero cuanto más tiempo pasaba con Marc, más lejos me sentía de Asier.

Faltaba un día para la gran celebración. Esa tarde Marc y yo nos quedamos en el salón ultimando los detalles.

No sé que me dijo que me puse a reír ante su disparate. Marc era muy alegre, y casi siempre encontraba un chiste para la ocasión.

Me destornillé de risa, tanto que hasta me dolió la mandíbula. No supe en que momento Asier entró en el salón y me fulminó con su mirada.

Noté su enfado. Estaba claro que él lo había interpretado de la manera equivocada. Entonces lo llamé. Pero ni tan siquiera se detuvo.

Solté los globos y corrí a buscarle.

_¡Asier!

Lo alcancé a pocos metros. Mi respiración estaba acelerada por la carrera.

¿Qué te ocurre?.Le pregunté.

¿A mi?.Dijo con sorna._¿Qué te pasa a ti?

Nada.Repuse anonadada.

Ya veo lo bien que lo pasas con Marc.Su tono sonó dolido.

Entonces comprendí que estaba celoso. No sé si quise gritar, saltar de alegría, o darle una bofetada.

¡Ay, dios! Estaba celoso, y eso solo podía significar una cosa, ¡me quería!

No siento nada por Marc.Repliqué enseguida.

_¿Ah no?

No.Respondí contundente._¿Qué debo hacer para qué me creas?

Él se acercó a mi y cogió mis manos. Aquel contacto erizó mi piel.

Ven, acompáñame.Me pidió en un tono que me derritió por dentro.

_¿Adónde?

Un brillo inundó sus ojos azules.

A las estrellas.Me musitó.

Y yo por supuesto lo seguí. Se podría decir que Asier me llevó al cielo, porque aquel lugar era lo más parecido al paraíso que mis ojos vieron nunca.

La noche estrellada brillaba sobre el firmamento con una luz propia. Era un espectáculo bellissimo. Me tumbé sobre la hierba húmeda y observé las estrellas.

Había miles, que digo miles, millones de estrellas que me sonreían.

Asier se recostó a mi lado, pero él no observaba el cielo, sino a mi. Dulcemente me acarició la mejilla.

¿Te gusta?.Me preguntó enronquecido.

_Sí.

Entonces desvié mis ojos hacía su mirada. Quedé atrapada por la magnitud que desprendían sus ojos.

Asier.Susurré abrumada.

Dime.Murmuró mientras lentamente sus labios recorrían la curva de mi cuello.

Tenemos que hablar.Articulé con dificultad.

_¿Ahora?

_Sí.

¿No puede esperar?.De nuevo había vuelto a besarme.

Sentí que sus dedos me acariciaban bajando por mi escote. Entonces se detuvo al encontrar la cadenita de oro.

Él la miró con estupor.

_¿Aún la llevas?

Me sentí ridícula.

_Nunca me la he quitado. _Contesté abrumada.

Asier rió suavemente, y su risa me envolvió por completo.

Ruth. Susurró junto a mi oído.

Me armé de valor, ahora o nunca.

_Te quiero. _Le dije.

Ya lo había dicho. La pelota estaba en su tejado. Él levantó su mirada apasionada.

_Y yo.

Negué la cabeza con enfado.

_No, no me has entendido, te quiero, pero no como un amigo...

Asier me silenció con un dedo sobre mis labios.

_Sé lo que quisiste decir.

_¿Entonces?

Te quiero. Me confesó por primera vez emocionado. _como un hombre puede querer a

una mujer. ¿Acaso no te has dado cuenta?

Dejé rodar una lágrima de felicidad. Era todo cuanto había querido oír desde que nos conocimos.

Aun no podía creer lo que había escuchado de sus labios. Mi corazón no dejaba de palpar alocadamente.

Titubeé.

_Tú nunca has sido hombre de una sola mujer.

Asier me miró como un chico enamorado, apartó un mechón de mi cara, y me dijo;

_Hasta que te conocí a ti.

Sus labios se unieron a los míos sellando de aquel modo las palabras.

Y allí, bajo el rocío de la noche empapando nuestros cuerpos, hicimos el amor.

Yo le entregué mi inocencia, esa que había conservado para el hombre de mi vida, y Asier me entregó todo de él, su amor, su pasión, y hasta su corazón entero.

A la mañana siguiente amaneció nevando.

Pero sin embargo yo estaba pletórica. No podía ni quería dejar de sonreír.

Era feliz. Había hecho el amor con Asier. Fui completamente suya, entre sus brazos, en su ser, fuimos uno.

Ahora sabía que me quería, y yo le quería a él. No era un amor pasajero, no era un amor como otros, era amor, de esos amores capaces de traspasar fronteras, un amor verdadero.

No conté a nadie lo que había ocurrido la noche anterior bajo las estrellas, ni tan siquiera me atreví a hablar con Paula, aunque ella notó que algo había cambiado en mi.

Era el día de su cumple. Me levanté muy temprano y observé la nieve a través de la ventana.

Paula se desperezó con un bostezo.

¿Qué haces?.Me inquirió.

Le sonreí.

_Ver nevar.

Supe que daría el salto de la cama nada más oír aquello. Y no me equivoqué. Corrí exaltada hasta la ventana.

¡Oh!.Exclamó._que bonito.

La abracé por los hombros.

_Sí, precioso, feliz cumpleaños.

¡Es verdad!.Repuso._hoy es mi cumple.

Me hizo acompañarla hasta la cama.

Ruth.Me llamó muy seria.

Yo me asusté.

_Dime.

_Quería darte las gracias por todo lo que has hecho por mi.

Bobadas.Repliqué conmovida por sus palabras.

Ella sacudió los hombros.

_En serio, nunca te podré pagar por todo.

Me exalté.

_¡No quiero que me pagues! Eres mi amiga, mi hermana, y estaré a tu lado una y mil veces más.

Ella me abrazó.

_Gracias.

A moco tendido ambas lloramos durante un buen rato. Por suerte ella no sospechaba que aun le quedaba una sorpresa más.

Pasé el día a su lado, aunque me moría por estar con Asier. Él mientras tanto seguía con su trabajo en la pista de aprendizaje.

En más de una ocasión me había asomado por allí tan solo para verlo un instante, aunque fuese de lejos.

Todo estaba preparado para la gran fiesta-sorpresa. Cuando Paula menos sospechó, ¡tachan!

Entró al salón completamente anonadada. Chilló emocionada ante aquel recibimiento.

Yo naturalmente no pude sentir más satisfacción. Todo había salido a la perfección. El ambiente, la gente, la felicidad de mi amiga, ¿qué podía pedir más?

Bueno si, me moría porque Asier entrase por aquella puerta, y me invitase a bailar.

Y mi deseo se hizo realidad cuando él apareció en la fiesta, vestido elegantemente, con una rosa roja entre sus manos para mí.

Suspiré de amor. Realmente estaba guapísimo. Su sonrisa iluminó todo el salón.

Lentamente se me acercó, y con gesto romántico me entregó la flor.

Para la más bella del lugar. Me musitó besándome levemente los labios.

¡Dios!, me derretí ante su piropo. Me aferré a su cuerpo y aspiré su perfume lentamente.

Entonces bailamos. La noche para mí voló entre sus brazos, fue mágica e inolvidable.

Permanecimos todo el tiempo juntos, besándonos, acariciándonos, compartiendo miradas, palabras de amor, deseo... Sí, deseo.

Asier y yo hicimos de nuevo el amor bajo la noche estrellada, e inclusive fue más maravilloso que la primera vez.

Lastima que a la mañana siguiente yo tuviese que regresar a Madrid.

Aquella llamada del decano de la universidad me pilló de improviso.

Según me explicó quería verme por un tema relacionado con la beca que yo había solicitado para irme a Londres.

No tuve más remedio que marcharme, eso sí, prometí que por la tarde ya estaría de regreso.

Dominé mi miedo al volante. Por primera vez en meses me sentí segura de mí misma.

Llegué a la universidad a la hora citada. Los minutos en aquel despacho se me hicieron eternos.

Pero al terminar la reunión no pude sentirme más contenta y satisfecha.

¡Me habían concedido la beca! Eso era maravilloso, pero a la vez un nudo me oprimía el pecho.

Aquello significaba que tendría que separarme de Asier durante un tiempo.

Rápidamente me puse en camino. Quería llegar cuánto antes para compartir la feliz noticia con mi familia.

Estaba agotada. La noche casi había caído cuando divisé con alivio el hotel. Pero algo me llamó la atención.

Extrañada observé el gran barullo que se arremolinaba en la entrada. Había policías, periodistas, y los del samur.

<<¿Qué había ocurrido?>>.

Me sobresalté. Los nervios se apoderaron de mi. A prisa me bajé del coche y corrí hacia el interior.

Un agente me detuvo.

_No puede pasar.

Atacada le grité que me soltase, pero este se negó.

¡Dentro está mi familia!.Intenté explicarle.

Lo siento, no se puede pasar.Volvió a repetir desquiciándome.

Entonces esperé un descuido y zafándome del hombre me colé deprisa en el hotel.

¡Deténgase!.Me gritó.

Pero yo no le hice caso. El panorama en el vestíbulo no ayudó demasiado a calmarme,

caras de disgusto, llantos, preocupación.

Me moví entre la gente buscando a mi familia. Fueron auténticos minutos de pánico los que viví.

Al fin vi a papá. Corrí asustada a sus brazos. Mariola y el pequeño Lukas estaban bien.

Paula me abrazó llorando. Estaba muy asustada. Miré en todas direcciones. La angustia recorrió mi ser.

Necesitaba ver la cara de Asier, pero no lo encontré por ningún lado, ¿dónde estaba?

¿Qué ha pasado?. Pregunté alarmada.

Fue papá quien me respondió.

Ha ocurrido un accidente... Su cara lo decía todo.

¿Un accidente?. Repetí con congoja.

_Sí, en la pista tres. Al parecer un desprendimiento...

No tuve valor de dejarle acabar la frase.

_¿Y Asier?

Paula se me acercó afligida.

_Asier....

¿Dónde está?. La insté a contestarme desquiciada.

_En el hospital.

No. Susurré incrédula. _No.

A punto estuve de echarme a llorar. Necesitaba verlo, abrazarlo, decirle cuanto le amaba.

_¿Qué hospital?

El comarcal. Dijo Paula.

Antes de que pudiesen decirme algo más salí corriendo como una loca mientras dejaba rodar las lágrimas por mis mejillas.

Llegué sin control al hospital. Mi prioridad era encontrarlo. Sabía que debía tranquilizarme, pero un nudo me ahogaba el estomago.

Recorrí los pasillos de urgencia con una necesidad extrema. Pregunté allí, aquí, en todos lados, pero nadie me decía nada, y mi angustia iba en aumento.

Al fin mis ojos lo vieron. Asier ayudaba a un enfermero a llevar a un paciente hasta la camilla. ¡Era mi héroe, mi amor!

Corrí hacia él sin importarme el que dirían.

_¡Asier!

Cuando me vio me apretujó contra su cuerpo. Tenía la cara y las manos magulladas, y la ropa completamente destrozada.

Se me oprimió el corazón.

_¿Qué haces aquí?

Acaricié su mejilla.

_Tenía que verte.

Estás loca.Me murmuró besándome.

_Sí, loca por ti.

Él me sonrió.

_Lo sé.

Te quiero.Grité ante la gente que se arremolinaba a nuestro alrededor.

Te quiero.Me respondió él.

Prométeme que nunca me dejarás.Le supliqué contra su cuello.

_Te lo prometo.

No pude ser más feliz. En aquel viaje no solo me había encontrado a mi misma, sino que había recuperado la esperanza perdida de un amor.

La vida me había dado una segunda oportunidad, y yo pensaba aprovecharla al máximo.

Ahora empezaba mi verdadero camino, un camino que pensaba recorrer junto a Asier.

No sé lo que me depararía el mañana, pero el presente era lo que importaba.

Parte 3

“Destino: París”

Y, abrazada a Asier, creí que era el final de mi viaje... que allí acababa mi aventura.

Pero más allá de mi equívoco estaba la respuesta. La vida aun me deparaba algo más, una prueba, un obstáculo que pondría en jaque mi relación con Asier.

Aun me quedaba por descubrir el lado más amargo del amor, un amor que me había atrapado robándome el corazón y el aliento, un amor que yo sabía eterno, pero ¿y él?

Ahí mi eterna pregunta. Desconocía si nuestro destino era estar juntos o no.

Supongo que todo lo que empieza acaba, aunque bueno, lo predecible muchas veces se convierte en todo lo contrario, y eso exactamente sería lo que ocurriría con mi vida.

Capítulo 10º

Madrid.

Mes de Diciembre.

Dos años más tarde.

Aguardé en la estación de Atocha a que mi tren me llevase a mi destino final, París, escenario en que tendría lugar la boda de Paula, mi mejor amiga, con Marc.

Habían transcurrido dos años desde que iniciaran su noviazgo en aquellas vacaciones en el pirineo catalán.

Dos años dónde su relación se había consolidado día a día. Era algo que vi venir mucho antes de que ellos se enamorasen.

Desde aquel momento supe que estaban hechos para estar juntos.

Marc era el chico que Paula tanto había necesitado, el novio y el marido perfecto, el futuro padre de sus hijos.

El mayor sueño de ella estaba a punto de cumplirse, a mediados del mes de mayo sería mamá de una bonita niña, de la cuál yo sería madrina.

¡Iba a tener una ahijada! Aquello debía de ser suficiente motivo para mitigar mi dolor, pero no era así, cuanta más felicidad tenía a mi alrededor, más infeliz y desdichada me sentía.

En mi corazón ya no existía amor, era algo que Asier se llevó consigo cuando me abandonó inesperadamente.

Nuestra historia acabó incluso antes de forjarse. No sé el como ni el cuando, tan solo que me pilló desprevenida, supongo que flotando en una nube de la que no quise bajar.

Estaba completamente enamorada de él, a día de hoy el único chico que ha existido en mi vida.

Reconocerlo no me llena de orgullo, pero aunque lo he intentado odiar con todas mis fuerzas, nunca he podido dejar de quererle.

Su abandono me dolió como una daga en el corazón. No me lo imaginé ni por un momento.

Creí que todo iba bien, que éramos felices en Londres, ciudad donde durante los primeros seis meses convivimos juntos.

No fue fácil irme a vivir tan lejos, aceptar la beca y poner tierra de por medio.

Aquí dejaba a mi familia, a mis amigos, a Asier. Estuve a punto de renunciar a todo.

Sé que podría sonar a locura, a disparate, pero no podía concebir estar alejada de él, no sentir sus caricias ni sus besos, no estar a su lado cuando me mirase con sus hermosos ojos azules, ni escuchar sus palabras... Lo quería demasiado y... <<*aun le quiero*>>.

Negar lo no me servirá de mucho a estas alturas de mi vida. Asier me hizo la mujer más feliz del mundo cuando lo dejó todo para venirse a vivir a Londres conmigo.

Ambos empezábamos una nueva etapa juntos, nos teníamos el uno al otro, nos queríamos.

No importaba nada más, al menos eso pensé yo. Él me hizo tocar el cielo con las manos, me hizo soñar, vibrar, me hizo sentir llena de vida, pero también me hizo la mujer más desgraciada con su abandono.

No cumplió su promesa, no se quedó para siempre a mi lado, y eso, me destrozó el corazón.

Hubiera preferido morir antes de ver aquella nota sobre mi almohada.

Aun no había amanecido. Yo dormía plácidamente en la cama, entre aquellas sábanas de seda donde nuestros cuerpos habían permanecido entrelazados durante toda la madrugada.

La noche anterior, sin sospechar que sería la última, Asier y yo hicimos el amor apasionadamente, como dos seres hambrientos de deseo y calor.

Unimos nuestros cuerpos, nuestras almas en un único ser. Fui suya, él mío, entre cálidas mareas de excitación, jadeos y placer.

Nada me hacía temer que lo peor vendría después, al amanecer.

Las brumas de rocío aun cubrían los cristales de mi habitación.

Entonces desperté con un agitado palpito. Toqué su lado de la cama, pero lo hallé vacío.

Acaricié las sábanas, la almohada que aun conservaba su olor, suspiré.

Y allí, ante mis ojos desconcertados estaba la nota, sutilmente plegada y colocada junto a mi oído.

La cogí con curiosidad. Lentamente la abrí, algo en mi interior me decía que nada bueno encontraría tras aquellas letras.

Y mi instinto no se equivocó. Mis ojos se anegaron de lágrimas.

Me quemaban la piel a medida que resbalaban por mis mejillas y caían sin control sobre el papel.

Leí lo que la nota ponía. La leí una y otra vez sin dar crédito a que fuese cierto lo que Asier había escrito;

“Ruth, me marchó.

Hoy me he dado cuenta que no puedo renunciar a mi libertad, que el amor me viene grande.

Perdóname. Espero que encuentres la felicidad que mereces.

Siempre te querré;

Asier”

<<*Si me quieres, ¿por qué te vas? >>*, susurré. Caí de bruces contra la almohada, cerré los ojos y aspiré hondo.

No, no era cierto lo que allí decía. Tardé en reaccionar.

Estaba acongojada. Entonces recordé que tal vez Asier llevase razón, no podía renunciar a su instinto.

<<*Qué estúpida que fui al creer que podría retenerlo a mi lado>>*.

Él tenía el alma y el corazón libre. Nunca me lo negó. Durante un tiempo traté de asimilar lo sucedido, de entenderlo, pero a medida que pasaban los días me iba sintiendo peor, incluso desapareció mi alegría, mis ganas de vivir.

Afortunadamente tuve a Paula y a Marc a mi lado. Ellos fueron el bote salvavidas al que me aferré tras la marcha de Asier.

Nada volvió a ser igual, pero seguí mi camino, mis estudios. Me refugié en la universidad, en mi afán de acabar mi carrera de medicina.

La beca en Londres finalizó y entonces volví a España. Pero mi alegría duró poco.

Paula me confesó entre lágrimas que ella y Marc se trasladaban a vivir a la ciudad de París.

En un principio no lo entendí, me revelé a que mi mejor amiga también me abandonase, pero no tardé en dejar mi egoísmo a un lado, y entender sus razones.

A Marc le había salido una oportunidad única de trabajar en una multinacional de exportación europea, y ella quería estar con él.

Fue lo mismo que yo quise cuando me trasladé a Inglaterra. Nada tenía que reprochar a mi amiga, y tampoco era quien para decirle lo que era correcto y lo que no.

Así que con todo el dolor de mi corazón la vi partir lejos. Ambas nos echaríamos mucho de menos, pero sabía que ella estaría bien.

Era feliz, con eso me bastaba. Durante un tiempo nos escribimos, hablábamos todos los días por chat.

Ella me contaba sus cosas, como le iba con Marc... Estaba muy ilusionada.

Yo naturalmente me alegraba. Paula era mi hermana, quería lo mejor para ella.

Por eso, cuando me contó que Marc le había pedido matrimonio, lloré como una niña mientras saltaba de felicidad.

La noticia de su boda fue como un bálsamo para mi. Durante aquel último año y medio nada había vuelto a saber de Asier.

Siempre fue cierto aquel viejo el refrán, ” *ojos que no ven, corazón que no siente* ”, pero en mi caso nunca funcionó.

No dejo de preguntarme si estará bien, si será feliz, si habrá rehecho su vida, o por si el contrario encontró la libertad que buscaba.

Suena por megafonía que el tren con destino a París va a efectuar su salida en el andén 9.

Estaba convencida de que sería un viaje muy entretenido. De siempre me gustó viajar en tren, ir viendo ciudades, pueblos y paisajes a través de los cristales, e imaginarme en cada uno de esos lugares con mi imaginación.

Estaba feliz de haber optado por aquella vía y no la del típico y aburrido avión.

En principio, Paula puso el grito en el cielo cuando supo que cogería el tren en vez del avión, y que viajaría sola hasta París.

Pensaba que algo malo me podía suceder, ¡a mi ! Casi reí al escuchar su sermón de madre preocupada.

Al parecer ahora le tocaba a ella cuidar de mi. No soy una niña, pero tal vez para Paula sí.

Convencerla de que viajar en tren era lo que realmente me apetecía no resultó fácil, pero lo logré, además faltaban cuatro días para navidad, y siete para la boda, ¡tenía más que tiempo suficiente para llegar!

Todo estaba bajo control, al menos eso pensaba yo. No tuve prisa.

En realidad necesitaba aquella escapada sola. Quería disfrutar al máximo, desconectar de la rutina, de los estudios, y de Asier... Necesitaba dejar de pensar en él.

Un segundo aviso se escuchó por megafonía.

“Señores pasajeros, el tren con destino París-Austerlitz efectuará su salida dentro de cinco minutos en el andén nueve”

Era mi oportunidad. Guardé mis miedos e inseguridades bajo el grueso abrigo que me cubría del frío invernal.

Me levanté del banco, me ajusté la bufanda de lana sobre el cuello, agarré mi maleta, y caminé con paso firme hacía mi destino.

Capítulo 11º

Al llegar al vagón noté el gran revuelo de gente.

Era navidad.

Cientos de personas preparaban el esperado retorno a su hogar para pasar en familia aquellas entrañables fiestas.

El revisor jefe me saludó a la entrada.

Buenos días, señorita. Su sonrisa era amable.

El hombre tendría en torno a unos cuarenta años, alto, robusto, y con bigote.

Buenos días, señor. Le respondí inmediatamente.

_¿Me permite su billete?

Lo observé un segundo.

Sí, por supuesto. Añadí buscándolo en el interior de mi bolso.

Se lo extendí. El revisor lo miró atentamente.

¿Todo bien?. Tuve la necesidad de preguntar.

_Todo bien, señorita, si es tan amable puede subir.

El hombre me cedió el paso gentil. Entonces me detuve.

_¿Podría indicarme dónde queda mi compartimento?

_Claro, señorita, siga el pasillo todo resto, pase las dos primeras puertas, continúe hasta el final y a mano derecha.

Parecía fácil. No creí que me perdiese.

Gracias.Le solté agradecida.

El me saludó con su gorra y prosiguió con su trabajo. Caminé tal cual me había indicado el revisor, una tarea tan sencilla como la de andar por un pasillo se volvió casi imposible.

La gente se agolpaba, achuchaba, se insultaban molestos. Lo pasé mal.

Yo tan solo quería llegar a mi asiento y descansar, leer un libro, o simplemente observar la salida del tren.

Al fin un segundo revisor hizo su aparición y puso orden en aquel caos.

En pocos minutos todo quedó despejado. Respiré aliviada cuando localicé el compartimento. Abrí la puerta y entré.

Una mujer de mediana edad levantó la vista de su revista y me miró por encima de sus gafas.

Me sentí algo intimidada.

Buenos días.Le dije.

_Bonjour. _.Me respondió ella. (1)

Era francesa. En la universidad estudié francés, así que no tuve ningún problema para comunicarme verbalmente con ella.

¿Me permet madame?(2).Comenté para dejar la maleta en el compartimento de arriba.

La señora se extrañó de mi acento.

Comme no.(3).Añadió con rapidez.

Merci.(4).Respondí con una sonrisa.

Me senté frente a la señora, cerca de la ventana. Desde allí pude observar la estación.

“¡Viajeros al tren!”

Fue la última llamada para subir. La locomotora se puso en marcha con un suave vaivén.

Me relajé sobre el asiento. Mis ojos no quitaron la vista de la gente que se quedaba atrás, algunos con pañuelos en mano, y otros agitando su brazo a modo de despedida.

Me emocioné, incluso alguna lágrima escapó de mis ojos. Poco a poco el tren fue tomando más velocidad y la estación pronto quedó en la lejanía.

Creí que la mujer francesa y yo seríamos la únicas que compartiríamos asiento, pero no.

1)Buenos días (2)¿Me permite señora? (3)Cómo no (4)Gracias.

Trascurridos unos minutos un joven ocupó el otro lugar. Apenas le presté atención.

Lo saludé y seguí observando el caminar del tren. No sé en que momento cerré los ojos y me dormí.

Lo cierto era que estaba agotada. Había sido una dura semana de exámenes en la universidad, y apenas había pegado ojo.

Cuando desperté la señora ya no estaba en el vagón. Miré disimuladamente al joven que aun estaba a mi lado. Parecía cabizbajo, pensativo. Entonces me atreví a hablarle.

_¿Vous parlez espagnol?(1)

El chico me miró con sobresalto.

_¿Perdón? _.Pronunció con acento andaluz.

Suspiré aliviada.

¡Eres español!.Exclamé con agrado.

_Sí, de Jaén _.Me respondió un poco cortado._¿Y tú?

Soy de Madrid.Repliqué añadiendo._ aunque he vivido en varias ciudades.

Él sonrió.

_Al principio cuando me has hablado tan raro pensé que eras extranjera.

Lo siento.Me disculpé. _ pero la señora que había aquí era francesa, y bueno... no quise meter de nuevo la pata.

(1)¿Tú hablas español?

El chico bufó por lo bajo.

_¡Menuda mujer! _.Exclamó con hastío.

_¿Cómo? _.Pregunté sin entender a que se refería.

Es un poco insoportable.Repuso incómodo.

Ambos reímos ante su comentario. Martín, como se llamaba el chico, era de Jaén, estudiante de periodismo, y un eterno enamorado de su novia.

Durante rato hablamos. Martín era muy agradable, simpático y divertido, de todo sacaba un chiste.

En el fondo se parecía a Marc. Martín tenía dieciocho años, y según me contó era su primer viaje al extranjero, un viaje que hacía por amor.

Su historia me conmovió. Martín llevaba poco más de año y medio chateando con una chica de Blois, una ciudad cercana a París.

A pesar de existir aquella enorme distancia, no supuso obstáculo para que surgiese el amor entre ellos.

Para Martín era su primer amor. Escucharlo me trajo demasiados recuerdos. Pensé en Asier, él también era mi primer y único amor.

Martín me contó que no había sido fácil superar las trabas que su familia le puso en contra de aquella relación.

Jennié era aun menor de edad, y tanto sus padres como los de ella se negaban a aceptar su amor.

Pero Martín no estaba dispuesto a abandonarla, a dejar que lo separasen de Jennié.

Sentí admiración, ¡ojalá Asier hubiese luchado por mi de esa forma tan valiente!, pero supongo que a veces vence la cobardía.

Entonces me confesó que había escapado de casa, comprado un billete de tren, y que se dirigía al encuentro de su amada, en París.

Verdaderamente me emocioné. Estaba completamente convencida que Martín había elegido el camino correcto, que sería muy feliz.

El tiempo voló escuchándolo hablar, tan rápido que faltaba muy poco para hacer la primera parada en Valladolid.

Estaba disfrutando muchísimo. El ambiente era acogedor, la conversación amena, y el paisaje espectacular.

Todo iba quedando guardado en mi retina. Llegamos a la estación vallisoletana.

Aun faltaban otras cuatro estaciones para alcanzar París. Estaba impaciente. No vi el momento en que la locomotora se pusiese de nuevo en marcha.

En Valladolid subieron bastantes personas. Fue la hora de comer. Estaba hambrienta.

Martín me invitó a ir al comedor, donde servían el almuerzo. Estuve encantada. Me apetecía estirar las piernas un rato.

Paseé por el tranquilo pasillo hasta el inmenso comedor, casi al otro lado del vagón.

Todas las mesas estaban repletas, pero un amable camarero nos reubicó junto a una pareja de ancianos.

Al principio me dio apuro, vergüenza, pero poco a poco, a medida que conocí a Tomás y Arancha, mi timidez desapareció.

Era un matrimonio encantador, de Madrid, ambos jubilados y casados hacía más de cuarenta años. Se les veía muy enamorados, la verdad, y aunque no era lógico sentí un poco de envidia.

Aquella tierna pareja me recordó a Sebas y Elvira, el matrimonio que conocí a bordo del "*Clipper Blue*". Ellos también me robaron más de una sonrisa.

El almuerzo fue delicioso. Tomás y Arancha iban a París para el nacimiento de su tercer nieto.

Me sorprendió saber que Tomás había sido ferroviario. Me divertí mucho con sus anécdotas.

Parecíamos una familia. Creo que yo misma estaba sorprendida con la madurez que durante los últimos años había adquirido.

Supongo que me hacía mayor, que ya no era tan egoísta como la niña de diecinueve años que un día se enfadó porque su padre se enamoró de nuevo, ni tampoco la inmadura chica que cayó rendida ante el amor.

Había cambiado. La vida me había hecho madurar, me sentí orgullosa de eso.

Tras la comida caminé por los vagones. Faltaba bastante para llegar y la tarde acechaba sobre el horizonte.

El revisor pasó por los compartimentos avisando de que estábamos llegando a Burgos, segunda parada del trayecto.

Me encantaba esa ciudad. Permanecí sentada en mi asiento mientras nuevos pasajeros se unían al viaje.

Recosté mi cabeza y cerré levemente los ojos. De repente sentí un palpito, una punzada en mi corazón que me hizo incorporarme sobresaltada.

Me toqué el pecho. A pesar de tiempo, a pesar del dolor y la decepción, aun colgaba sobre mi cuello la pequeña medallita de oro de Asier.

Nunca fui capaz de quitármela, de dejarla en el olvido o en un cajón, la llevaba conmigo siempre.

La agarré con fuerza. Entonces la acaricié. Mi pulso volvió a latir con normalidad.

Observé a través de los cristales el barullo que colapsaba el andén.

Era casi imposible saber cuanta gente había allí. A lo lejos oí como por megafonía avisaban de que el tren efectuaría su salida en breves momentos.

Corrí la cortinilla para descansar. Trascurridos unos quince minutos la locomotora volvió a moverse con una lenta sacudida.

Estábamos de nuevo en camino. Miré el compartimento. Lo cierto era que estaba siendo un viaje muy tranquilo.

Salvo por la señora francesa que subió junto a mi en Madrid, y el joven Martín, nadie más había ocupado los asientos.

En parte lo agradecí, nunca se sabe con quien das de compañero en un viaje.

Sonreí. El tren dejó atrás Burgos con su rápida marcha. Centré mis pensamientos en la novela que leía.

Era un libro que papá me regaló en mi cumpleaños. Me encantaban las historias románticas.

Entonces vi que la puerta del compartimento se abría. Apenas presté atención a la alta silueta que invadió el lugar.

Escuché como Martín saludaba amablemente al recién llegado.

_Hola, ¿español? _Le preguntó.

_Sí.

Por un instante detuve mi lectura. Me quedé quieta e inmóvil intentando controlar mi temblor.

Lentamente levanté mis ojos, con temor. Un nudo me oprimió el pecho.

El alto y atractivo muchacho me sonrió con sorpresa. Yo lo miré igualmente de sorprendida.

_Hola, Ruth _Me dijo en un murmullo que me hizo estremecer.

Asier estaba realmente guapo. No había cambiado nada desde la última vez que lo vi, aunque ahora tenía el pelo un poco más largo.

Mi pulso se aceleró. Sentí latir mi corazón cerca de mi oído.

Tragué saliva con dificultad, sin poder dejar de mirarlo, incrédula.

Podía haber miles de trenes, miles de aviones, o miles de barcos, y sin embargo él cogía aquel, donde iba yo, ¿por qué?, ¿era acaso posible?

Martín intuyó la situación, y con cierto disimulo nos dejó a solas.

Yo estaba muy enfadada, dolida. Cuando vi que se me acercaba contuve mi furia.

Ruth. Me volvió a nombrar con aquella melosa voz que guardaba un toque de emoción.

Asier intentó besarme en la mejilla, pero yo rechacé su gesto, y miré hacía el suelo.

¿Qué haces aquí?. Le pregunté con total frialdad.

Me aturullé con su aroma. Estaba tan cerca que podía sentir que me desmayaría.

Me dirijo a París. Respondió suavemente.

Su aliento me rozó la cara.

¿Y tú?. Añadió después.

¿Yo?. Repetí como una tonta. Menos mal que al final reaccioné.

Voy a la boda de Paula. Repliqué con desgana.

¡Yo también!. Me soltó entusiasta.

Entonces intentó cogerme la mano. Herví de furia.

¡Cómo!.Elevé mi tono de voz.

No podía creer que Paula, mi amiga, hubiese invitado a Asier sin tan siquiera decírmelo.

“Me va a oír cuando me vea”

¡Es increíble!.Manifesté herida.

No lo es.Contraatacó Asier molesto._ Marc y Paula son también mis amigos.

Lo fulminé con la mirada.

¿Amigos? ¿Cómo yo?.Le lancé mordaz.

Él pareció sulfurado ante mi ataque, pero no me importó. Estaba herida, furiosa... enamorada.

Aquello último no podía demostrarlo ante él. Se suponía que lo odiaba por como se portó conmigo.

Pero en realidad lo que más anhelaba era correr a sus brazos, sentir sus labios contra los míos, gritar que le amaba.

Sí, que le amaba. Mi amor iba más allá del querer, traspasaba esa fina línea donde la pasión y el deseo se unían formando un sentimiento mucho más profundo.

Pero tenía que ser fuerte, luchar contra mi misma, negarme que le amaba por encima de todo.

Observé su rostro. Sus ojos azules estaban tristes, apagados. Eso me rompió el corazón.

Ruth.Intentó un nuevo acercamiento._ te suplico que no empieces con eso.

¿Por qué?.Seguí con mi tono socarrón, ignorando su ruego.

_No quiero discutir.

_Ah ya. Tú eres más de salir corriendo por la puerta, ¿verdad?, dejando simplemente una notita.

La voz de Asier se volvió frágil.

Te hice daño. Me confesó, y realmente me sorprendí. _pero no fue mi intención...

No le dejé acabar. No quería oír sus explicaciones. Todo estaba bastante claro entre nosotros.

_No sigas, no me interesa escuchar tus absurdas explicaciones.

Ruth.... Trató de hablarme con congoja. _ me equivoqué, estaba asustado, con miedo.

Reí ante su disparate.

_¿Miedo? ¿De qué?

_De amarte de aquella manera, de no ser yo, de perder mi libertad.

“*¿Había dicho amarte?*”

Estaba confundida. Me agarré fuerte al asiento para no caer. Un temblor me sacudió por dentro.

Capítulo 12º

¿Era cierto aquello que me confesaba, o simplemente era una estrategia para salir vencedor de la batalla?

_No mientas _.Le rogué conteniendo un sollozo.

_Jamás te mentaría _.Replicó con vehemencia. _Sé que ahora es tarde, que me odias, pero al menos déjame ser tu amigo.

<<¿Amigos? Amándote eso me parece imposible>>.

_No quiero ser tu amiga. No quiero ser nada tuyo _.Le manifesté con todo el dolor de mi corazón.

Él agachó la cabeza, resignado, abatido.

_Si es tu decisión, la respetaré _.Me dijo al tiempo que se incorporaba del asiento y me daba la espalda.

Sollocé en silencio. Me tragué mi propia amargura y mis lágrimas.

Mi alma no soportaría tanto sufrimiento. Las horas serían una larga agonía hasta llegar a París.

Tras el primer encuentro no volvimos a hablarnos. Ambos nos comportamos como dos completos desconocidos.

Él ocupó el otro asiento junto a Martín, y yo me quedé frente a la ventana.

La noche ya había caído. Oí la amena conversación entre ambos hombres.

Sentí la mirada de Asier clavaba sobre la mía, pero era incapaz de mirarle por temor a que descubriese mis sentimientos.

En aquella ocasión no huí, me comporté como la adulta que era.

Fue un duro momento, como un trago de fuerte licor que te raja la garganta, pero que cuando te invade, el calor te reconforta.

No podía describir mejor mi estado. Martín dijo algo con su típico acento andaluz, y escuché como él reía.

Su risa era celestial, inmensa. Me atreví a mirarlo. Miles de mariposas revolotearon en mi estomago cuando nuestras miradas se encontraron.

Suspiré y sonreí a la vez. ¡Que difícil era aquello! Llegó la hora de la cena. No tenía demasiado apetito.

El nudo aun seguía instalado en mi interior. Martín fue el primero en abandonar el compartimento en busca de su cena.

Estábamos llegado a Vitoria, última ciudad española donde haría parada el tren.

Sentí que Asier se sentaba a mi lado.

—¿Estás bien? —.Me preguntó preocupado.

—¿Por qué no iba a estarlo? —.Le respondí nerviosa.

—Ruth...

—Déjame—.Le rogué conteniendo el llanto.

Él se mantuvo pasivo. Al cabo de unos segundos se levantó, y salió dejándome sola.

El silencio inundó el espacio. Creí que me volvería loca. Poco a poco me tranquilicé.

Empezaba a estar cansada de permanecer inmóvil. Decidí dar un paseo por el pasillo mientras durase la parada en la estación, pero al parecer una avería nos retuvo en Vitoria más tiempo del esperado.

Un revisor informó de que un fallo en el panel de maquinas era el motivo de la avería, nada grave que no se pudiese solucionar.

Llevó más de dos horas que los técnicos diesen con la avería. La gente se empezaba a inquietar. Caminé entre los pasajeros absorta en mis propios pensamientos.

De repente tropecé como una tonta.

Perdón.Añadí levantando mi mirada.

Me sonrojé de pies a cabeza cuando descubrí que se trataba de Asier.

Él me sonrió, y una chispa bailoteó en el fondo de sus ojos.

No te preocupes.Me soltó jocosamente. _ no es la primera vez que pasa.

Naturalmente se refería a nuestro primer encuentro en el "*Clipper Blue*".

No.Reconocí aguantando mi risa.

Ambos nos quedamos parados, la química era espectacular. Él me rozó la mano, y una corriente eléctrica me embargó.

Con rapidez me aparté de su lado y seguí mi camino. Tras el parón obligado, la locomotora dejó atrás Vitoria.

Íbamos con más de dos horas de atraso. Volví al compartimento. Estaba vacío.

Una inmensa tristeza me cubrió como un manto. Intenté leer un rato, pero me era imposible concentrarme en la lectura.

Entonces Asier regresó con una bandeja de comida, me miró y sonrió con complicidad al ofrecérmela.

Yo lo miré extrañada.

_¿Y esto?

_Tu cena _Me dijo dulcemente.

_Yo no te he pedido nada _.Salté a la defensiva.

Su sonrisa se borró.

_Lo sé. Pero igualmente comételo.

Se dio media vuelta y se marchó por donde había llegado. Me sentí mal. No debí tratarlo así. En el fondo seguía siendo una egoísta.

Observé la bandeja, ansiosa por abrirla. Durante unos segundos lo dudé, pero el rugir de mis tripas me hizo destapar la cena.

Me asombré. Era exactamente lo que me apetecía comer, sandwich mixto, ensalada, y un refresco sin azúcar.

Asier me conocía bien, y a pesar del tiempo, aun se acordaba de mis gustos.

En la bandeja también hallé una onza de chocolate y una nota que decía:

*“ Para la chica de los tropiezos.
La mujer más hermosa que conozco”*

Comí el sandwich con ganas, cuando terminé deposité la bandeja vacía sobre la mesilla, y me recosté.

Estaba agotada. No sé en que momento me dormí, pero cuando desperté la bandeja ya no estaba, y sobre mis hombros alguien me había colocado una manta.

Una emoción me recorrió el cuerpo, un regocijo que me duró horas.

Avanzada la noche acudí al bar-pak. Un poco de ambiente me vendría bien para despejarme.

Me senté en una mesa y pedí al camarero una tónica. El ambiente era muy cálido y acogedor.

A mi lado, en otra mesa, una familia de Burgos disfrutaba de una agradable velada.

Eran cinco componentes, el padre, la madre, y tres hijos, de once, catorce, y dieciséis años.

Fueron muy amables conmigo, e incluso me invitaron a compartir su mesa.

Me sentí muy a gusto. La noche se animó con un baile que abrieron en primer lugar Tomás y Arancha.

La feliz pareja de ancianos protagonizaron un exquisito y sutil baile que a todos dejó con la boca abierta.

A continuación le siguieron el matrimonio de Burgos. Toda la sala se animó.

Fue divertido. Pero yo sentía que algo me faltaba. De repente alguien me cogió del brazo y me sacó a bailar. Apenas tuve tiempo de oponerme.

En un segundo me encontré riendo entre los brazos de Asier. Todo giraba a mi alrededor mientras la música se entremezclaba con los latidos de mi corazón. Floté en una nube envuelta en un sentimiento llamado "*felicidad*".

Olvidé todo, el dolor, el sufrimiento, el enfado. Quería vivir aquella noche.

Asier me rodeó por la cintura y me apegó a su pecho. Nuestros alientos se cruzaron, nuestras miradas detuvieron el tiempo allí, y entonces el amor fue dueño del momento.

Nuestros labios se unieron, se buscaron mutuamente, se desearon.

Yo me entregué al beso. Me colgué de su cuello, y sentí como su lengua invadía mi espacio, haciendo que espasmos de calor se esparciera por mi cuerpo.

La música dejó de sonar. El baile finalizó, pero la pasión entre ambos no.

Seguí abrazada a su cuerpo sintiendo su deseo. Sé que debí parar, pero lo necesitaba, y él a mi.

Me llevó al compartimento entre besos y caricias, no lo solté, no fui consciente de lo que ocurriría hasta que oí el chasquido de la cerradura.

Asier me miró intensamente. Sus ojos estaban velados, iluminados.

Un estremecimiento me recorrió la médula. Había echado la llave, nadie entraría, nadie interrumpiría nuestro momento de pasión.

Se acercó a mi y arrebatadamente me besó. Su lengua se enredó en la mía, sus manos me acariciaron la espalda.

Sentí que me faltaba el oxígeno. Estaba excitada, me apegué a él, a su miembro, a su calor.

Entonces empecé a desabrochar su camisa, botón por botón, aguantando aquella bendita agonía de sus besos sobre mi cuello.

Tiré la prenda a un lado, y me quedé observando su pecho, lo acaricié, aquel gesto hizo gruñir a Asier.

_Ruth... _Musitó enronquecido. _ no sabes como te he echado de menos, cuanto te he deseado, amor...

_Shh _Le dije.

Él siguió jugueteando con su lengua, enloqueciéndome de deseo.

Noté que me quitaba el jersey, alzó los brazos por mi cabeza, y lo tiró al suelo.

Me acarició el sujetador buscando el cierre. Sutilmente lo encontró.

Mis pechos quedaron al descubierto. Asier me atrapó un pezón, y yo gemí de placer, me arqueé incontroladamente.

_Pídeme que pare, y lo haré _Lo oí susurrarme apasionadamente.

_No. _Le confesé._ No quiero que pares.

Busqué los botones de su pantalón y liberé su abultado miembro.

Un calor se instaló en mi parte más íntima. Él ronroneó de placer.

Sus caricias lo eran todo para mí. Me tumbó lentamente sobre el asiento y cubrió mi cuerpo con el suyo.

Me besó apasionadamente mientras me penetraba, se introdujo en mi interior, y todo mi cuerpo respondió a su embestida.

Me moví ansiosa, mi ser vibraba al compás que el suyo. Entonces grité su nombre cuando al borde del clímax me sentí.

Llegamos juntos a la culminación total. Asier me miró un instante, con un brillo especial en sus ojos, y me murmuró una palabra de amor que me dejó sin aliento;

“Te amo”.

Capítulo 13º

Se supone que debía estar feliz, sin embargo me sentí más desdichada que nunca.

Hacer el amor con Asier había sido maravilloso, lo malo venía después, cuando la pasión se acaba, y el amor es arrojado a una cuneta.

No iba a negar lo que había sucedido, fue algo que anhelé con toda mi alma, lo deseé, pero tampoco me iba hacer ilusiones con algo que era improbable.

Fui débil. Me había dejado seducir por el amor que sentía, y ahora llegaban las lamentaciones.

Al amanecer París estaba cerca. El final de trayecto se aproximaba con la inminente llegada a Austerlitz en menos de dos horas.

Atrás en el camino se había quedado la ciudad de Poitiers, y también la bella Blois, parada en la que el joven Martín se quedó para reunirse con Jennié.

Preparé mi equipaje. Apenas me percaté cuando Asier entró en el compartimento y me abrazó por la cintura.

Un estremecimiento me recorrió la médula. Con gesto impaciente me aparté de él.

Entonces me miró confundido.

—Tenemos que hablar—. Me dijo.

¿De qué?. Fue mi fría respuesta.

_Ruth, no intentes negar lo que anoche pasó entre ambos.

Contuve una lágrima. Aquello me oprimía el corazón, me lo desgarraba haciéndome lo añicos.

Debía permanecer firme, segura de mi misma, era la única manera de evitar el dolor.

No lo niego. Respondí. _pasó. Pero creo que somos bastante adultos para no tener que dar explicaciones.

“¿Era yo la que ahora estaba jugando con él?”

Asier abrió la boca, incrédulo.

_¿Acaso no significó nada para ti?

<<*Todo*>>. Hice de tripas corazón para añadir aquello.

_No te confundas, nada ha cambiado. Somos un hombre y una mujer que han disfrutado compartiendo un buen rato sin compromiso, ¿no es así?

Recé en mi interior para oír lo contrario. Entonces observé el brillo de orgullo en sus ojos.

_Así es.

_Pues ya está. Olvida lo sucedido.

Me giré rápidamente para que no notase mi llanto. Tal vez por eso no vi su mirada, vacía, decepcionada, anegada de dolor.

Pero era mejor de aquella manera. Él jamás cambiaría. Amaba demasiado su libertad, incluso mucho más que a mi.

Reconocerlo me dañaba. No me quedaba otra opción que aceptar la verdad.

Aquella historia estaba condenada al fracaso. Pensé en algo más feliz.

Faltaba muy poco para reencontrarme con Paula y Marc. Tenía unas inmensas ganas de abrazarlos.

Necesitaba olvidar lo sucedido entre Asier y yo. Estaba convencida de que lo lograría, que sería capaz de recomponerme de nuevo, pero casi siempre acababa mintiéndome a mi misma.

A lo lejos observé la ciudad de París, con toda su plenitud, su belleza, y grandeza.

Un suspiro de emoción escapó de mis labios. Cerca de mi, a escasos metros del pasillo, Asier fijaba sus ojos en el mismo punto que yo.

Estaba serio, retraído.

*“Señores pasajeros, el tren con destino Madrid-Austerlitz, efectuará su entrada en el andén quince.
Esperamos hayan tenido buen viaje”*

A continuación, lo repitieron en francés.

*“Chers passagers, le train à Madrid-Austerlitz, a fait son entrée sur la plate-quinze.
Ont avaient attendu bon voyage”*

No hubo vuelta atrás. Volví a mirarlo. Mi corazón me gritaba que corriese a sus brazos, que lo perdonase, sin embargo mi cabeza era más previsora, temía más al dolor y al rechazo.

De repente él me miró, sonrió taciturno, y se alejó por el pasillo de salida. Quise detenerlo.

No fui capaz. Lloré de rabia e impotencia, paralizada entre los pasajeros que se afanaban por bajar a prisa para reunirse con sus familiares.

Me sentí vacía. Una mezcla de sentimientos embargaba mi ser.

Tardé unos minutos en reaccionar. Busqué mi maleta en el compartiendo y acudí al encuentro de Paula.

Cuando bajé del tren una ráfaga de aire helado golpeó mi cara.

El frío matinal cubrió gran parte de mi abrigo, que ajusté con tesón sobre mi cuerpo.

El revisor me ayudó a bajar el peldaño amablemente.

_Bonjour, Mademoiselle. (1)

_Monsieur, bonjour. (2)

_Avez-vous fait un bon voyage. (3)

_Oh oui, merci. (4)

Au revoir.Se despidió el hombre.(5)

Caminé insegura. Era como tener los pies bailando. Alcé mis ojos entre la multitud. Asier no estaba por ningún lado.

Contuve mi tristeza. Entonces vi a Paula. Ella corrió hasta mi lado y me abrazó efusiva.

_¡Ruth! _.Exclamó. _ por fin has llegado.

Una lágrima de emoción rodó por mi mejilla. Estaba guapísima. El embarazo le favorecía muchísimo.

Estaba más rellenita, más alta, e incluso yo la veía más rubia.

(1)Buenos días, señorita. (2)Buenos días, señor (3)¿Ha tenido buen viaje? (4) Oh sí

(5)Adiós

Me regocijé en sus brazos.

_¡Te he echado de menos!

_Y yo. _Me respondió agarrando mi maleta.

Eh, suelta.Repliqué preocupada.

_Estoy embarazada, no inválida _.Rió despreocupada.

_Es verdad _.Añadí.

Caminamos unos cinco minutos hasta el parking comercial donde tenía el coche.

_¿Dónde está Marc? _.Pregunté extrañada.

_¡Ah! hoy tenía una de esas reuniones pesadas, no ha podido venir. Pero tiene muchas ganas de verte.

_Yo también. Oye, ¡estás guapísima!

Paula metió el equipaje en el maletero y me abrió la puerta. Se sonrojó ante mi comentario.

_¿En serio?

_Completamente.

Ambas reímos. Luego se colocó el cinturón de seguridad, y puso el vehículo en marcha.

—Te encantará mi casa —.Me dijo feliz.

Paula y Marc vivían a las afueras de París, en un barrio tranquilo y muy bien situado, en una zona residencial, a unos veinte minutos del centro.

Cerré los ojos, cansada.

—¿Todo bien? —.Me preguntó ella. —¿Qué tal el viaje?

La miré realmente enfadada.

—¿Por qué no me dijiste qué has invitado a Asier a la boda?

Un pequeño gritito salió de sus labios. Avergonzada fijó sus ojos al frente.

—Lo siento —.Se excusó torpemente. —Fue idea de Marc. Ya sabes que ellos son amigos... A mi no me pareció mal que lo invitase. Sé que se portó como un canalla Ruth, pero Asier es un buen chico. —Lo defendió con vehemencia.

De repente Paula calló, se giró hacía mi, y repuso seria;

—Espera, ¿cómo te has enterado?

Intenté relajarme, olvidar el enfado que sus palabras me habían producido.

En el fondo Paula tenía razón. Yo sabía que Asier no era mal chico, sin embargo me costaba perdonar su traición.

Pero los nervios pudieron conmigo.

_Nos encontramos en el tren _Respondí algo incómoda.

_¡Cómo!

_Asier subió en la estación de Burgos.

Paula empalideció notablemente.

_Me imagino que debió de ser...

_Desagradable _Concluí por ella.

Pero mi amiga me conocía muy bien, demasiado bien, así que notó que algo me pasaba.

No pude ocultarle la verdad.

_¿Ha pasado algo?

De repente sollocé sin control. Ella me tranquilizó.

_No pasa nada si no me lo quieres contar, pero no llores._Me rogó.

_He cometido una locura _Le confesé, y los ojos de ella se agrandaron como platos.

_¿Qué has hecho?

Cubrí mi rostro con ambas manos.

_Sigo enamorada de él.

_¡Eso ya lo sé! _Me respondió con impaciencia. _ Pero, ¿qué ha pasado?

Un rubor tiñó mis mejillas de rojo carmesí.

_Asier y yo hemos estado juntos _Manifisté apurada.

_¿Juntos? _Repitió extrañada. Luego reaccionó con sorpresa._¡Ah! Juntos te refieres...

_Sí _Solté a prisa.

_Ruth.

_Lo sé. No me digas nada _Le supliqué con dolor.

Ella me observó compungida. Ambas guardamos silencio hasta que detuvo el coche junto al porche.

La casa de Paula y Marc resultó ser un adosado moderno, de dos plantas, con jardín, terraza, y piscina.

El sitio era encantador. Paula me instaló en el ala este de la vivienda, donde estaban situadas las habitaciones de invitados.

Aun no había llegado la familia de ella, pero se esperaba que en un par de días estuviesen allí.

Había que preparar aun muchas cosas para boda, dar los últimos retoques al vestido, y ensayar la ceremonia en la ermita elegida, por cierto preciosa.

Yo era una de las siete damas de honor. Mi vestido era un misterio para mi amiga. No quise enseñárselo hasta ese día, pero sé que le gustaría muchísimo.

Por la tarde Marc llegó a casa. Fue un reencuentro muy emotivo, incluso lloré.

Adoraba a Marc, él era como mi hermano mayor. Los tres compartimos la cena, entre risas

y charlas.

En todo momento omitimos hablar de Asier, pero cuando yo me retiré a mi dormitorio, los oí hablar en voz alta.

Paula estaba bastante sofocada con Marc, y él no entendía lo malo de la situación, Asier era su amigo.

En el fondo la culpa me pudo. Estaba siendo muy injusta con todos, en especial con Asier.

Me dejé caer sobre la cama, y sollocé escondiendo la cabeza en la almohada.

Pasé horas de aquella manera. Me tranquilizó saber que ya no discutían.

Dos días después la familia de Paula llegó a París. Entonces la casa se volvió un caos de salidas, de entradas, y yo pude olvidarme un poco de mi dramática situación.

Era Nochebuena. Había que preparar una gran cena. Mañana veinticinco de diciembre era el primer ensayo de la ceremonia en la ermita.

Los nervios estaban a flor de piel. Me dediqué a ayudar en la cocina con el pavo.

Aquello me mantendría alejada de mis pensamientos. Entonces vi como un coche plateado se detuvo junto a la verja.

Con atención contemplé la alta silueta que se bajó del automóvil.

Mi pulso se aceleró. Con paso aligerado Asier se acercó a la puerta de casa, llevaba una bonita planta navideña. Estaba realmente guapo.

Rápidamente me sequé las manos en un trapo, y me peiné un poco el pelo. Había esperado que pasara algunos días más antes de verlo.

Mi corazón golpeaba sobre mi pecho con fuerza. Estaba nerviosa y a la vez ansiosa de verle. Escuché las voces en el vestíbulo.

Reconocí la risa de Marc, también la voz de Paula. Me moría por salir.

<<¿ Qué hago? >>

Dudé si sería correcto o no, pero al final me atreví a dar la cara.

Lentamente abrí la puerta de la cocina, olvidada por completo de las pintas de maruja que tenía.

Mi delantal estaba cubierto de harina, y mis ropas no eran las más elegantes.

Ante la mirada de Asier me sentí pequeña. Él se percató de mi presencia y me miró con ávido deseo.

Temblé. Paula también se giró al oír mi entrada en el salón.

_Ruth, mira quien a venido _Me dijo incitandome a acercarme a ellos.

_Hola, Ruth, ¿cómo estás?

Asier me besó en la mejilla. El calor rápidamente se extendió por todo mi cuerpo.

_Bien _Fingí ante su cortesía.

_Me alegro _Añadió sin apartar sus azules ojos de mi.

Entonces intervino Marc.

_Asier se quedará a cenar. Añade un plato más a la mesa.

Paula mostró su sorpresa. Yo estaba demasiado embelesada para hablar.

_Pero...

Déjalo, Marc. Agregó Asier consciente de la incomodidad del momento. _No quiero molestar. Ya sois suficientes esta noche.

Directamente me miró a mi. Su mirada estaba cargada de promesas.

¡Tonterías!. Exclamó Marc.

Paula me observó con suplica.

_Quédate. _Le dijo. _tú nunca molestas.

Él pareció encantado con el ofrecimiento, y yo creí que me desmayaría allí.

_En ese caso, acepto.

¡Ruth!. Me llamó la madre de Paula. _¿Puedes venir a la cocina?

Vi la escapatoria perfecta.

Por supuesto. Respondí.

Capítulo 14º

La cena transcurrió con normalidad. Todos disfrutamos de un agradable ambiente familiar.

La comida quedó deliciosa, y el postre se sirvió tras unos cuantos brindis.

El champán pronto se me subió a la cabeza. Todo me daba vueltas, me sentí sofocada, creí que por la bebida, pero lo cierto era que tener a Asier tan cerca me producía un calor extremo.

Me levanté de la mesa, y con una excusa salí al jardín. Necesitaba respirar el aire gélido de la noche. Me apoyé contra la barandilla y aspiré hondo.

Ni tan siquiera había notado que Asier salió tras de mí.

—¿Estás bien? —Me preguntó apoyándose a mi lado.

—Sí, tan solo un poco mareada —. Respondí mirándolo de reojo.

—¿Seguro? Siento estar siendo un incordio para ti —.Replicó algo desanimado.

Su aroma impregnó mi nariz. Estaba tan cerca de mí que apenas podía pensar con claridad.

Mis pupilas rebosaban de amor.

—No eres ningún incordio —.Le confesé tímidamente.

Él me giró hacia su cara.

_Creí que lo era.

Lentamente Asier bajo la cabeza y buscó mis labios. Yo respondí a su beso de la misma manera apasionada.

Me apegué a él, a su calor. Sus manos agarraron mi cintura. Su boca rozó mi oreja con un cálido susurro;

_Ruth, mi Ruth... _.Musitó antes de volver a besarme.

Aunque ciertamente estábamos alejados de la entrada, nuestro encuentro fue presenciado con satisfacción por nuestros amigos, aunque de haberlo sabido me habría muerto de la vergüenza.

Tras compartir aquel momento íntimo regresamos al salón. Era muy tarde.

Mañana había que madrugar para el ensayo en la ermita, así que Asier, como padrino de bodas, se quedó a dormir en casa.

Supuso toda una agonía para mí. Pasé la noche dando vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, pensando que al otro del tabique estaba él, el amor de mi vida.

Menos mal que la mañana llegó pronto. Toda la casa estaba revolucionada cuando me levanté.

Algunos familiares ya habían salido para la ermita, tan solo quedábamos Asier, Paula, Marc y yo.

Confieso que retrasé mi encuentro. Estaba nerviosa.

_¿Qué te parece si te vas con Asier en su coche? _.Me dijo Paula aun sin arreglar.

Abrí la boca a punto de degollarla.

_Nosotros no tardaremos _ .Añadió Marc con complicidad.

Asier estuvo de acuerdo.

_Por mi bien.

_Claro _ .Dije abrumada sin ver la sonrisa en la cara de mi amiga.

Asier me acompañó hasta el coche y me abrió la puerta del copiloto.

Volví la cabeza hacía atrás. Entonces descubrí la estrategia de Paula. Bufé por lo bajo ante la encerrona.

Pero me mantuve serena hasta que llegamos a la ermita. El lugar mereció la pena. Era auténticamente hermoso.

Observé emocionada la decoración para la ceremonia. Sin darme cuenta estaba temblando.

Nos sentamos en los primeros asientos. El reverendo de la ermita lo tenía todo preparado para el primer ensayo, y lo curioso era que los novios aun no habían hecho su aparición.

Con apuro el hombre nos miró a nosotros. Éramos la única pareja joven que había allí.

“¡Qué bochorno, dios!”

Sentí como los colores encendían mis mejillas. Asier rió divertido.

Fue un momento de lo más embarazoso, y también el más emocionante de mi vida.

Hice todo lo que me indicaron siguiendo el protocolo del reverendo que oficiaría el enlace.

Caminé nerviosa por la alfombra como una autentica novia a punto de dar el “si” quiero.

Asier me esperaba impaciente junto al altar. Los niños llevaban las arras, todo era como un cuento de princesas.

El ensayo estaba saliendo muy bien. Paula lo haría genial, era la novia, su día.

Abrumada, mis ojos se centraron en el hombre que embelesado me miraba, y de pronto el reverendo dijo unas palabras en francés;

_Vous pouvez embraseer la fiancée. (1)

Asier acercó sus labios a los míos, y tal cual dijo el reverendo, me besó, un beso tierno, pero apasionado.

Oí aplausos de fondo. El ensayo había quedado bien, pero yo no podía dejar de sentir aquellas mariposas sobre mi estomago.

(1)Puedes besar a la novia

Faltaban dos días para la boda. El estrés y los nervios iban creciendo a medida que se acercaba el momento.

La tarde antes del enlace, Paula, su madre, su suegra, y algunas primas lejanas, acudieron a la boutique para los últimos arreglos del vestido. Iba estar bellísima.

Su tripita de apenas cuatro meses no se notaría casi nada. Así que luciría espectacular ese día.

Su vestido de color blanco, era de palabra de honor, su corte era recto, sencillo, sin encajes ni pedrería, con una larga cola de velo tul.

Le sentaba muy bien. Llevaría el pelo recogido en un tocado moderno, con algunos bucles adornando su peinado.

También llevaría una bonita tiara que Marc le había regalo para el enlace.

Frente al espejo ella estaba radiante. Me emocioné imaginando aquel mágico y único momento en la vida de una mujer.

Paula notó como me entristecía.

_¿Qué te ocurre? _Me preguntó alarmada.

_Nada _Mentí para no estropear su momento.

_Te conozco, Ruth, y sé que algo te pasa, ¿es por Asier?

Ambas nos sentamos a charlar como cuando estábamos en el instituto.

Me abracé a ella y sollocé intranquila.

_Sí _Reconocí con dolor.

Ella me acarició el pelo.

_Él te ama _Me confesó de pronto.

Levanté los ojos anonadada.

_Es el hombre de mi vida, no quiero perderlo de nuevo._Repliqué soltando una lágrima.

_Todo se arreglará.

Confié en ella y terminé relajándome. Por la noche organizamos una gran cena en casa. Mañana al mediodía era la boda.

Tras el banquete, los novios partirían rumbo a su luna de miel.

Paula y Marc invitaron a un gran número de personas a la cena, entre los cuales se encontraban amigos y vecinos, y por supuesto la organizadora del enlace, Priscila.

Priscila Baster resultó ser encantadora. Tenía una pequeña agencia de decoración, y además se dedicaba al negocio de organizar ceremonias.

Ella y Paula eran grandes amigas. Priscila tenía en torno a unos treinta años, y llevaba más de la mitad de su vida viviendo en París, aunque era natural de Inglaterra.

Era una mujer bastante atractiva, alta, delgada, con hermosos ojos azules, y pelo rubio.

Lo cierto es que no tardé en tener celos de ella. Sentí como me moría cuando observé como se dedicaba a coquetear con Asier delante de mis propias narices.

Me estaba muriendo por dentro, corroída por los celos. No soportaba verlo con otra mujer.

Me mantuve pasiva, distante, aunque se me hacía un mundo todo.

Lógicamente la bebida no tardó en hacerme efecto. Mareada acudí al baño.

Un poco de agua fresca me sentaría bien, me ayudaría a tranquilizarme.

Rocié mi cara con el chorro frío que salió del grifo, respiré hondo, y me observé en el espejo.

<<¿Qué me pasa?>>.

La respuesta era obvia, amaba demasiado a Asier como para perderlo de nuevo.

Lo único que quería era estar a su lado para siempre. Me miré llorosa. Estaba espantosa. Traté de serenarme.

Pasado unos minutos el control volvió a mi. Entonces regresé al salón.

La cena ya había sido retirada de los platos, y los invitados disfrutaban de una copa en el jardín.

Oteé por encima de la gente intentando averiguar donde andaba Asier con esa mujer. Me crispé. Sentí explotar de impotencia.

Al fin mis ojos lo vieron, a escasos metros de la piscina, sentados tomando una copa.

Parecían tener una amena conversación. Con sigilo me acerqué por detrás. Entonces oí su charla.

_Oh oui, lo entiendo. (1)

_Estoy completamente enamorado de ella _.Prosiguió con tono afligido. _ la amo. Sin embargo tan solo he conseguido hacerle daño.

Priscila puso la mano sobre su hombro.

_¡Par dieu!, no te tortures de esa manera. (2)

Asier estaba abatido.

_No sé que hacer. Sin Ruth mi vida no tiene ningún sentido, quiero estar con ella, a su lado, amarla.

Un vuelco azoró mi corazón. Mi pulso latió frenéticamente en mis sienes.

Nuevamente me mareé. Una mezcla de sentimientos me embargó, me arrolló por completo, dicha, desazón, entusiasmo, miedo...

<<*Me ama*>>.

Intentando no ser descubierta me di la vuelta y regresé al interior de la casa.

Tenía que tomar una decisión, para bien o para mal, tenía que ser valiente y afrontar mi destino.

(1)Si (2)¡Por dios!

El día de la boda amaneció esplendido. Un sol radiante bañaba la ciudad de París.

Ayudé a Paula con su vestido y luego me dediqué a mi propio arreglo.

Mi vestido había sido un secreto hasta ese día. No era nada del otro mundo, sino más bien sencillo, de gasa, azul celeste, liso, con gran escote en la espalda y un lazo para anudar en la cintura.

Era largo hasta los pies. Luciría unas sandalias de medio tacón color plata, y mi pelo lo dejaría suelto, con una diadema de flores naturales cubriendo mi cabeza.

Me miré incrédula, bañada en lágrimas ante la aprobatoria mirada de mi amiga.

_Serás la dama de honor más bonita que haya visto nunca.

Me sonrojé al oír aquello. Un fuerte cosquilleo me invadió por dentro cuando inicié el descenso por la larga escalinata.

Sabía que al final de la escalera estaba él, Asier, esperándome.

Me pregunté si pensaría que estaba guapa. Bajé lentamente mientras mi mano se deslizaba sutilmente por la barandilla, fijé mis ojos al frente, y levanté el mentón.

Mi cuerpo temblaba como una hoja. Al final logré bajar sin ningún tropiezo.

Entonces lo miré. Su mirada desprendía una luz de fascinación y deseo.

Estaba guapísimo con aquel traje oscuro que tan bien se ajustaba a su cuerpo.

Su mano rozó la mía, y una corriente eléctrica me cubrió por completo.

Me avergoncé.

_¡Estás bellísima! _Me musitó con voz melosa._ Pero te falta algo para llevar como dama

de honor.

Vi como se metía la mano en el bolsillo de la chaqueta y extraía una cajita que me entregó.

No pude contener mi emoción. Era un precioso brazalete de orquídeas blancas.

_P-p-a-ara m-i . _Tartamudeé nerviosa.

Suavemente él rió al abrocharme el brazalete en mi muñeca.

_Nadie más hermosa que tú para llevarlo.

Y besó mi mejilla con candor. Me ofreció su brazo como todo un caballero, y caminamos juntos hasta la ermita.

El enlace entre Paula y Marc fue precioso, súper emotivo. No dejé de llorar durante toda la ceremonia. Fue la boda más bonita que nunca había visto.

Los novios se dieron el “*si quiero*”, y tras el beso fueron bañados con una lluvia de pétalos y arroz.

Dejamos atrás la ermita para acudir al banquete. Todo el trabajo de los últimos días había merecido la pena.

Todo salió según lo previsto, bueno, todo no, en mi viaje no estaba el reencontrarme con mi único amor.

Sobre Asier... sobre mi... había tomado una decisión. Poco a poco los invitados fueron abandonando la fiesta, y el silencio se fundió con la noche.

Me senté en el bordillo de la piscina y contemplé las estrellas. Me estremecí al sentir la llegada de Asier.

Él se sentó a mi lado, en silencio. Como una chiquilla enamorada lo miré.

_Al final ha sido una boda preciosa, ¿verdad? _Le comenté abrumada.

Sí, preciosa. Corroboró él con un timbre apagado._ Al menos ellos han tenido un final feliz. _Añadió con un eje de melancolía.

Levanté mis ojos hacía los suyos, nuestras miradas se encontraron, un suspiro escapó de mis labios y quise hablar, pero un nudo me oprimió la garganta.

Shh. Me dijo poniendo un dedo sobre mis labios.

Me acarició la mejilla con dulzura. Entonces observó la cadenita que colgaba de mi pecho, y sonrió con regocijo.

Su voz fue melosa, apasionada.

_Me enamoré de ti desde el primer instante en que nos cruzamos. Me enamoré de tu tímida y arrebolada mirada, de tu continuo tartamudeo, de tu inocencia y candor. Me enamoré como un loco, como nunca antes me había enamorado, y aunque intenté negármelo, aunque huí, jamás pude dejar de amarte, y sabes por qué...

Yo negué con la cabeza.

Porque te llevo dentro de mi alma y mi corazón. Porque eres la única mujer de mi vida, a la que amaré siempre hasta que me muera. Porque sé que sin ti estoy vacío. Me confesó con el corazón en la mano.

Lágrimas de felicidad rodaron sin control por mis mejillas. Asier besó cada lágrima con amor.

¡No llores!. Me suplicó enronquecido. _ Te amo. Esa es la verdad.

Yo también te amo. Siempre supe que te amaba, que eras el único hombre de mi vida. Repliqué entrelazando mis manos a las suyas. _ Bésame_. Le rogué con anhelo.

Y él me besó eternamente. Me dio la felicidad anhelada. Aquella noche decidí perdonar a Asier, olvidar el pasado, pero también me perdoné a mi misma por mis errores.

Supe que viviría para el presente y el futuro. Un futuro que aun me guardaba una sorpresa

más.

Un año más tarde.

Asier me contempló en la cama con una sonrisa de felicidad.

—¡Vamos! —Me instó con impaciencia a levantarme.

—¿Adónde? —Quise saber yo.

—Es una sorpresa. —Me respondió con una sonrisa traviesa.

Me moría por saber de que se trataba. Asier y yo llevábamos un año viviendo juntos.

Él se había trasladado a Madrid y trabajaba en el sector de ingeniería de la universidad.

A mi me faltaba un año para acabar la carrera de medicina. Éramos muy felices.

Tenía todo lo que siempre soñé. Me toqué la barriga. Sé que aun podía ser pronto para sentir las pataditas del bebé que crecía dentro de mi.

Apenas estaba embarazada de tres meses, pero podía sentir como mi hijo, nuestro hijo, iba creciendo en mi interior.

Presentía que sería niño. Nacería a principios de junio. Asier y yo estábamos muy ilusionados. No me arrepiento de la decisión que tomé.

Perdonarlo había sido un regalo de la vida. Él me demostró a lo largo de aquel año que me amaba, que nunca más tendría miedo, que no saldría huyendo. Me hizo ver que su mayor libertad era estar conmigo, y con nuestro futuro hijo.

En realidad Asier había madurado, y yo también. Se acercó a mi lado y levemente me besó los labios al tiempo que acariciaba mi barriga.

Hola, amor.Le habló al bebé. _ soy tu papá.

Se me saltaron las lágrimas.

Te amo.Le dije.

Te amo, princesa.Me respondió él.

Me vestí a prisa. Hacía un frío propio del invierno.

La navidad nuevamente estaba cerca, se notaba en las calles, en el ambiente. Estaba impaciente por conocer que me tenía preparado Asier.

Durante las últimas semanas había estado muy ajetreado organizándolo todo. Creo que Paula era cómplice de su sorpresa.

Me metió en el coche y me vendó los ojos. No supe donde me llevaba.

Estaba impaciente y deseosa. Al final el coche se detuvo. Asier me cogió del brazo y me guió afuera.

Entonces me quitó el pañuelo. Abrí los ojos incrédula, y solté un grito emocionada.

Observé al "*Clipper Blue*" a mis pies, tan imponente como la primera vez que lo vi.

Lo abracé feliz, pero la sorpresa aun no había concluido. Asier me hizo el mejor regalo del mundo.

A bordo del transatlántico estaban todas las personas que a lo largo de aquel viaje había conocido, Cris, Victoria, Pablo, Sebas, Elvira, Julia, Sonia, Raquel, Bely, Jonh, Marc, Martín, Tomás, Arancha...

Observé emocionados a papá y Mariola, también a mi hermanito Lukas, y sobre todo a

Paula, mi fiel confidente y amiga.

Todos estaban allí por un motivo, mi boda con Asier, aunque eso lo desconocí hasta última hora.

Él capitán del “*Clipper Blue*” nos casó a bordo de donde comenzó nuestra increíble historia de amor, y fue mágico, único, irrepetible.

Pronunciamos nuestros votos con emoción.

_Yo Asier, te tomo a ti, Ruth, como mi esposa, para amarte y protegerte durante el resto de mis días.

Lo miré con la felicidad bailoteando en mi rostro.

_Yo Ruth, te tomo a ti, Asier, como mi esposo, para amarte y protegerte durante el resto de mis días.

Nos besamos. Era la mujer de Asier. Estaba casada con el hombre de mi vida.

Horas después de la ceremonia, el “*Clipper Blue*” surcó veloz las aguas del océano rumbo a su destino. Yo había encontrado mi propio destino.

Apoyada en la barandilla de proa contemplé la noche estrellada, desde aquel lugar que solo conocíamos él y yo.

Entonces me abrazó por la cintura y me besó extasiado.

_¿Eres feliz? _Me preguntó con amor.

Me giré besándolo.

_Sí._Susurré junto a su oído.

¿Qué más podía pedir?

Parte 4

“La madurez de Ruth.”

Mi boda con Asier a bordo del “Clipper Blue” fue el momento más dulce y emotivo que viví.

Luego llegaría el nacimiento de primer hijo, Alejandro. Fue maravilloso aquella experiencia que me brindaba la vida de ser madre, de vivir y sentir en mis carnes la maternidad.

Nuestra vida era perfecta. ¿Qué más podía pedir? Tenía el amor de Asier , a mi hijo, a una familia única, y a mis grandes e incondicionales amigos de aventuras, Paula y Marc.

Yo me había licenciado en medicina, en la rama de ginecología, y Asier siguió trabajando como profesor en la universidad.

Al poco tiempo de finalizar mi carrera me ofrecieron trasladarme a Barcelona, y acepté.

Para mi supuso una gran oportunidad irme a vivir a la ciudad condal.

Conseguí un puesto en un prestigioso hospital, y pude realizarme como doctora. Asier me dio una vida plena, llena de amor y felicidad. Nuestra relación se basaba en la confianza. Éramos un matrimonio muy feliz y enamorados.

Yo seguía amándolo como aquel primer día que nuestras miradas se cruzaron con tan solo diecisiete años.

Pero la madurez no es como imaginaba de adolescente. En ese camino aun debía tropezarme con piedras en mis zapatos.

La vida aun tenía que enseñarme una valiosa lección, que todo no es lo que parece, y lo que parece se puede desvanecer.

Mi verdadera aventura empezaba ahora, en un mundo de adultos, de complicaciones que solo cuando alcanzas la madurez se es capaz de vislumbrar.

Capítulo 15º

Barcelona.

Dieciséis años después. Mes de septiembre.

Me miré frente al espejo de mi dormitorio, y la imagen que vi fue la de una mujer madura, pero también joven y bonita, ¿por qué no decirlo!

Los años no me han sentado nada mal. Ciertamente me conservo muy bien a mis treinta y nueve años.

El espejo me muestra tal como soy, una mujer, pero ante todo esposa, madre, y amante incondicional.

Caminé hacia la ventana, y observé el soleado día de principios de otoño.

La calle estaba vagamente desierta a esas horas de la mañana.

Era domingo. Hoy tenía turno de guardia en urgencias, pero Natalia, mi compañera de consulta, se ha ofrecido a cubrirlo por mi, y francamente se lo agradezco.

Últimamente estoy agotada, exhausta. Necesitaría tomarme en serio unas vacaciones.

Pienso en Asier. Entre mi trabajo, que me tiene absorta, y la educación de Álex, lo tengo un poco descuidado de mis obligaciones matrimoniales.

Apenas nos vemos más que un par de horas al día. Le echo de menos.

Hace días que lo noto un poco apagado, ausente, y eso me preocupa. Tengo que dedicarle más tiempo a mi marido, y así reavivar la llama de la pasión.

Pero, ¿de dónde saco tiempo? ¡Maldita sea! Ser madre no resulta tarea fácil.

Ahora más que nunca comprendo el calvario por el que les hice pasar a mis padres con mi rebeldía y egoísmo.

Me arrepiento de mi comportamiento tan infantil, de lo mal que me porté con ellos.

Tenía que haber sido más razonable y madura, pero ¿cómo se consigue eso?

Recuerdo todo lo que tuvieron que sufrir por mi culpa, sobre todo papá y Mariola.

¡Dios! Que cruel fui con ellos hasta que comprendí lo injusta que era por culpa de mi rabieta de niña.

Me gustaría tanto pedirles perdón... Aunque en el fondo creo que ya me han perdonado, y que eso es ahora agua pasada.

Sin embargo no me perdono a mi misma mi actitud. Jamás comprendí a mamá cuando hablaba de lo duro que resultaba muchas veces la vida.

Ahora me resulta imposible olvidar aquellas conversaciones, sobre todo porque la extraño mucho desde que se fue.

Mamá murió hace dos años, y aun me duele hablar de ella. Muchas veces lloro, y me arrepiento de no haber pasado más tiempo a su lado, de no haber sido una mejor hija para ella.

Yo siempre la adoré, lo admito. Pero me costó mucho asumir el divorcio de mis padres, y lo dura que fue su separación.

Luego, cuando mamá rehizo su vida con Agus, tras varios fracasos de pareja que resultaron en vano, ahí fue donde descubrí que ella también tenía derecho a hacer feliz, ¿por qué no? Papá había encontrado a Mariola, y mamá también estaba en su pleno derecho de rehacer su vida, de volver a enamorarse.

Y Agus era un buen hombre, educado, cariñoso, detallista, que colmó de atenciones a mamá.

¡Lamento tanto qué la felicidad le durase tan poco! Fue un palo descubrir que hacía tiempo arrastraba una pesada enfermedad.

No puedo evitar llorar de pura rabia. ¡Ojalá lo hubiese sabido antes!

Juro que no habría sido tan cabezota y egoísta. Ella siempre fue una mujer sumamente increíble, llena de vitalidad y vida, hasta que la enfermedad llamada cáncer se la llevó de nuestras vidas.

Abajo en el salón se escuchan de nuevo voces. Otra vez andaban discutiendo. Me refiero a Asier y Álex.

Últimamente no hacen otra cosa que pelear a todas horas. ¡Es asfixiante! No se que más puedo hacer.

Álex es un buen niño. Pero en el fondo se parece a mi. Había heredado mis genes rebeldes.

Era obstinado, impetuoso, y demasiado independiente para su corta edad.

Hace pocos meses que cumplió los quince años, y ahora está incontrolado. Tiene las hormonas subidas por las nubes.

Me hubiese gustado que Álex se pareciese más a Asier. Él es más pausado, emocionalmente más tranquilo. Y la verdad que eso me sorprende.

De Asier jamás lo hubiese esperado. Él siempre fue un alma libre, sin embargo debo reconocer que ha sabido madurar mucho antes que yo.

Ahora Asier es el sosegado de la pareja. ¡Y en el fondo se lo agradezco! Pues eso me da una estabilidad emocional increíble.

Pero no, mi hijo Álex ha tenido que salir a mi, ¡maldigo eso!

Ahora soy yo la que es madre, y la que tiene que lidiar todos los días con un adolescente.

En Álex me veo reflejada. Aunque espero que él cambie a tiempo, y no cometa las estupideces que yo misma cometí a su edad.

¡Sería imperdonable! Quizás yo tengo la culpa, como me reprocha Asier, y lo haya mimado y consentido demasiado.

Pero Álex es hijo único, de momento, y en él he volcado todas mis ilusiones.

Me encantaría ser madre de nuevo. Siempre quise tener tres o cuatro hijos, pero tras el complicado parto de Álex, no he podido quedarme embarazada.

Todo está bien dentro de mi, así que debe ser algo psicológico, o una cuestión de tiempo, aunque de seguir así se me terminará pasando el arroz.

Continué mirando por la ventana. Ahora las voces se elevan a un primer grado.

Puedo escuchar perfectamente la discusión a través de una diminuta raja de la puerta entreabierta.

—¡Te he dicho qué no irás! —Grita Asier, haciéndose escuchar por encima del alarido de su hijo.

Álex golpea con rabia el suelo. Patalea como un crío de cinco años, furioso.

—¿Por qué, papá? —Pregunta. —Todos mis amigos irán a esa fiesta.

Escucho un corto silencio. Entonces Asier responde.

_Ellos no tienen clases de recuperación, tú sí. Así que te quedarás toda la semana estudiando. _Le reprende con dureza.

_¡Eso es injusto! _Masculla Álex.

_¿Ah si? Pues no haber suspendido todas las asignaturas.

Asier estaba realmente enojado con Álex, y en el fondo lo entiendo.

Él solo quería lo mejor para nuestro hijo. De repente me sentí mareada. Me aparté de la ventana, y tomé asiento junto al tocador.

Quería arreglarme antes de desayunar para ir a visitar a Paula.

El sonoro portazo retumbó sobre mis magullados oídos. El silencio entonces se hizo calma.

Oí entrar a Asier en el dormitorio. Sentí sus pasos tras de mi. No quería que él me notase triste.

Asier me rodeó la cintura mientras depositaba un beso leve sobre la curva de mi cuello.

Me giré con amor, y acaricié su mejilla.

_Hola. _Me dice él, cansado. _Creí que hoy te levantarías más tarde. _Añade sin apartar sus intensos ojos de mi.

Yo me estremecí. Hacía bastante que no me miraba con aquella pasión desbordante.

Intenté controlar mis emociones.

_He pensado en ir a visitar a Paula, y luego podríamos comer en el club de golf.

Asier arqueó una ceja, escéptico.

_¿En serio?

_Sí, ¿no te parece buena idea? _.Inquirí

_Si a ti te apetece, perfecto. _Respondió taciturno.

Él me abrazó, y yo me hundí en su cuello. ¡Dios! Olía tan bien. En aquel momento deseaba que él me hiciese el amor.

Me separé un segundo para mirarlo, inquisitiva.

_Habéis vuelto a discutir, ¿verdad?

Asier pareció algo incómodo.

_Sí. _Respondió enojado. _Álex cada vez está más descontrolado. No sé que puedo hacer con él. _Añadió con eje cansado. _Se empeña en ir a esa estúpida fiesta que da su amigo Vince.

Me dejé llevar por el momento, y lo miré con anhelo.

_Es un niño, recuerda que nosotros tuvimos su misma edad._Reí con soltura.

_Estoy preocupado. _Respondió Asier.

_Lo sé. _Dije juguetona, mientras mis dedos se deslizaban por el interior de su camisa.

Asier emitió un ronco sonido cuando mis yemas calientes rozaron el torso de su pecho.

Sentí como sus músculos se tensaban ante mi caricia.

_Ruth. _Me musitó enronquecido.

Su suplica me hizo clamar más su cuerpo. Impaciente desabroché los botones de su camisa, y la arrojé al suelo.

Lo contemplé con ojos libidinosos, y me mordí el labio inferior, provocativamente.

Asier reaccionó ante mi contoneo sutil, y con ambas manos me agarró los cachetes del culo, apegándome contra su erecto miembro.

Yo gemí de placer. Sus labios se posaron sobre los míos, con exigencia.

_Te necesito. _Le imploré ansiosa.

Asier me miró con los ojos velados por el deseo.

_Yo también. _Me respondió fogoso.

Su boca se posó trémula en la curva de mi cuello, mordisqueandome el lóbulo derecho con precisión.

Me arqueé buscando su miembro. Abrí mis labios para dejar que la lengua de Asier penetrara en mi interior.

Nuestras lenguas de enredaron cadentes. Las manos de Asier iniciaron un camino hacia mis pechos.

La única prenda que cubría mi cuerpo cayó también al suelo junto a su camisa, y entonces quedé completamente desnuda ante la mirada de mi esposo.

Los ojos de Asier aun brillaban como la primera vez que hicimos el amor.

Aun conservaban aquella luz cuando me miraba. Me derretí completamente, mojada, húmeda.

Él me alzó entre sus brazos, y con impaciencia me tumbó sobre la cama.

Yo me agarré a su cuello, temblando. Asier me depositó con suavidad en el edredón, y se recostó a mi lado, observándome embelesado.

Me sentí excitada, pletórica como cuando teníamos veinte años.

Lo deseaba, lo amaba como nunca, y quería que él me hiciese suya de nuevo.

Sus dedos se movieron juguetones por mi abdomen. Gemí cuando apresó uno de mis pezones, y se lo llevó hasta su boca.

Asier martirizó mis sentidos chupeteandome la aureola. Un calor se expandió por todo mi cuerpo.

Era una sensación exquisita. Él levantó la cabeza para observarme, complacido. Yo estaba preparada para recibirlo dentro de mi, y Asier lo sabía, me conocía muy bien.

Sin embargo aun quería jugar conmigo. Su lengua bajó lentamente por mi entrepierna, saboreando mi piel.

Me abrí ante su inminente caricia, enloquecida. La boca de Asier hurgó en mi interior produciéndome pequeños espasmos de puro placer.

Me moví contra su miembro, y este respondió inmediatamente. Había llegado el momento. Asier rodó por encima de mi cabeza, y me colocó a horcajadas sobre él, penetrándome con urgencia.

Emití un ronco sonido mientras el orgasmo rozaba mis labios.

Asier me acalló con un apasionado y profundo beso. Colgué mis piernas alrededor de sus caderas, y me moví al ritmo de sus embestidas.

El calor explotó en mi interior. Grité de placer cuando él derramó su simiente en mi ser, y exhausto me abrazó.

Juntos habíamos llegado al clímax más dulce.

Horas después de retozar entre los brazos de Asier me levanté de nuevo de la cama.

Ahora el sol del mediodía iluminaba por completo la habitación.

Me di una rápida ducha. Antes de ir a almorzar al club de golf quería visitar a Paula.

Hacía semanas que no nos veíamos ni charlábamos. Recordé que ese día Paula trabajaba como cada fin de semana en la emisora de radio local.

Hacía un par de años que era colaboradora de moda en dicho programa, y ciertamente tenía mucho éxito.

De lunes a viernes se dedicaba a su trabajo, era columnista en un periódico exclusivo para mujeres.

Paula se había licenciado como asesora de imagen. Tenerla cerca me animaba.

Cuando me dijo que a Marc le habían ofrecido un puesto como director de hotel en Barcelona, me alegré muchísimo, pues aquello significaba que volveríamos a estar juntas como antes.

Paula y yo seguíamos siendo igual de amigas que cuando íbamos al colegio.

Nada había cambiado entre nosotras. Me miré por última vez en el espejo.

Ahora mi imagen estaba perfecta, solo faltaba un sutil toque de brillo labial, y lista.

Me observé durante unos instantes. Aquel suéter color turquesa, y la falda de tubo blanca, me sentaban de maravilla.

Me ruboricé como una chiquilla pensando que diría Asier cuando me viese llegar al club.

Él hacía rato que ya había salido de casa, y de Álex ni qué hablar. Se había ido a pasar el día al chalet de su amigo Vince.

No me gustaba demasiado aquel chaval. Era un poco irresponsable y cara dura.

Pero para mi hijo era el mejor amigo del mundo, y yo debía respetar su decisión.

Agarré mi bolso y salí de la habitación. Miré mi reloj. Era un poco tarde.

Tendría que darme prisa si quería pillar a Paula en su trabajo. Cogí las llaves del coche y me dispuse a sacarlo del garaje. Pulsé el interruptor del llavero, y la puerta se fue deslizando lentamente.

Entonces observé la llegada de mi vecina, la señora Gálvez. La mujer aparcó su vehículo frente a la casa, y luego abrió la verja del patio trasero, y entró.

Capítulo 16º

Esta me sonrió amablemente.

Era una señora sumamente encantadora, de unos sesenta y pico de años, y viuda.

Hacía menos de un año que la señora Gálvez había perdido a su querido esposo a causa de una enfermedad pulmonar.

Sé lo difícil que resultaron esos momentos para la pobre mujer. En medio de aquel caos tuvo que afrontar la situación sola.

De sus cuatro hijos ninguno vivía allí. Los dos mayores se encontraban trabajando en Irlanda, y los más pequeños estaban en Madrid.

La mujer no tenía a nadie. Eso me apenaba mucho. Por eso siempre que podía iba a visitarla, y pasaba en su compañía un rato entretenido.

De esa manera charlábamos de nuestras cosas, tomábamos café, reíamos, y ella no se encontraba tan sola y triste.

_¡Señora Gálvez! _La saludé agitando mi mano.

Ella levantó sus cansados ojos, y me miró.

_Hola Ruth, ¿cómo estás? _Me respondió.

_Bien. Ahora mismo me disponía a salir, he quedado con Asier para comer. _Dije.

Vi que depositaba las bolsas en el suelo, y se acercaba hasta mi.

_¿Tienes tiempo de tomarte un aperitivo conmigo?

La suplica en su mirada me partió el alma en dos. Nuevamente consulté la hora en mi reloj.

La señora Gálvez aun esperaba con esperanza mi respuesta. No podía negarme. Eso la entristecería aun más.

_¡Por supuesto que sí! Para usted tengo todo el tiempo del mundo. _Contesté.

Ella pareció encantada.

_Bien. _Añadió agarrándose de mi brazo. _Tengo unas telas nuevas que me acaban de llegar, y que me gustaría enseñarte.

Recordé que la gran pasión de la señora Gálvez era el ganchillo. Y se le daba muy bien. De joven había trabajado como modista, y aun conservaba sus buenas dotes con las agujas.

El invierno anterior me había regalado un gorro y una bufanda, también unos patucos, según decía para mis futuros hijos.

Lo cierto era que yo le tenía un gran cariño. Era encantadora, simpática, y una mujer muy luchadora, todo un referente para mi.

Cuando fuese mayor me gustaría parecerse a la señora Gálvez, tener su ímpetu, su voluntad de superación.

A pesar de tener un bypass en el corazón, y varias operaciones de vesícula, ahí seguía, como una campeona aferrándose al podio de la vida.

Entramos en su casa. Era acogedora. Siempre que pisaba aquel salón el espíritu familiar me inundaba de recuerdos la memoria.

Me senté en mi butaca favorita, y observé como la señora Gálvez traía unos refrigerios, como de costumbre.

_¡Oh! _.Exclamé agradecida. _No tenía porqué molestarse.

Ella negó con la cabeza.

_Para ni no es ninguna molestia. _Y repuso. _Tenerte aquí Ruth es una bendición del cielo.

No pude evitar emocionarme ante sus palabras, y una lagrimilla asomó a mis ojos.

La abracé con cariño. ¡Me recordaba tanto a mamá! Ella se sentó a mi lado, y empezó a tejer con maestría.

Yo la observé con admiración.

_¿Y cómo se encuentra hoy? _.Pregunté.

Un suspiro cansado salió de sus labios.

_Bien, ya sabes, con mis achaques de siempre.

La mujer siguió con su labor mientras hablaba.

_Ayer me llamó Arturito, dice que quizás estas navidades pueda venir con los niños.

Vi la ilusión en el fondo de sus ojos. Naturalmente se refería a su hijo mayor, Arturo, el que vivía en Dublín.

Me hizo muy feliz conocer esa noticia.

_¿Ah si? _.Repuse ayudándola con un ovillo de lana. _Me imagino que estará muy contenta, ¿no?

_Sí, mucho. _Me respondió con una sonrisa. _Y también vendrán Pili e Inés.

¡Se le notaba tan llena de vida!

_Me alegro. _Dije de corazón.

La señora Gálvez asintió con vehemencia. Era una mujer, que a pesar de su edad, tenía la cabeza muy bien amueblada.

Entonces se giró hacia mi, sorprendiéndome.

_Esta mañana vi salir a Álex enfadado.

Yo no supe que decir. Estaba algo avergonzada por el comportamiento de mi hijo.

_Sí, se fue a pasar el día con unos amigos. Él y su padre discutieron, cosas de adolescentes. _Añadí restando hierro al asunto.

Ella me cogió las manos con ternura.

_Álex es un niño muy dulce y bueno, no dejes que la vida te distancie de su cariño. _Me aconsejó con ternura.

Yo la miré confusa. En aquellos momentos no entendí que intentaba decirme.

Pero sé que sus palabras eran muy ciertas, y que pese a todo debía luchar siempre por conservar el amor de mi hijo.

Me entretuve más de la cuenta con la señora Gálvez, y se me hizo bastante tarde.

Miré mi reloj. Paula debía estar a punto de finalizar el programa.

Me di toda la prisa que pude. Pero el atasco en la carretera a esas horas del mediodía era monumental.

Tras más de veinte minutos atrapada en la autopista, por fin conseguí llegar a la emisora de radio.

Cuando entré en la cabina de grabación Paula me recibió con una amplia sonrisa.

Dejó los auriculares a un lado, y me invitó a tomar asiento.

_¡Ruth! Que bien que hayas venido. _Repuso apagando el micrófono.

Paula estaba guapísima. Ahora tenía el cabello más corto de lo habitual, y lo cierto es que había ganado unos cuantos kilitos con su último embarazo.

Paula era una feliz mamá de tres niños, aunque con eso, y su extenso trabajo, no nos veíamos casi nunca.

Abracé a mi amiga con ímpetu, como si hiciese siglos desde nuestro último encuentro.

_¿Cómo estás? _Me preguntó ella. _Hace tanto que no hablamos.

Tamborileé mis dedos sobre la mesa.

_Bien. _Respondí metódicamente. _Aunque algo cansada del trabajo.

Solté un agotador suspiro. Paula agrandó sus bonitos ojos, y exclamó;

_¡Qué me vas a contar a mi! Ahora mismo acabo de terminar la emisión, y estoy deseando llegar a casa, tumbarme en el sofá, y no hacer nada en todo el día.

Me extrañó oírla hablar de ese modo. Levanté mi vista hacia ella, y dije;

_¿Y Marc y los niños?

El semblante de Paula se ensombreció notablemente.

_Marc está de viaje. _Y añadió. _Por asuntos de trabajo, y los niños los tiene mi madre este finde. _Contestó al fin.

La noté algo extraña. Su timbre de voz estaba triste, apagado.

De modo inquisitivo pregunté;

_¿Ocurre algo entre Marc y tú?

Paula se encogió de hombros, y sollozó incontinentemente. Me desconcertó verla en ese estado.

_¿Qué pasa? _.Quise saber inmediatamente. _Me estás preocupando.

Paula me miró llorosa.

_Creo que me engaña, que Marc tiene una aventura con otra. _Me confesó abatida.

Tardé varios segundos en reaccionar. No podía dar crédito a lo que oía de labios de mi mejor amiga.

_¡Qué! _.Chillé.

La observé como si estuviese loca. ¿Marc una aventura con otra?

Casi tuve ganas de reír a carcajadas. De cualquier otro me lo hubiese esperado, pero de Marc nunca.

Él adoraba a su esposa. Yo no podía creer las supuestas fabulaciones de Paula.

_¿Por qué piensas eso? _.Inquirí incrédula.

_Me engaña. _Volvió a repetir en un estado de shock mental.

Traté de tranquilizarla utilizando la lógica.

_No creo que Marc te engañe, él te ama, siempre te lo ha demostrado. _Lo defendí a capa y espada.

Paula sacudió enérgicamente la cabeza.

_¿Ah si? _Ironizó claramente.

_Venga. _Le dije convencida. _Tú lo sabes, ¿no?

Ella se estrujó las manos nerviosamente.

_Últimamente no. _Me reiteró apesadumbrada.

Ahora empezaba a tomarme muy en serio las palabras de Paula.

Vi las lágrimas y la desolación en el fondo de su mirada, y eso me partió el corazón.

Paula veía como su feliz matrimonio se hundía, quizás injustificadamente, que sé yo, pero tenía que apoyarla, ayudarla en todo.

_¿Qué ocurre? Cuéntame. _La apremié con urgencia.

Paula se sorbió fuertemente la nariz, y recuperó un poco de aliento.

_Marc está muy raro.

Me extrañé.

_¿Raro? _Repetí perpleja.

_Sí, está muy evasivo y misterioso. Se queda hasta muy tarde a trabajar, y me rehuye, ya sabes. _Me dejó caer. _en la cama.

Me quedé boquiabierta. Entonces Paula siguió hablándome muy seria.

_Se comporta esquivo, como si quisiese ocultarme algo, no sé. _Repuso desconcertada.

_¿Y le has preguntado?

_¡Sí, por supuesto! _Exclamó irónica.

Intenté mantener la calma.

_¿Y qué te ha dicho?

Paula sollozó de nuevo.

_Que son cosas mías, que nada le pasa._Respondió.

Yo estaba que alucinaba, ¡vamos! Me negaba a creer que Marc le estuviese poniendo los cuernos a Paula.

De repente ella se giró hacía mi, y me abordó con aquella pregunta.

_¿Me ayudarás?

_¿A qué? _Repuse anonadada.

_A descubrir lo que me oculta Marc, por favor. _Me imploró como una niña.

¿Y qué podía hacer yo? Ella era mi mejor amiga, pero Marc era también como un hermano para mi.

Paula tironeó de mi brazo para captar mi atención.

_Ruth. _Me rogó rota de dolor. _Tienes que ayudarme.

_Está bien. _Dije convencida. _Hablaré con Marc e intentaré sonsacarle lo que le ocurre.
_Le prometí que haría eso.

Tras hablar conmigo Paula se quedó mucho más tranquila. Tenía que averiguar que estaba ocurriendo, si era cierto que Marc le ocultaba algo, yo estaba dispuesta a descubrir que era.

La jornada de domingo trascurrió bastante tranquila. Asier y yo pasamos el resto del día en el club de golf.

Ya por la tarde regresamos a casa, pero antes recogimos a Álex de casa de su amigo.

El lunes por la mañana yo tuve bastante lío en el hospital. Aunque Natalia había cubierto mi turno de guardia, a Mikel, el subdirector, no pareció sentarle nada bien.

A primera hora me hizo llamar a su despacho con urgencia. Me temía la represalia que me caería por eso.

Mikel era un jefe de equipo estupendo, pero muy serio y responsable con su trabajo.

Se lo tomaba todo al pie de la letra. Entré más o menos temblando en su despacho. Él repasaba unos informes clínicos sobre su mesa, muy concentrado.

Carraspeé repetidas veces para llamar su atención de aquel modo.

Entonces Mikel levantó su vista de los papeles, y con semblante serio me miró.

Mikel y yo nos conocíamos prácticamente desde mi llegada al hospital. Aparte de ser mi jefe, era también mi amigo.

En más de una ocasión habíamos salido juntos, es decir, él con su mujer, y yo con Asier.

Nos llevábamos bastante bien, a pesar del carácter serio de Mikel, en el fondo era un cachondo, un buen tipo.

Cuando él y Susana contrajeron matrimonio, medio hospital asistimos a la boda.

Fue un enlace muy bonito y emotivo. Avancé unos pasos y cerré la puerta. Entendí que aquella conversación debía ser privada.

Entonces Mikel me indicó que tomase asiento.

_Verás Ruth. _Empezó citando levemente. _Te hice llamar porque...

No le dejé terminar. Antes de que acabase con su frase yo salté nerviosa.

_Si es por lo del turno de ayer, te juro que recuperaré esas horas.

Él sonrió. En los muchos años que llevaba trabajando a su lado jamás había visto sonreír a Mikel de ese modo.

_Tranquila, no se trata de eso. _Me sacó de mi evidente error.

Solté el aire acumulado en mis pulmones, y me permití relajarme un poco.

_¿Entonces? _.Pregunté.

Me tenía en ascuas.

_Me van a trasladar de hospital.

Boquiabierto lo observé.

_¡Cómo! Es una broma, ¿no?

No podía creerme que Mikel nos abandonase para irse a trabajar a otro lugar. Él era uno de los mejores neurocirujanos del hospital.

¡Pues si qué la semana empezaba mal!

_No es ninguna broma, Ruth, me marchó en unos días._Me explicó pasivo.

_Pero, ¿por qué? _.Traté de convencerlo. _No puedes irte.

Mikel me miró con aquel cariño especial que nos teníamos.

_La junta directiva me ha ofrecido un puesto en un hospital de Nueva York.

_¡Qué! _.No pude decir otra cosa, estaba bloqueada.

_Y yo lo he aceptado. _Concluyó con determinación.

Aquella noticia me había pillado por sorpresa.

_¿Y Susi? _.Pregunté. _¿Y los niños?

_Vendrán conmigo. Ellos están conforme con mi decisión, Susi trabajará en el bufete de unos amigos, y los niños estudiarán allí, en un prestigioso internado.

<<¡Jolin!>>, me dije, <<¡Pues si qué lo tiene todo estudiado!>>.

_Es una gran oportunidad para mi carrera, Ruth.

_Lo sé. _Respondí aun incrédula.

_Y de oportunidades te quería hablar. _Objetó Mikel extrayendo unos documentos de un enorme archivador.

_He propuesto a la junta que seas tú quien ocupe mi puesto de subdirector, ¿qué me dices?

_.Me miró expectante.

Me caí muerta de la impresión. No podía dar crédito a que aquello fuese verdad.

_¿Yo? _.Tartamudeé nerviosa. _¿Subdirectora? _.Repetí sin creerlo.

Mikel se acercó hasta mi.

_Te lo has ganado a pulso, Ruth. Tu trabajo durante estos últimos diez años han sido inmejorables. _Me reconoció Mikel con orgullo. _Mereces este puesto más que nadie.

Floté en una nube. Mis ojos se empañaron de la emoción. No podía dejar de repetir lo mismo.

_¿Yo?

Mikel rió.

_¿Quién sino, doctora Cifuentes?

Él esperaba mi respuesta, ¿y yo qué podía responder?Adoraba mi trabajo, a mis compañeros, a mis pacientes, pero aquel nuevo cargo suponía muchas más responsabilidades a mi vida, y yo no sé si estaba preparada para asumirlo.

_¿Lo aceptas?

_Sí. _Expresaron mis labios temblorosos.

_¡Enhorabuena! _.Mikel me abrazó feliz.

Horas después todos mis compañeros festejaron con gran alegría la noticia, bueno, todos menos Mónica, la jefa de enfermería.

Esa mujer parecía odiarme. Nunca me tragó. Mónica era fría y autoritaria, y todos en el hospital le temían.

Era conocida como una vieja gruñona, amargada y resentida. Y lo cierto es que nunca entendí el porqué.

Pero aquello no me importó en absoluto, yo estaba pletórica, era mi celebración.

Al primero que llamé para darle la noticia fue a papá. Este se puso muy contento, y me dijo que siempre había confiado plenamente en mis capacidades.

Lloré al decirle cuanto le quería. También me acordé de mamá. Estaba segura que se sentiría orgullocísima de mi, allá en el cielo.

Mi compañera Natalia me invitó a comer ese día. Almorzamos en una terraza cercana al hospital.

Luego por la tarde pasé consulta como habitualmente hacía. Estaba cansada. Había sido un día largo, lleno de emociones y sorpresas, y lo que me apetecía era llegar a casa, abrazar a Asier, y contarle lo de mi ascenso.

Estaba segura de que él me apoyaría en mi nueva andadura. Ensimismada repasé la lista de mis pacientes.

Por fin no me quedaba nadie en la sala de espera.

De repente tocaron a la puerta.

Capítulo 17°

Levanté la cabeza al tiempo que observé la recia figura de Mónica entrar en la consulta.

_Doctora Cifuentes. _Me llamó toscamente.

_¿Si? _.Respondí.

_Afuera espera la señorita Paéz para la consulta.

Arqueé una ceja, extrañada.

_¿La señorita Paéz? _.Repetí.

Miré la lista de mi ordenador.

_Pero hoy no tengo cita con ella, ¿se lo ha dicho? _.Y agregué cansada. _Además mi turno ya ha acabado.

Mónica se encogió levemente de hombros, como si aquello le importase un carajo.

_Dice que es urgente. _Contestó con soberbia.

El reloj de mi consulta marcaba las seis y cuarenta. A esa hora debía recoger a Álex de su entrenamiento de baloncesto.

Mi hijo se enfadaría, y mucho, si le fallaba otra vez.

Pero mi ética profesional me exigía atender a todos mis pacientes, y de esa manera me marcharía más tranquila.

_Está bien, hágala pasar.

_Ahora mismo. _Mónica se giró sobre sus talones, y salió al pasillo.

En menos de un minuto observé la rápida entrada de la señorita Paéz. Su cara estaba emblanquecida.

La muchacha se abalanzó enseguida a mi encuentro. Tenía resto de lágrimas sobre sus ojos.

_¿Qué te ocurre? _Le pregunté con preocupación. _¿Te encuentras mal?

No me hizo falta su respuesta. Mi mirada se desvió de inmediato hacía su ropa manchada de sangre.

La muchacha pareció algo mareada y desconcertada. Actué como en cualquier protocolo médico.

Llamé a un enfermero para que la tumbase en una camilla, y la acompañé hasta urgencias.

Agarré sus temblorosas manos.

_Cuéntame que te ocurre. _Le pedí con dulzura.

Daniela me miró con temor.

_Llevo varios días notando contracciones, y hoy he sangrado mucho. Me duele. _Dijo tocándose la abultada barriga.

Yo mantuve la calma, y sonreí. No era el primer caso en el que veía los mismos síntomas en mujeres primerizas, durante los últimos meses de embarazo, y teniendo en cuenta que era el octavo mes, era frecuente que la placenta se pudiese desprender.

Sé que Daniela estaba muy asustada. Pero no había porque tener miedo.

Le realizaría una ecografía y me aseguraría de que el bebé y ella estaban bien.

Era normal su miedo. Daniela era muy joven, y además era su primer embarazo.

Todo ello sumado al estrés y los nervios lo complicaba aun más.

La muchacha apenas tenía veinte años. En el fondo me recordaba mucho a mi.

En esos momentos pensé en el primer parto al que asistí. Yo había tenido diecisiete años, y Victoria había dado a luz a bordo del "*Clipper Blue*".

Desde entonces tuve claro mi meta. Ahora no podía abandonar a Daniela. Ella me necesitaba más que nunca. Estaba segura de que Álex lo comprendería.

La llevé a la sala de ecografías. Noté el fuerte nerviosismo que inundaba el cuerpo de la muchacha.

_¿Quieres que avise a tu esposo o novio?

Daniela me miró con tristeza.

_No tengo pareja. _Contestó con dolor.

Lamenté oír eso.

_Vaya, lo siento, ¿y el padre del bebé? _Me atreví a preguntarle.

En los labios de la muchacha apareció una sonrisa torcida.

_El muy cabrón me abandonó cuando se enteró de que estaba embarazada. _Citó ella con rencor.

Era muy triste vivir aquella situación. Tener un hijo era lo más maravilloso que te podía regalar la vida, pero tenerlo sola... era muy duro de asumir para una madre, y encima tan joven.

_¿Y no tienes más familia?

_Mi madre. _Dijo Daniela con emoción. _Ella siempre me ha apoyado en todo.

A mi también me emocionó oír como hablaba de su madre con tanto cariño.

Al menos Daniela no afrontaría aquella responsabilidad sola. Siempre era bueno contar con la familia, refugiarse en ellos.

Realizada la eco confirmé mis primeras sospechas. La placenta de Daniela se había desprendido, no del todo aun, pero el parto sería casi inminente, cuestión de horas, o días.

La dejé hospitalizada y monitorizada, y llamé inmediatamente a su madre. Había sido un día agotador. Llegué a casa muy tarde.

Álex ya estaba acostado cuando entré en su dormitorio. Observé sus facciones dormidas, como cuando era tan solo un niño.

Entonces lo arropé con mimo, y besé su frente. Me dirigí a la cocina. Asier me había dejado preparada la cena.

Era un amor, pero yo no tenía apetito, así que decidí darme una ducha y meterme en la cama.

Pensé que Asier estaría ya dormido, pero cuando entré en nuestro dormitorio lo observé aun levantado, sentado sobre la cama, con la mirada perdida en algún punto de la pared.

Un escalofrío me recorrió cuando me acerqué lentamente hasta su lado.

Él levantó sus ojos, y me miró con amor.

_Ruth.

_Hola. _Respondí. _Siento llegar tan tarde, pero una paciente a tenido complicaciones de última hora. _Le expliqué besando levemente sus labios.

_¿Está bien? _.Se interesó rápidamente.

_Sí, no corre peligro, tranquilo. _Repuse mientras me despojaba de los engorrosos zapatos.

Me fui al cuarto de baño para cambiarme de ropa. Tardé apenas unos minutos en regresar a la habitación.

Asier seguía en la misma posición. No se había movido.

_¿Qué tal tú día en la universidad? _.Le pregunté impaciente.

_Bien, como siempre. _Dijo algo retorico.

Me senté a su lado, y acaricié su mejilla. Él se estremeció.

_Tengo algo que contarte. _Le comuniqué, feliz.

Asier enfocó su mirada hacía la mía. Noté que sus ojos estaban tristes.

_Yo también. _Respondió apesadumbrado.

_¿Ocurre algo? _.Inquirí alarmada.

Él apartó un mechón de mi pelo con suavidad.

_Tú primero. _Me dio la oportunidad de replicar.

_Hoy estuve hablando con Mikel.

_¿Si?

_Sí, ¡y no te vas a creer lo que me dijo! _Exclamé con tono vibrante.

Asier sonrió taciturno.

_Dime.

_Me ha ofrecido el puesto de subdirectora del hospital._Hice una breve pausa para mirar la reacción de Asier, y continué diciendo. _¡Y he aceptado!

Él me abrazó realmente emocionado.

_¡Enhorabuena mi amor! Siempre tuve claro que lo conseguirías. _Me dijo orgulloso.

Lo miré con anhelo. Entonces me colgué de su cuello para besarlo, pero él se apartó rápidamente, y caminó hacia la ventana.

Me sentí desilusionada ante su rechazo. No supe que pensar, como actuar ante su extraño comportamiento. Reprimí un gemido de impotencia, y lo observé.

Asier se giró hacia mi, acongojado.

_Mi padre viene dentro de una semana._Y añadió con dolor. _Está enfermo, le están haciendo pruebas para diagnosticar su dolencia.

Corrí a sus brazos, desorientada ante aquella inesperada noticia.

Él me abrazó, y ocultó sus lágrimas en mi hombro. Nunca había visto llorar a Asier de esa manera. Estaba destrozado, hundido.

_Lo siento. _Manifesté compungida.

No pude evitar sentirme una autentica egoísta. Él pasando aquel amargo trago, y yo feliz por un estúpido ascenso.

Asier sollozó contra mi cuello como un niño.

_No quiero que papá muera. _Matizó abatido.

Me estremecí de verlo así. No podía soportar que él sufriese de esa manera.

Era consciente de lo unido que estaba Asier a su padre, además, yo sabía lo que era pasar por una situación parecida.

Tenía que apoyarlo.

_Ey, no pasará eso, no va a morir. _Intenté consolarlo convencida.

Él me miró esperanzado. Una luz brilló en el fondo de sus ojos.

_¿Tú crees?

_Claro, tu padre se pondrá bien, es fuerte. _Y agregué. _Como tú.

Asier acarició mi espalda, mucho más calmado y relajado. Un espasmo me recorrió la médula.

_Te amo. _Musitó contra mi oído. _Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Entonces me miró intensamente.

_Perdóname por lo de antes. _Se excusó culpable de su actitud.

_No tengo nada que perdonarte. _Respondí derretida por el deseo que crecía en mi.

_No se que haría sin ti, Ruth.

_Te amo. _Dije. _Y siempre estaré a tu lado.

Y esa era la verdad. Asier era y sería el único hombre de mi vida, al que amaría más allá de la eternidad.

Asier me besó arrebatadamente. Buscó con anhelo mis labios, y se entregó al beso como la noche a la mañana.

Se refugió en mi, y yo me refugié en él. Hicimos el amor suavemente. Nos amamos sin pautas ni control, solo nosotros dos.

Mañana no sabíamos que pasaría. Pero ese momento era nuestro, y lo vivimos repletos de amor.

Al día siguiente Asier se levantó muy temprano, y se marchó a la universidad.

Yo tenía un día bastante completo. Primero pasaría por el hospital para ver como seguía Daniela, y después por la tarde acudiría al partido de baloncesto de Álex.

Me levanté y preparé el desayuno. Álex aun permanecía acostado, así que hice zumo, tostadas, tortitas de maíz, y un enorme batido de cacao, su preferido.

De algún modo quería recompensarlo por no haber podido ir al entrenamiento del día anterior.

Cociné muy a gusto. Mamá me había enseñado en mi juventud a preparar una exquisita masa de tortitas.

Cada vez que las preparaba me acordaba de ella.

Reprimí mis ganas de llorar. Entonces escuché entrar en la cocina a Álex.

Me giré hacía mi hijo. Este me fulminó con aparente enfado. Lo conocía muy bien, y sabía que estaba enojado conmigo.

_Buenos días. _Le dije intentando darle un beso en la mejilla.

Pero Álex me esquivó con frialdad.

_¿Aun estás enfadado? _.Pregunté.

_Ayer tuvo que ir papá a buscarme a la cancha._Respondió mi hijo sentándose en el taburete cercano a la encimera.

_Lo siento Álex, pero me surgió una urgencia.

Sé que sonó a excusa, pero era la verdad. Álex no levantó la cabeza del plato, y me contestó de mala gana.

_Ya, siempre tu trabajo antes que yo._Me reprochó herido.

Me acerqué a él con ganas de reconciliarme.

_Eso no es verdad.

_¿Ah no? _.Pareció mofarse molesto.

Me sorprendió la actitud de Álex. Él nunca había sido tan incorrecto hablando.

Ese amigo suyo estaba cambiándolo. Tenía que hacer algo por recuperar al antiguo y dulce Álex.

_Oye _.Repuse molesta. _No tolero que me hables de esa manera, jovencito.

Álex me acribilló con enfado.

_¡No soy ningún niño! _Chilló con ofensa.

Lo miré con amor. Era cierto, crecía demasiado deprisa.

_Para mi siempre serás mi niño. _Lo abracé, y Álex se dejó envolver por mis brazos.

_¿Vendrás al partido de hoy, verdad? _.Me preguntó con ilusión.

_¡Por supuesto qué sí! No me lo perdería por nada del mundo.

Mi hijo me sonrió sin enfado. Me encantaba verle aquella risa tan angelical.

Ahora no podía fallarle, debía cumplir con mi promesa.

Salí del hospital a eso del mediodía. Había ido a comprobar que Daniela seguía estable.

Aunque con contracciones, se mantenía dentro de lo normal, eso me tranquilizó.

Luego quedé con Paula, sorprendentemente, para espiar a Marc.

Aquello era un disparate, ¡una locura! Jamás pensé que terminaría haciendo eso.

Pero como siempre Paula me convenció para seguirla en aquella locura.

Ahora no podía dejarla tirada. Ella también me necesitaba. Todo el mundo parecía necesitarme.

Pero, ¿qué pasaba conmigo? Estaba agotada física y mentalmente.

Quedamos para vernos frente al hotel donde trabajaba Marc como director.

Paula esperaba mi llegada impaciente, y muerta de miedo. Observé a mi amiga. Aun había tiempo de echarse para atrás, si Marc descubría que Paula lo había estado espiando, se enfadaría, y con razón.

La miré implorante.

_Paula, esto es una locura, vámonos antes de que nos pille.

_No. _Me contestó firme, aunque temblando.

_Pero esto es... _Intenté justificar la situación.

_Me prometiste que me ayudarías. _Me recriminó con enfado.

_Y lo haré.

Ella relajó sus facciones. Aguardamos la salida de Marc del hotel. Él siempre realizaba la misma tarea, todos los días a la misma hora.

No resultó difícil seguirlo. Caminaba siempre en la misma dirección, solo, abstraído en sus pensamientos.

Intentamos mantenernos a una distancia prudente. Ser descubiertas por Marc podía suponer para Paula el mayor error de su vida.

Al final, tres manzanas más abajo del hotel, Marc detuvo sus pasos, frente a la puerta de una academia de baile.

Abrí los ojos incrédula. No podía creer lo que veía.

Tras una breve vacilación, Marc entró en el edificio. Miles de dudas surgieron en mi cabeza.

¿Qué diantres hacía Marc yendo de incógnito a una academia de baile? ¿Era verdad que engañaba a Paula?

Ella sollozó sobre mi hombro.

_Ves, te lo dije.

Aquello era imposible. Me negaba a creer lo evidente. Debía haber otra explicación, y yo estaba dispuesta a averiguarlo.

Acompañé a Paula a casa. Estaba destrozada emocionalmente.

Le di un tranquilizante, y la metí en la cama.

¡Marc me engaña, me engaña!. Repitió al borde de un ataque de nervios. _¿Por qué?

_Tranquilízate. _Traté de consolar su dolor. Pero aquello nunca se me había dado del todo bien.

¿Cómo debía comportarme ante una situación así? Me sentí perdida, impotente ante las lágrimas de mi amiga.

_Todo irá bien. Averiguaré lo de Marc.

_¿Me lo prometes? _Me inquirió ella.

_Sí.

Me dirigí a la citada academia dispuesta a conocer realmente la verdad de lo que sucedía allí dentro.

Pero que ridícula me sentí cuando descubrí los verdaderos planes de Marc.

Este me miró incrédulo cuando me vio aparecer por sorpresa.

_¡Ruth! ¿Qué haces tú aquí?

_¿Y tú? _Esquivé su pregunta, un tanto avergonzada ante la clase abarrotada de alumnos.

Marc abandonó rápidamente la pista de baile, y me llevó hasta un apartado rincón.

_¿Me estabas espiando? _Preguntó irritado.

Balbuocé nerviosa.

_Yo-o-o-o.

_¡Ruth, me estabas espiando! _Exclamó irritado.

_Eso no es verdad. _Me defendí de su ataque.

_¿Ah no? Entonces por qué no me respondes a mi pregunta, ¿qué haces tú aquí?

Marc estaba esperando una respuesta coherente. De repente me vi acorralada, sin salida.

_Fue idea de Paula, ella cree que la engañas con otra._Murmuré por lo bajo, un poco cohibida ante su mirada.

_¡Cómo! _Gritó exaltado. _Esto será una broma, ¿no?

Negué con la cabeza. Marc estaba muy enfadado conmigo.

_¿Y tú la creíste? _Me reprochó perplejo.

_¿Y qué querías que hiciera? _Contraataqué. _Ella es mi amiga, y lo está pasando mal con este tema.

Levanté los ojos hacía la gente que al otro lado de la sala nos observaba atentamente.

_Yo también soy tu amigo, ¡no me creo que Paula piense eso de mi!

Marc estaba alucinado, y yo también, la verdad.

_Como ves no la engaño. _Señaló hacía el grupo de alumnos de la clase.

_¿Y entonces qué haces aquí?

Marc me sentó en un banco, y me sacó de mi confusión.

_Aprendo a bailar salsa. _Respondió avergonzado.

_¿Salsa? _.Repetí con sorpresa.

_Sí, este iba hacer el regalo de cumpleaños para Paula. Quería aprender a bailar salsa para llevarla a un concurso.

_Se defendió muy coherente.

Era lo más romántico que había oído nunca. A punto estuvieron de saltarse las lágrimas.

Estaba claro que Marc seguía súper enamorado de Paula, y esa era su manera de demostrárselo.

_¿En serio?

_Claro, yo jamás engañaría a Paula, ¿no me crees? _.Pareció dolido.

_¡Te creo! _.Me apresuré a añadir. _Esto que estás haciendo es muy bonito, pero debes decírselo, Paula se muere de celos, y mira hasta donde es capaz de llegar._Maticé haciendo alusión a mi ridícula situación.

_No puedo decirle nada, entonces no sería una sorpresa._Marc me cogió las manos, y me miró directamente a los ojos. _Solo confío en ti, Ruth, ayúdame.

_¿Y cómo? _.Quise saber.

Él sonrió taciturno.

_No le digas nada, de momento. _Me imploró.

Estaba entre la espada y la pared, ¿qué debía hacer? ¿Decírselo a mi mejor amiga, o callar y ayudar a Marc con su regalo?

Capítulo 18º

De nuevo me habían hecho el lío, entre uno y otro.

_Está bien, ya veré lo que me invento.

Marc sonrió con complicidad. Entonces me observó algo pensativo.

_Qué. _Le inquirí

_Estaba pensando que necesito una compañera de baile...

No le dejé terminar.

_¡Ah no! De eso nada. _Me revelé a su petición.

_Venga Ruth, será divertido, a Paula le encantará la sorpresa._Terminó convenciéndome.

_Me vais a matar entre los dos. _Siseé entre dientes.

Pero era cierto, podía ser divertido, una manera de desconectar del trabajo, del estrés.

Y en el fondo lo hacía por Paula. Tras salir de la academia me dirigí hacia el aparcamiento.

Eran pasadas las seis de la tarde, y tenía que darme prisa si quería llegar antes de que empezase el partido.

Monté en mi coche, y me abroché el cinturón de seguridad. En aquel momento mi móvil sonó en el interior de mi bolso.

Busqué el smartphone a prisa. En la pantalla parpadeaba el número del hospital.

Nada bueno presagiaba, mi palpito se confirmó, Daniela se había puesto de parto, y tenía que acudir de inmediato a urgencias.

Sabía que Álex se enojaría conmigo si llegaba de nuevo tarde a su partido, pero nada podía hacer contra la naturaleza.

Cuando llegué al hospital, mi equipo médico ya había preparado la sala de partos, el bebé estaba en camino, no había tiempo que perder.

Daniela se negó en rotundo a que le pusieran la epidural. Ella quería un parto totalmente natural, y lo cierto es que yo también.

Entré en el quirófano igual de nerviosa que mi primera vez. A mi paso salió mi ayudante Hugo, con la habitual sonrisa en sus labios.

_Doctora Cifuentes. _Me saludó. _Todo está listo.

Asentí con la cabeza mientras procedía a ponerme la bata. A Daniela la bajaron en camilla.

En aquella ocasión la acompañaba su madre. Sonreí a la asustada muchacha, descompuesta por el dolor.

Cogí sus manos con dulzura, para reconfortarla, para hacerle ver que todo iría bien.

_¿Lista?

Ella asintió quejándose de una nueva contracción.

Afortunadamente el parto no tuvo ninguna complicación ni para Daniela ni para su bebé, un precioso varón de tres kilos y setecientos gramos.

Me sentí contenta, satisfecha al observar a Daniela coger a su hijo entre sus brazos.

Era algo maravilloso. No pude evitar emocionarme. Cada niño nacido, cada parto, era una historia distinta, una nueva vida por escribir.

A pesar de mis años de experiencia para mí seguía siendo igual de vibrante traer al mundo a un bebé.

La madre de la joven Daniela resultó ser una señora encantadora. Ella había vivido desgraciadamente la misma situación que su hija.

Era madre soltera, y por circunstancias de la vida, ya conocía lo que era enfrentarse a algo tan duro.

Pero Daniela contaba con ella, y eso era un punto a su favor. La mujer me sonrió complacida.

_Muchísimas gracias doctora Cifuentes, por todo._Me dijo agradecida.

_No tiene porqué darme las gracias. _Repuse rápidamente. _Tan solo he cumplido con mi trabajo.

La señora negó con lágrimas en sus ojos, y yo me sorprendí de su respuesta.

_No doctora, usted ha hecho mucho más que eso, ha sabido escuchar y tratar a mi hija con cariño, por ello le estaré eternamente agradecida.

Me hizo sonrojar con su halago. Eso me llenó puramente de orgullo.

_Era lo menos que podía hacer. _Reiteré emocionada. _Daniela es una muchacha encantadora, y verá que tiene suerte en la vida.

Estaba convencida de ello.

_Sí. _Sollozó su madre de alegría, y me abrazó cálida y sinceramente.

Su gesto me caló en el corazón. Simplemente por vivir aquellos grandes momentos había merecido la pena estudiar medicina, tan solo por ver una sonrisa como la de Daniela, ya me sentía mejor persona.

Pensé en mi familia, en Álex. Rápidamente me dirigí al partido de baloncesto, pero desgraciadamente cuando llegué ya había finalizado.

Entré en la cancha, y busqué agitada la figura de mi hijo. Pero me dañó lo que vi.

Álex me acribilló con autentico rencor, e inevitablemente me partió el alma en dos.

_¡Álex! _Grité tratando de acercarme hasta él.

Mi hijo se apartó de mi lado, esquivo, dolido conmigo. Rápidamente Asier bajó de la grada para rescatarme de la humillación sufrida a manos de mi hijo.

Reprimí una lágrima, con congoja.

Me lamenté con pesar. ¿Qué era lo que estaba haciendo mal con Álex?

_Hola mi amor. _Me saludó depositando un tierno beso en mis labios.

Yo me abracé a él. Necesitaba sentir su calor, su apoyo.

_¿Qué ha ocurrido? _Preguntó con apremio.

_Daniela se puso de parto, y tuve que atenderla.

Asier se mostró totalmente comprensivo.

_Lo entiendo. _Dijo.

_Pero Álex no. _Gemí con dolor. _Ni tan siquiera me mira.

Él me besó nuevamente. Me estremecí al sentir sus labios sobre los míos.

_Se le pasará.

Asentí compungida. Me reuní con los amigos que habían acudido al partido, entre ellos Paula y Marc, y también sus hijos Mireia y Sergio. El peque de la familia se había tenido que quedar en casa malito con la gripe.

Paula me abordó ciertamente con impaciencia.

_Ruth, ¿has podido averiguar algo sobre lo de Marc? _.Miró de reojo a su marido, para cerciorarse de no ser escuchada por este.

A pesar de mi disgusto, sonreí. Paula se moría de celos, y yo no podía revelar el secreto de Marc, por nada del mundo.

Resultaba un tanto peculiar y divertido. Me hacía sentir una chiquilla de quince años, pero lógicamente visto desde mi madurez.

_Aun no. _Mentí como una bellaca.

Lo cierto era que casi todos los días, tras salir del hospital, acudía a la academia de baile, y ejercía como perfecta pareja de Marc.

Él avanzaba en su clase a un ritmo muy frenético, y yo me lo pasaba muy bien junto a él.

Pero de todo eso no se podía enterar Paula, sino la sorpresa no serviría de nada.

Las siguientes semanas trascurrieron con bastante normalidad.

Yo me incorporé a mi nuevo puesto como subdirectora, y Álex siguió sin hablarme durante días.

Pensé que era lo mejor, que no debía darle más importancia a su comportamiento adolescente.

En el fondo yo había sido igual de rebelde que ahora lo era mi hijo.

Unos días después recibimos la visita de Imanol, el padre de Asier. Fue una inmensa alegría tenerlo en casa.

Imanol había ido a la ciudad condal desde Burgos, donde residía desde hacía años, para hacerse unas pruebas médicas.

Aquel hombre se había ganado mi cariño y corazón. ¡Imanol era tan especial! Álex adoraba a su abuelo, estaba muy unido a él.

Era un señor sumamente entrañable y encantador, educado, cariñoso, y con un increíble sentido del humor.

Tenía un corazón tan grande que no le cogía en el pecho. Imanol era sin duda muy querido por su familia y amigos.

Me reuní con mi suegro en mi consulta. Quería hablar con él lejos de la presencia de Asier, y conocer su estado de ánimo, sus miedos e inquietudes.

Yo estaba allí para ayudarlo. Él tocó la puerta, y entró con una amplia sonrisa.

¿Se puede? _Preguntó.

_Pasa. _Le indiqué amablemente. _¿Nervioso?

Imanol me miró taciturno.

_Más bien asustado. _Repuso con sinceridad.

¿Asustado? _Repetí con una sonrisa, restando importancia a sus palabras. _¿Por qué?
_Añadí después. _Todo saldrá bien.

Él meneó la cabeza, y agarró mi mano con dulzura.

_Ruth. _Me dijo.

Levanté mi mirada hacía Imanol. Sus ojos escondían un miedo comprensible.

_¿Si? _.Contesté.

_Confío en ti más que en cualquier otra persona. _Citó con vehemencia.

Aquellas palabras me produjeron un orgullo tremendo.

_Lo sé. _Respondí aguantando una lagrimilla.

_Por ello te quiero pedir algo.

Me alarmó su tono de voz.

_Dime, cualquier cosa.

Imanol carraspeó, nervioso.

_Si algo me llegara a pasar, cuida de Asier como hasta ahora._Me pidió con fervor.

Di un respingo en mi asiento.

_¡No digas eso! Nada malo te sucederá. _Quise trasmitirle mi confianza.

Imanol sonrió, apagado.

_A esta edad nunca se sabe. _Añadió locuaz.

Besé su mejilla con cariño.

_Todo irá bien, no hay de que preocuparse. _Dije convencida.

_Asier es muy afortunado de teneros a ti y a Álex a su lado._Repuso el hombre tosiendo levemente. _Me puedo morir en paz sabiendo eso.

No pude evitar emocionarme, y lo abracé.

_Créeme. _Reiteré apasionada. _Que la afortunada soy yo. Son lo mejor que me ha pasado en la vida.

Vi por el rabillo del ojo como Imanol se secaba rápidamente una lágrima. De aquel encuentro secreto no dijimos nada en casa.

Afortunadamente, y tras realizarle las pruebas médicas a Imanol, todo quedó en un buen susto, y lo que se temió en un principio tan solo resultó ser una infección urinaria, y piedras en el riñón.

Asier se puso muy contento, y toda la familia celebramos con entusiasmo las buenas noticias.

El fin de semana siguiente lo pasé de guardia en el hospital. A pesar de mi nuevo cargo no quise desatender a mis pacientes, y seguía pasando consulta como siempre.

En realidad me hubiese gustado aprovechar mi tiempo, e ir con mi familia al lago a pescar.

Era una afición que Asier compartía con su padre, y que deseaba trasmitirle también a su hijo.

A mi me parecía fenomenal. Pero no podía estar con ellos... mi responsabilidad me estaba alejando de mi familia, de Asier, de Álex, de Paula... Ahora empezaba a pensar que quizás no había sido tan buena idea aceptar aquel ascenso.

Tal vez yo no estuviese preparada para asumir un cambio tan radical.

¿Y qué era más importante, mi familia o mi carrera?

Aquella pregunta dio vueltas y vueltas en mi embotada cabeza durante horas, como en un carrusel.

No sabía bien lo que quería hacer, estaba un tanto agobiada. Menos mal que la mañana resultó bastante tranquila. Me levanté de mi silla, y me fui a por un café a la maquina del pasillo.

Odiaba el café de cápsulas, no sabia a nada, era como tomarse un vaso de agua sucia, pero era lo que allí había, así que me aguantaría.

Al menos el café me serviría para despejarme un rato. Metí la mano en el bolsillo de mi bata, y saqué una moneda de un euro que introduje dentro de la ranura.

Luego seleccioné el tipo de café, y pulsé el botón verde. La maquina emitió un ronco sonido, y se quedó con mi cambio.

Me mosqueé bastante.

<<*Maldita maquina de los cojones!*>>, farfullé irritada.

De repente sentí una fría mano sobre mi hombro, y sobresaltada di un respingo y grité, con tan mala pata que acabé tirando la bebida sobre el desconocido.

Capítulo 19°

El joven muchacho me miró con culpa. Yo me sentí tremendamente abochornada.

No le conocía de nada, al menos no me sonaba su cara de haberlo visto antes.

Rápidamente me disculpé.

_Lo siento mucho. _Dije queriendo excusarme de mi torpeza.

El joven me sonrió.

_¿Doctora Cifuentes?

_Sí _.Respondí algo desconcertada.

_Quisiera hablar con usted unos minutos. _Repuso el joven.

Lo volví a mirar con más determinación, examinando sus facciones. Pero no me sonaba de nada. Eso si, era bastante joven, más o menos unos dieciocho o veinte años.

_¿Nos conocemos? _.Inquirí con duda.

Él carraspeó incómodo ante mi pregunta.

_No creo, soy el ex novio de Daniela.

Me quedé muerta, patidifusa.

_¿Tú eres...?

_Rubén. _Respondió por mi. _Y necesito hablar con usted, por favor.

En su mirada apareció aquel típico arrepentimiento de la inmadurez. Me mostré muy dolida con él.

Se había portado muy mal con Daniela, y ahora iba de corderito degollado.

Al menos escucharía lo que quería decirme.

_Habla. _Lo atajé toscamente.

Rubén era apenas un adolescente, y sin embargo ya se había convertido en padre.

Pero aquello no le daba el derecho a abandonar a su hijo. Él debía cumplir ante todo con su obligación.

Vi como el joven resoplaba agitado.

_Sé doctora, que me he portado mal con Daniela, pero créame, estoy totalmente arrepentido de mi actitud, y quiero conocer a mi hijo. _Sus palabras sonaron tan sinceras, tan convincentes, que me era extraño no creerlo.

Él chaval estaba convencido de que se había equivocado, y lo mejor es que estaba dispuesto a reconocerlo, y a cambiar.

Quizás merecía una segunda oportunidad.

_Me parece bien que hayas recapacitado tu decisión. _Dije sin llegar a entender que era lo que yo tenía que ver con eso. _Pero... _Añadí. _¿Por qué me lo cuentas a mi?

Rubén se movió inquieto.

_Daniela no quiere oírme, incluso se niega a verme, y estoy desesperado por recuperarla, usted es la única que puede ayudarme.

Abrí los ojos con mesura.

_¿Yo?

_Sí, usted. _Reiteró con fervor. _Hable con ella, convénzala de que he cambiado, y que quiero pedirle perdón.

Los ojos de Rubén se empañaron de lágrimas. Y de nuevo estaba allí yo, entre la espada y la pared.

Lo miré con resignación.

_¿Estás completamente convencido de lo que dices? _Me quise asegurar.

_Completamente doctora, ayúdeme.

_Está bien, hablaré con ella. _Dije para gran alivio del chaval.

Y dicho y hecho, esa misma tarde fui a casa de Daniela. La muchacha me recibió con gran alegría, aunque también con sorpresa.

_¡Doctora! _Exclamó al verme. _Pase, pase. _Agregó rápidamente después.

Caminé hacia el salón. Era muy bonito, acogedor, y bastante ordenado.

Daniela me ofreció un café, pero gentilmente lo rechacé. Ella sostenía al bebé entre sus brazos. Lo acunaba con verdadero amor.

Me acerqué para hacerle una carantoña. El niño era precioso, y además muy sano.

_¿Ocurre algo, doctora? _Preguntó Daniela un tanto preocupada.

_¡No! _Exclamé al ver su cara de alarma.

_Entonces, ¿a qué debo su visita?

<<¿Y por dónde debía empezar? >>. Supongo que por el principio.

_¿Cómo te encuentras?

La muchacha sonrió tiernamente.

_Bien, la verdad.

_¿No tienes molestias ni nada?

Daniela arqueó una ceja.

_No, estoy bien, ¿qué ocurre? ¿Hay algo mal?

_¡Ah, no! No debes preocuparte, no estoy aquí por eso._Repliqué para tranquilizarla, pero lo que hice fue alarmarla aun más.

_Dígame entonces. _Me pidió con suplica.

Carraspeé para centrarme en el tema que me había llevado hasta allí.

_Verás Daniela.

_¿Si?

_Rubén ha venido a verme. _Solté muy despacio, como el que suelta una bomba a punto de explotar.

_¿Rubén? _Repitió incrédula. _¿Mi Rubén?

_Sí, el mismo. _Contesté.

_¡Y se puede saber por qué ha ido a verla a usted! _Se exaltó Daniela con enfado.

_Tranquilízate. _Fue lo primero que dije. _Tiene una explicación.

Daniela estaba enfadada, y me miró con cierta desconfianza.

_Rubén ha venido a pedirme ayuda.

_¿Ayuda? _Masculló ella, irónicamente. _¿Para qué?

_Quiere volver contigo, recuperarte, y estar con vuestro hijo, te quiere. _Terminé diciendo.

Daniela depositó al bebé en el canastillo, y se sentó de nuevo a mi lado.

_¡Es un cerdo que nos abandonó! No quiso saber nada de mi, ni de mi hijo. _Masculló dolida.

Yo intenté intermediar por ambos. Pero aquello no era tan fácil como había imaginado.

_Está arrepentido, créeme, quiere una segunda oportunidad. _Intervine en favor de Rubén.

_Ya. _Citó con resquemor. _No le creo, además, ¿quién me dice qué no saldrá de nuevo huyendo?

En aquel momento terminé recordando mi propia experiencia con Asier.

Él también me abandonó, había salido huyendo ante el miedo, y sin embargo acabó volviendo a mi, y yo le perdoné, porque le amaba, porque me terminó demostrando que había cometido un error, y que estaba totalmente arrepentido.

Y darle aquella segunda oportunidad fue lo más maravilloso de mi vida. A la prueba está

que éramos un matrimonio feliz, unidos y enamorados.

¿Por qué Daniela no podía hacer lo mismo? De segundas oportunidades estaba lleno el mundo, además, ellos tenían algo mucho más fuerte y duradero, un lazo que siempre sería irrompible, su hijo.

¿Podía haber motivo más grande que ese para perdonar? De nuevo volví a insistir a favor de Rubén.

Eso nunca lo sabrás Daniela sino pruebas a perdonarlo. Añadí captando la atención de la muchacha.

Observé a Daniela dudar. Era una decisión muy importante y decisiva, que podía marcar el futuro de sus vidas.

_Sé que lleva razón, doctora, yo aun le quiero. _Me confesó. _Pero no puedo volver a confiar en él, entiéndame.

La entendía perfectamente.

_Rubén te está pidiendo perdón, además tu hijo necesita un padre. _Hablé con el corazón.

Ella sollozó de pronto.

_Tengo miedo que me vuelva hacer daño.

_Todos merecemos una segunda oportunidad, ¿no crees? Déjale que te lo demuestre, a su manera. _Repuse convencida.

_Tengo que pensarlo, doctora. _Replicó dolida.

_Lo entiendo. _Dije. _Tomate todo el tiempo que necesites, estoy segura de que Rubén te estará esperando.

Daniela me miró agradecida.

_Gracias.

_No hay de que. _Respondí.

Y luego nos abrazamos cálidamente.

Regresé a casa pasada la medía tarde del domingo. Estaba realmente exhausta.

Me sorprendió encontrar la casa vacía, y tan silenciosa. Asier y los chicos aun no habían regresado de su excursión al lago. Lo echaba de menos.

Aproveché mi momento. Me despojé de toda mi ropa, y me preparé un relajante baño de espuma.

Encendí velas aromáticas, y puse música de ambiente. El vapor rápidamente inundó el cuarto de baño.

Olía a rosas y magnolias, mis flores preferidas. Me relajé. Pensaba disfrutar al máximo de mi tiempo en soledad.

Introduje un pie dentro de la bañera, y exclamé excitada ante la maravillosa sensación que me produjo.

Lentamente sumergí el resto de mi cuerpo en la tibia agua, y me dejé embargar por la calidez del ambiente.

Entonces la puerta del baño se entreabrió, y la figura de Asier apareció con sorpresa.

Emití un ronco sonido cuando mi mirada se cruzó con la suya.

Él me miró con ojos libidinosos, cargados de miles de promesas de placer.

Me estremecí bajo el agua.

_Hola. _Musité conteniendo mi aliento.

Asier cerró la puerta lentamente, y luego echó el cerrojo. Un calor emanó de mi cuerpo caliente. El momento era sumamente erótico.

Yo podía oler el deseo que nuestros cuerpos irradiaban.

_¿Y Álex? _.Inquirí.

Asier avanzó dos pasos.

_No está, se ha quedado en casa de Vince. _Respondió enronquecido.

Seguí impaciente cada uno de sus movimientos. Asier se despojó de sus zapatos, luego se quitó la camisa y los pantalones, quedando desnudo ante mi.

Reprimí un gemido. Estaba ardiente de sentirlo dentro de mi. Lo miré traviesa.

_Hmm. _Me mordí el labio inferior, juguetona.

Él sonrió con complicidad. Le hice sitio en la enorme bañera, y Asier se introdujo dentro.

La espuma cubrió su torso, peligrosamente. Estaba realmente irresistible.

_Así que estamos solos. _Dije ansiosa.

_Sí, completamente solos para hacerte mía. _Clamó con ímpetu, buscando mi boca.

Me arqueé deseosa contra su duro miembro. El agua resbalaba por nuestra piel formando esferas acuáticas a nuestro alrededor.

Asier me agarró de la cintura con posesión, y hundió su lengua dentro de mi boca.

Un espasmo de placer me hizo gemir incontroladamente. Acaricié su espalda mojada. Él me besó la curva de mi cuello. Me colocó con cuidado sobre sus piernas, y me penetró dulcemente. Grité al sentir su miembro dentro de mi ser.

Me agarré a sus caderas con férrea determinación. Entonces nos miramos intensamente.

Asier se empezó a mover con impaciencia. Un calor se esparció alrededor de mi cuerpo. Podía sentir el orgasmo rozar mi piel.

Gemí al ritmo de sus embestidas. Gotas de sudor resbalaron por mi abdomen.

Hiné mis uñas sobre su espalda. Él gruñó a modo de respuesta. Me arqueé hacía atrás para recibirlo plenamente.

Volví a gemir, extasiada por el placer que me producían sus caricias.

Grité su nombre al tiempo que el orgasmo se derramaba en mi interior.

Me abracé a su cuerpo. Asier estaba temblando, y yo también. Permanecimos abrazados de aquella manera durante horas.

Paula me llamó bastante alterada. Necesitaba hablar conmigo. Ese día quedamos para comer cerca del periódico donde trabajaba.

A pesar de tener una agenda bastante apretada en el hospital, hice hueco para tranquilizarla.

Paula estaba desquiciada. Jamás la había visto tan fuera de control.

Los celos la estaban desbordando. No sé cuanto tiempo más podría soportar estar de aquella manera.

Paula era mi amiga. No me gustaba verla así, sufriendo. Al final acabaría confesándole la sorpresa que le preparaba Marc, y todo se iría al garete.

La observé morderse las uñas, nerviosamente.

—¿Qué ocurre ahora?—. Pregunté fingiendo no saber nada.

Ella me miró llorosa.

—Marc me engaña. —Musitó compungida.

—¿Otra vez con eso?—. Salté con enojo. —No me puedo creer que aun andes con esa tontería. —Le recriminé.

—Esta vez tengo pruebas. —Señaló ferozmente.

Abrí los ojos con mesura.

—¿Pruebas?—. Repetí perpleja. —¿Qué pruebas?

Paula abrió su bolso, y sacó una factura que me entregó rápidamente.

—Encontré esto en un cajón.

La miré absorta mientras leía. Efectivamente era la factura de una reserva en un hotel de Cancún. Pero aquello seguía entrando en los planes de Marc, era parte de su regalo.

Tuve que fingir para no delatar a Marc.

—¿Y qué? No es más que una factura de una reserva.

Paula montó en cólera ante mi respuesta.

—¡Solo una factura!

Me encogí de hombros.

_Marc viaja mucho por asuntos de trabajo. _Reiteré pasiva.

_¿A Cancún? _Inquirió molesta.

_Creo que te estás obsesionando con el tema. Marc no te engaña, ¿qué más pruebas quieres qué su amor?

Paula meneó la cabeza, inconscientemente abrumada.

_¿Tú crees?

_¡Claro! Confía en él. _Le pedí con clemencia.

Aparentemente Paula pareció convencida ante mi convicción, y prometió olvidarse del asunto.

La creí, pero evidentemente me mintió, y esa tarde me siguió de incógnito hasta la academia de baile, y me vio entrar en el local.

Su impresión equivocada de lo que vio la llevó a una opinión errónea de lo que sucedía, y los celos lógicamente la cegaron.

Paula pensó que Marc y yo estábamos liados. ¡Aquello era de locos! No podía estar pasándome a mi.

Cuando sus ojos se clavaron con resquemor en los míos, su desdén me hirió profundamente.

Hecha una fiera se acercó hasta mi, tronando;

_¿Sois amantes?

_¡No! _.Exclamé consternada.

_Me habéis engañado, ¡los dos! _.Gritó histérica.

Quise que la tierra se abriese en aquel preciso momento, y me tragase.

Paula jamás me había levantado la voz de esa manera. Di dos pasos hacia ella.

_Paula... _Intenté explicarme con congoja.

_¡Y tú cállate, traidora! _.Siseó furiosa. _¿Cómo has podido hacerme esto? Te creía mi hermana.

Marc intervino a mi favor.

_Paula, te estás equivocando. _Le dijo con enfado.

_¿Ah si? _.Carcajeó con sorna. _Sois patéticos. _Escupió herida, y dándose media vuelta abandonó el local con lágrimas en los ojos.

Marc corrió tras su esposa mientras yo me quedaba allí, inmóvil, sin poder creer que todo lo sucedido fuese cierto.

¿Cómo mi mejor amiga podía pensar una cosa tan ruin de mi?

Me hundí en la miseria, derrumbándome impotente. Me sentí una autentica mierda. No solo estaba perdiendo a Álex sino también a Paula.

Mi vida era un desastre total. Todo parecía desmoronarse a mi alrededor, y yo nada podía hacer por remediarlo.

Abandoné el local completamente abatida y destrozada, sin fuerzas para nada.

Entonces recibí una llamada de comisaría. ¡El kit completo para amenizar mi día!

No quería dar crédito a lo que estaba pasando. Mi hijo Álex había sido detenido en compañía de otros amigos por robar en unos grandes almacenes.

Me dirigí hacia allí a toda prisa. Tenía un mosqueo de un par de narices.

¡Álex se iba a enterar! No comprendía como mi hijo había sido capaz de una cosa como esa, ¡robar!

Aparqué mi coche en el aparcamiento central de comisaría, y como una bala entré.

Según me explicaron los agentes que lo detuvieron, Álex había sido pillado robando en una joyería del centro comercial, en compañía de varios de sus amiguitos, entre los cuales se encontraba Vince.

Rogué al comisario Ramiro que no interpusiese la denuncia. Ricardo y yo éramos viejos amigos de la facultad, y coincidencias de la vida, ahora él era comisario de policía.

Eso me ayudó a apelar a favor de mi hijo.

_¿Qué me estás contando! ¿Álex robando? _Exclamé boquiabierta.

_Tranquilízate, Ruth. _Me pidió Ricardo manteniendo la calma.

_No me lo puedo creer. _Añadí con desesperación, y en un intento vano de convencerlo dije;

_Álex nunca robaría sino fuese porque sus amigos lo han inducido al hurto. _Maticé en su defensa.

Ricardo me miró con pesar.

_Ruth, entiendo tu postura, soy padre, y yo actuaría como tú, pero me pides que haga la vista gorda ante el juez, y eso es...

Ricardo dejó en el aire su pregunta.

_Te entiendo. _Repuse inmediatamente. _Pero no te lo pediría si no estuviese segura de sus intenciones. Seguro que Álex está arrepentido, y que no lo volverá hacer.

_Me juego mi puesto de trabajo. _Repuso con pesar._Si mi superiores se enterasen de esto... me pueden expulsar del cuerpo.

Sabía a lo que se refería Ricardo, y valoraba de corazón su esfuerzo.

_Lo sé. _Respondí caótica. _Y te lo agradezco, pero por favor ayúdame. _Le rogué como una madre desesperada.

Ricardo meneó la cabeza con disgusto.

_Está bien. Por esta vez haré la vista gorda.

_Gracias. _Musité abrazándolo.

Capítulo 20°

Cuando entré en aquella fría sala de interrogación mi mundo se derrumbó a mis pies.

El aire lúgubre me golpeó la cara con crueldad. Intenté contener las lágrimas. Mis ojos rápidamente se dirigieron al centro de la habitación, donde Álex permanecía quieto, con la cabeza gacha sobre la mesa.

Un nudo oprimió mi corazón. Volé hacia él, dispuesta a fundirme en un abrazo, pero mi hijo me miró con resquemor.

Aquello me destrozó el alma.

_Álex. _Musité incontinentemente.

_¿Qué haces aquí? _Me reprochó con acritud.

Me enfadé ante su injustificado ataque.

_¿Y tú me lo preguntas? _Dije con enojo. _Sabes perfectamente que he venido a pagar tu fianza.

Álex miró hacia el otro lado de la pared, avergonzado.

_No hacía falta. _Respondió burlón.

Di dos zancadas, y me planté ante él dispuesta a cruzarle la cara.

Pero no pude hacerlo, ¡Álex aun era un niño! <<Mi niño>>, me dije.

—¿Qué te ocurre? —Le pregunté afligida. —¿En qué cojones estabas pensando? —Repliqué furiosa.

Yo quería ayudarlo, hacerle ver que estaba allí, a su lado. Álex se giró hacia mí. Tenía resto de lágrimas en sus ojos.

Me dolió su respuesta esquiva.

—¿Y a ti qué más te da? Nunca tienes tiempo para mí. —Me escupió con puro desdén.

Me sentí hundida.

—¡Eso no es verdad! —Contraataqué.

—¿Ah no? —Ironizó. —¿Y dónde has estado cuando te he necesitado?

Álex llevaba razón. Era una mala madre. Me quise morir allí, completamente desmoronada.

Ahora lo comprendí todo. Aquello del robo solo había significado para Álex una manera de llamar mi atención.

—Escucha. —Traté de hablar con él.

Álex se levantó de golpe.

—¡Te odio! —Bramó furioso. —¡Te odio! —Volvió a repetir.

Me vi impotente ante aquella situación. ¡Dios! ¿En qué me había equivocado cómo madre?

Álex escapaba de mi control. Tenía que llamar a alguien que lo hiciese entrar en razón,

que comprendiese sus inquietudes.

Entonces pensé en Lukas, mi hermano. Él me ayudaría a recuperar la confianza de mi hijo.

Por suerte Asier no se enteró del incidente de Álex, y yo agradecí al cielo que fuese así. Él hubiese sido mucho más estricto que yo, estaba segura.

Sin embargo castigué a Álex duramente, y le prohibí tajantemente pisar la calle durante un mes.

Su reacción no fue muy buena, y lógicamente se reveló. Pero a mi a esas alturas ya todo me daba un poco igual.

Mis compañeros del hospital me prepararon una fiesta sorpresa por mi nuevo puesto como subdirectora.

Yo no tenía el cuerpo para muchas celebraciones, la verdad, pero al final me animé a pasar aquel buen rato en compañía de mis amigos.

Las últimas semanas habían sido de infarto, una autentica locura. ¿Por qué no podía desconectar un poco y ser más egoísta?

En toda celebración tiene que haber una aguafiestas, y en aquella ocasión no podía ser otra que Mónica, que puso el grito en el cielo, y se negó en rotundo a organizar nada.

Aquella mujer era imposible, me odiaba, al igual que Paula, y que mi hijo.

Todo el mundo parecía odiarme, y yo no entendía el porqué. Lo estaba haciendo lo mejor que podía, daba todo de mi, y sin embargo no era suficiente, a todos defraudaba.

Me salí al pasillo sofocada. Me daba vueltas toda la habitación. Estaba sumamente mareada.

Busqué un poco de tranquilidad alejada del ruido. Estar sola me vendría bien para meditar.

Caminé hacia la salita que teníamos el personal para descansar en los largos turnos de guardia, y entré convencida de que no me encontraría con nadie.

Pero cual fue mi sorpresa que pillé a Mónica llorando con lamento.

Se que debí girarme, dar media vuelta y no preguntar. Pero yo no era así. Mi conciencia no me permitía hacer como si nada hubiese visto.

Sentí que debía quedarme, y escucharla. Me acerqué a ella con sigilo, y apoyé mi mano sobre su hombro.

Mónica se giró con sobresalto.

_¿Le ocurre algo? _Inquirí preocupada.

_Doctora Cifuentes, ¿qué hace usted aquí? _Me reprendió duramente para luego añadir, quisquillosa. _Creí que estaba en la celebración que le organizaron sus compañeros.

_Salí un rato. _Respondí ignoraron su tono. _¿Por qué lloraba? _Pregunté a sabiendas de lo que ella contestaría.

Mónica levantó levemente el mentón, con altivez, y dijo prepotente.

_No creo que eso a usted le incumba, así que de media vuelta, y váyase por donde ha venido. No necesito la caridad de nadie. _Me espetó dolida.

Me mordí la lengua para no saltar. ¡Esa mujer era imposible!

_¿Ah? _Le dejé caer. _Con que eso piensa, entonces no me extraña que sea usted una vieja resentida, que no tiene amigos, ni nadie quien la quiera, ¿quién la va a aguantar con ese carácter?

Me giré sobre mis talones dispuesta a marcharme. Entonces Mónica me detuvo.

_¡Espere! No se vaya. _Me suplicó con lágrimas en los ojos. _Siento haber sido tan borde y grosera, pero no estoy acostumbrada a que la gente me trate con amabilidad. _Se excusó tras mi mirada.

No pude evitar sorprenderme de su repentino cambio de actitud. ¿Era una estrategia de Mónica para humillarme? ¿O simplemente me hablaba desde el corazón?

Me senté junto a ella, y tomamos un café. Debo decir que Mónica me sorprendió como persona a medida que iba abriendo ante mi sus emociones más ocultas.

Me mostró ser una mujer distinta a la que todos conocíamos, una mujer vulnerable, y concienciada con el mundo.

Mónica y su madre, de noventa y tres años, vivían solas. No tenían más parientes ni hermanos. Su padre había fallecido cinco años atrás, y desde entonces ella cuidaba de su anciana madre, que además estaba enferma de los pulmones, y padecía demencia senil.

La historia que había tras la fachada que Mónica había construido a su alrededor me conmovió.

Ella siempre fue una mujer luchadora, que la vida cruelmente maltrató.

Con tan solo veinticinco años Mónica perdió al gran amor de su vida en un accidente aéreo, justo cuando iban a contraer matrimonio.

Fue un mazazo terrible del cual aun le quedaban heridas por cicatrizar.

Por ello jamás se volvió a enamorar. Años más tarde le diagnosticaron una extraña enfermedad que le afectaba a los huesos y a la movilidad del cuerpo.

Afortunadamente con la medicación mejoró, pero le quedaron secuelas.

Su vida no había resultado fácil, y Mónica intentó sobrevivir lo mejor que pudo. Su carácter se volvió agrio y amargado, y se encerró en su mundo para aislarse del dolor.

Tras aquella charla logré conocer a la verdadera Mónica, a la mujer sensible y luchadora,

y no a la bruja que aparentaba ser.

Me encantó conocerla abiertamente, sin tapujos, porque por muy extraño que resultase, encontré en ella a una amiga, y ahora sentía que podíamos llevarnos muy bien.

Mi turno casi había terminado.

Había sido una jornada muy tranquila. Subí hasta mi despacho para recoger mi chaqueta y mi bolso.

Entonces mi busca personal sonó dentro del bolsillo de mi bata.

Era el número de Asier. Me quedé extrañada. Él nunca solía llamarme al trabajo al menos que fuese una emergencia.

Rápidamente mi pensamiento se dirigió hacia Álex. Temblé inconscientemente nada más escuchar su angustiada voz.

_Álex se ha escapado de casa.

Mis piernas flaquearon, y a punto estuve de derrumbarme sobre el suelo.

_¡Nooooo! _.Grité despavorida. _Eso no puede ser. _Musité incrédula.

Como una loca abandoné el hospital. Mi prioridad era llegar cuanto antes a casa, y comprobar que todo era mentira, que Álex estaba bien.

Cogí el coche del parking y conduje como una desarmada por la carretera. A duras penas esquivé varios camiones y vehículos.

Nada me importaba. No podía pensar más allá del bienestar de mi hijo.

¿Por qué habría cometido esa locura de escapar de casa? ¿Habría tenido yo la culpa?

Asier me abrazó nada más llegar a casa, compungido. Tenía la cara desencajada.

Entonces supe que no era un mal sueño, que era verdad, Álex se había ido.

_¿Dónde está? _Murmuré abatida.

La señora Gálvez salió a mi paso, muy afligida.

_Tranquilízate, hija. _Me dijo dulcemente. _Álex volverá.

Me aferré a sus palabras igual que a la fe. La policía no tardó en acudir, pero fue para nada. Según decían tenía que pasar al menos veinticuatro horas para poner una denuncia.

Y mientras, ¿qué? Mi hijo estaba solo por ahí, perdido, sin rumbo, y tan solo tenía quince años.

La desesperación hizo acopio de las pocas fuerzas que me quedaban.

Necesitaba encontrar a mi hijo, abrazarlo, decirle cuanto lo quería, a pesar de que él me odiase a mi.

Gracias a dios que la señora Gálvez estuvo en todo momento a mi lado. Ella logró tranquilizarme. Me hizo una tita, me consoló emocionalmente... Sin ella y sin Asier me hubiese terminado volviendo loca de remate.

Paula y Marc no tardaron en aparecer por casa alertados por la noticia.

A pesar de todas las diferencias y equívocos que habíamos tenido durante las últimas semanas, me fundí en un abrazo efusivo con Paula, que me llegó al corazón.

En aquel momento no importó nuestro enfado, o ese estúpido malentendido.

Ella me apoyó como siempre, y volvimos a estar unidas. Era maravilloso tener a Paula a mi lado.

Afligida me preguntó;

_¿Sabéis algo nuevo?

_Aun no. _Contesté cabizbaja.

_Ey, Asier. _Dijo Marc. _¿Qué te parece si tú y yo salimos a rastrear la zona? No debe andar muy lejos.

Vi como Asier asentía ante la idea de Marc.

_Fenomenal, vamos. _Lo instó a prisa.

Besó levemente mi frente, y salió tras Marc. Me quedé a solas con Paula mientras la señora Gálvez regresaba a casa a por algo de comida.

La noche fuera ya había caído, oscura y silenciosa. Reprimí un quejido de dolor.

_¿Cómo te encuentras? _Se acercó Paula hasta mi lado.

No supe que decir.

_Mal. _Respondí abatida. _Al final parece que siempre acabo haciendo daño a los que más quiero.

Ella me reprendió con enfado.

_¡No digas eso! No es verdad. _Enfatizó enérgicamente.

La miré con congoja. Entonces quise disculparme con ella.

_Paula, yo quería pedirte perdón...

Rápidamente ella me acalló.

_No digas nada, Marc me lo ha contado todo._Reconoció con vergüenza. _Siento haberme comportado de una manera tan infantil, y haber pensado eso de mi mejor amiga. _Repuso con arrepentimiento.

_Paula. _Musité abrazándola.

No pude más, me derrumbé, exhausta en un llanto profundo.

_¿Qué hice mal con Álex?

Paula me acarició el pelo con ternura.

_Nada. Álex te adora.

_¡No! _Exclamé rota. _Me odia, él me lo dijo. He sido una madre pésima. _Reconocí con dolor.

Ella negó rotundamente con la cabeza.

_Ruth, mírame. _Me dijo en tono severo.

Yo la miré.

_Eres la mejor madre del mundo, cualquier persona estaría orgulloso de tenerte a su lado. Has sido y serás siempre la mejor madre para Álex, nunca dudes eso. _Afirmó con plenitud.

Sus palabras calaron en mi conciencia.

_¿Tú crees? _Repuse absorbiendo fuertemente por la nariz.

_¡Por supuesto! Y encontraremos a Álex, y regresará a casa.

Lloré emocionada.

_Te quiero mucho. _Le dije.

_Y yo a ti. _Me respondió ella.

De nuevo estábamos juntas, unidas como lo habíamos estado a lo largo de nuestras vidas.

Siempre seríamos amigas, hermanas.

Llamé a todos los amigos de Álex, a papá, e incluso a Lukas, que por algún motivo extraño no me cogía el móvil.

Ninguno de ellos sabía nada del paradero de mi hijo. Todo el vecindario se ofreció para ayudarme a encontrarlo.

Eso me llenó de orgullo, aunque la angustia seguía instalada en mi corazón.

Mi desesperación crecía y crecía por segundos, incapaz de controlar los nervios que me carcomían por dentro.

Aquella incertidumbre iba a terminar conmigo. Me acerqué hasta la ventana, y observé la noche tranquila.

<<¿Por qué?>>, me pregunté desolada, <<¿Por qué me haces esto dios?>>.

Vi a lo lejos los faros de un coche girar la esquina. En un principio pensé que serían Marc y Asier que regresaban, pero no, me equivoqué.

Reconocí inmediatamente el vehículo de Lukas, mi hermano.

Hacía poco que Lukas se había sacado el carnet de conducir, y papá le había regalado aquel Opel Corsa color plateado.

Sí, era aquel, estaba casi segura de lo que veía.

Con atención seguí sus movimientos. El coche aparcó frente a la verja de casa, y Lukas descendió con porte erguido.

Mi hermano era todo un galán de telenovela. A sus veintiún años se ponía el mundo por montera. Iba por su tercer año de universidad, y era un chico muy abierto y extrovertido, con un montón de amigos, y novias.

Además, Lukas sería el primer químico de la familia, y eso me hacía sentir tremendamente orgullosa de él.

Lukas era el ejemplo que yo quería para Álex. Sabía que ellos se llevaban sumamente bien. Más que tío y sobrino, parecían dos colegas, y eso me gustaba.

Centré mi mirada en el copiloto que acompañaba a mi hermano.

Un nudo me oprimió la garganta. Estaba oscuro, no se veía bien, pero estaba convencida de que se trataba de mi hijo.

Lukas se acercó hasta la puerta del vehículo, y bajo mi expectante mirada, la abrió.

Contuve un grito de emoción cuando Álex bajó del coche, sano y salvo.

Miles de pensamientos se desataron en mi interior, euforia, felicidad, alivio, enfado... Un cúmulo de sentimientos que me hicieron correr como una loca hacía el porche, mientras exclamaba;

—¡Alejandro!

Él se abalanzó a mis brazos, lloroso. Me fundí temblando contra su cuerpo, y besé sus arreboladas mejillas, examinando meticulosamente que no tuviese ningún tipo de rasguño.

Álex gachó la cabeza arrepentido ante mi mirada acusatoria. Estaba totalmente avergonzado de su comportamiento.

Él había aprendido una valiosa lección, y yo también.

_Perdóname mamá. _ Me rogó con fervor. _Perdóname._Me repitió llorando. _No me volveré a escapar de casa, nunca más._Me afirmó con convicción.

Y yo quise creerlo. Mirando a Álex noté que algo había cambiado en él, que ahora parecía más maduro.

Lo contemplé con amor, enmudecida de la emoción.

_Tío Lukas se ha portado muy bien conmigo. _Añadió señalando hacía mi hermano.

Él me sonrió con ternura, con complicidad, y yo le estuve eternamente agradecida por su gesto de amor.

Álex me besó la mejilla.

_Te quiero mamá.

Lloré conmovida. Hacía años que no me decía aquella palabra.

Lo abracé fuertemente contra mi pecho.

_Y yo a ti hijo mío, te quiero tanto...

Lukas se acercó a nosotros, y se sumó al abrazo de familia.

_Te quiero. _Le susurré a mi hermano junto al oído.

Dejé mis lágrimas rodar. Esta vez era un llanto de alegría, de felicidad, de emoción.

Álex entró en casa y yo me quedé con Lukas en el porche. Necesitaba hablar con él, a solas.

Mi hermano me miró con aquellos ojos tiernos. Lukas era un buen chaval.

_Gracias por traerme a Alex, sano y salvo. _Le musité agradecida.

Él se sintió arrebolado ante mis palabras.

_No tienes que darme las gracias, era lo que tenía que hacer, ¡soy su tío!

_Lo sé, Álex te admira. _Cité con cariño. _Por eso he pensado que quizás sea buena idea de que pase un tiempo contigo en Madrid, ¿qué me dices?

Lukas se quedó atónito.

_¿En serio?

_Totalmente, contigo estará bien, eres la persona en la que más confío, y se que a Álex le encantará la idea.

_No se... _Lo vi taciturno.

_Por fa. _Le rogué como una niña. _Di que sí, además serán tan solo un par de meses.

Lukas me sonrió de una manera especial.

_Está bien. _Dijo al fin.

Lo abracé entusiasta.

_Gracias hermanito.

Un mes después.

Aquella noche marcó un antes y un después en mi vida. Decidí con el apoyo de Asier, tomarme un año sabático, y recorrer el mundo en su compañía, y la de mi hijo.

Renuncié a mi puesto en el hospital para dedicarle más tiempo a mi familia.

Comprendí que aquello era lo verdaderamente importante. Hablé con la junta directiva y propuse a Natalia como nueva subdirectora.

Estaba segura de que desempeñaría el cargo con mucha convicción y ganas. No estaba arrepentida de la decisión que tomé, era la correcta.

Mi familia me necesitaba, y yo los necesitaba a ellos. Volvimos a París, a la torre Eiffel, en un viaje súper romántico que fue como una segunda luna de miel. Allí le daría a Asier una noticia que no esperaba.

Él me abrazó por la cintura. Yo me estremecí ante su contacto inesperado.

_¿Qué haces aquí tan sola? _.Inquirió.

Me giré hacía su rostro, con amor. Estábamos en la habitación del hotel, con el sena como testigo de aquel momento.

_Tengo que decirte algo. _Repuse ansiosa.

Asier arqueó una ceja, dubitativo.

_¿De qué se trata? _.Preguntó.

_Estoy embarazada. _Dije.

_¡Qué! _.Chilló con sorpresa.

_Sí. _Añadí con emoción. _De ocho semanas.

Asier me besó en los labios.

_Mi amor. _Me murmuró apasionado.

_¿Qué te parece?

_Maravilloso. _Respondió él.

_¿Y crees que a Álex le hará ilusión tener un hermanito?

Asier me acarició la mejilla.

_¡Por supuesto!

_O hermanita. _Maticé con dudas.

_Da igual niño o niña, lo importante es que tendrá a la mejor madre del mundo. _Repuso Asier convencido.

Aguanté una lágrima de felicidad y me colgué a su cuello derretida por sus palabras.

_Te amo, Ruth, y siempre te amaré.

Entonces busqué su boca con anhelo.

_Te amo, Asier.

Era feliz, no necesitaba nada más. De aquella manera concluía mi viaje, repleto de aventuras y amor, donde a través de los años había aprendido a madurar no solo como persona, sino como madre y esposa.

Ahora simplemente era Ruth.

Agradecimientos

En primer lugar quiero agradecer esta novela a mi familia, por su apoyo siempre incondicional en mis locuras, por aguantarme mis manías y por quererme tal cual soy.

En segundo lugar agradezco a mis amigas su paciencia conmigo y todo el cariño que siempre me demuestran, en especial a Conchi Lopez, que se ha convertido en poco tiempo en parte fundamental de mi vida. Gracias por estar ahí, y aunque nos conocimos en circunstancias no muy buenas, se que seremos amigas por mucho tiempo.

Y en definitiva, a todas esas personas que confían en mis escritos.

A.S.